

A romantic couple in 19th-century attire. The man, on the left, is wearing a dark suit with a white cravat and is embracing the woman. The woman, on the right, is wearing a black off-the-shoulder gown with white lace trim and puffed sleeves. She has a long, dark braid and is looking down. The background is dark with a subtle floral pattern.

En Amor Inesperado

Susan Moore

Un amor inesperado

Susan Moore

Derechos de autor © 2024 Susan Moore

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Un amor inesperado</u>	
<u>Prologo</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	
<u>Capítulo 21</u>	
<u>Capítulo 22</u>	
<u>Capítulo 23</u>	
<u>Capítulo 24</u>	
<u>Capítulo 25</u>	
<u>Capítulo 26</u>	
<u>Capítulo 27</u>	
<u>Capítulo 28</u>	
<u>Capítulo 29</u>	
<u>Capítulo 30</u>	
<u>Capítulo 31</u>	
<u>Glosario</u>	

Un amor inesperado

Sarah FitzRoy ha pasado toda su vida en la India y adora ese lugar, pero cuando estalla la Gran Revuelta en 1857; sus padres la obligan a abandonar el país para trasladarse a Inglaterra y quedarse con su abuelo.

Ella no es la típica debutante sumisa; por el contrario, es una joven muy testaruda e intentará evitar, a toda costa, el matrimonio.

Richard Crawley, es el afamado duque de Kent y está acostumbrado a que todas las mujeres le adulen; sin embargo, al encontrarse con Sarah, descubre que ella no será lo que esperaba.

Le parece refrescantemente real y muy atractiva; a pesar de que le fue impuesta como una obligación al principio. Pronto comenzará a sentirse atraído por ella y acabará cometiendo más de una locura.

Descubre cómo Sarah y Richard quedarán atrapados en ***Un amor inesperado***.

Prologo

La Rebelión India de 1857, también conocida como la Primera Guerra de la Independencia de la India, fue un importante levantamiento en la India contra el dominio de la Compañía Británica de las Indias Orientales.

Duró hasta 1858 y terminó con los británicos como vencedores. También supuso el fin del dominio de la Compañía en el país. Como todas las revueltas, ésta también provocó la masacre de numerosos indios y británicos, arruinando a varias familias en el proceso. Dejó a muchas mujeres viudas y niños huérfanos.

Capítulo 1

17 de marzo de 1858

Bombay, India

—Por última vez, no voy a ir a Inglaterra —gimió Sarah y se cruzó de brazos.

—Deja de ser irracional, Sarah —resopló Melania, con las manos trabajando rítmicamente en su bordado.

—¿Estoy siendo poco razonable? —Se quedó con la boca abierta—. Me estás pidiendo literalmente que deje mi casa y me vaya a un país extranjero, madre. ¿Y soy yo la que no es razonable?

—¿No crees que estás siendo un poco dramática? ¡País extranjero! En todo caso, tu lugar está en Inglaterra, Sarah.

—No. Yo pertenezco aquí, en Bombay. Contigo y con padre, Sanjeev, Vidhya, Lucinda, Tara y todos mis otros amigos.

Melania suspiró con cansancio, sabía que eso no sería fácil, pero debía convencerla. Ella tampoco quería que su hija se fuera, pero la India ya no era segura para ellos. Aunque eran una de las pocas familias inglesas que estaban en contra de la colonización, seguían siendo ingleses, lo que los convertía en un blanco fácil para las turbas enfurecidas.

Sarah tenía mucho por vivir y conocer, no había visto más allá de Bombay y otras ciudades de la India; que, siendo sincera, no tenía el encanto de las grandes ciudades europeas; por el contrario, todo en ese país era muy rústico, hermoso, ciertamente, pero rústico.

Además, ya tenía veintiún años y no había mostrado interés por el matrimonio, ¿cuándo iba a conocer a caballeros elegibles si se quedaba allí, donde la mayoría de los oficiales ingleses ya estaban casados y los pocos solteros, por viudez, superaba los cuarenta años? Debía regresar a Londres para conseguir un marido adecuado.

—Sabes lo solo que está el abuelo Matthew allí, ¿no? —trató de cambiar de táctica.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué? Ya no pongas más excusas, Sarah, debes viajar a Londres —la cortó Melania antes de que pudiera continuar con su berrinche—. Además, no será permanente... Es sólo por tres meses, a menos que elijas quedarte allí.

—¡Bien, me iré a Londres! Pero volveré dentro de tres meses exactamente, ni un día más —resopló, cruzándose de brazos y con el ceño fruncido, una actitud que era muy parecida a la de su padre.

Melania luchó contra el impulso de saltar de alegría, ya que no correspondía a su edad. En su lugar, sonrió y volvió a hacer sus bordados.

—¿Para quién estás bordando un Ganesh ji? —preguntó Sarah, acomodándose a su lado en el sofá.

—Es un regalo para Sudha. Ya sabes que es una ferviente devota —respondió Diana, refiriéndose a su asistente.

—Es un gesto tan dulce, madre. Me olvido de que la mayoría de las veces no eres tan tirana —sonrió Sarah con un gesto travieso.

Su madre levantó una ceja perfectamente arqueada, intentando parecer condescendiente.

Pero la sonrisa que le tiraba de los labios arruinó el efecto.

—Sobre Inglaterra... —murmuró Sarah.

—¿Sí? —dijo para animarla a continuar.

—¿Cuándo me voy? —preguntó, resignada.

—¿Tan ansiosa estás? —preguntó entusiasmada.

—Cuanto antes me vaya, antes podré volver. Debo estar aquí antes del Deepavali.

Su madre se rio, sacudiendo la cabeza.

—Lord y Lady Grenville partirán en diez días. Tu padre y yo pensamos que sería conveniente que viajaras con ellos.

—¡Madre! No los soporto —se quejó, poniéndose de pie, dispuesta a hacer otro berrinche.

—Es cuestión de pocas semanas, Sarah. Además, son gente muy agradable.

—¿Agradable? Creo que la palabra adecuada para describirlos sería odiosa. Yo no...

—¡Dios mío, Sarah! ¿Por qué tienes que ser tan difícil en todo? ¿Por qué no quieres, por una vez, escucharme sin discutir? Te enviamos allí por tu bien. Tu padre y yo hemos decidido que te vayas con ellos, y no quiero volver a hablar de este asunto —sentenció, mirándola con severidad.

Sarah no dijo nada antes de salir del salón, pero a Melania no se le escapó la chispa de rebeldía en los ojos de su hija.

—Que el Señor colme de paciencia al hombre que decida casarse con ella, pues seguramente necesitará de mucha —murmuró Melania para sí misma, suspiró y siguió bordando.



Diez días más tarde, se despedía entre abrazos y lágrimas de sus padres, también de sus amigos, prometiéndoles que volvería pronto. Sarah subió al barco que la llevaría a Inglaterra, antes de que zarparan se dirigió a la cubierta y suspiró con nostalgia mientras se alejaba de las hermosas costas de la India, justo en ese momento se prometió que, sin importar lo que sucediera, regresaría, porque ese era su hogar.

El viaje se le hizo eterno porque pasó la mayor parte del tiempo encerrada en su camarote, leyendo fabulas hindúes; solo salía para tomar sus comidas en el comedor del barco. Por las tardes paseaba por la cubierta para recibir un poco de sol, era algo que le encantaba, aunque a su madre le desagradara, pues decía que las señoritas debían tener la tez clara.

Los Greenville intentaron animarla a que compartiera más con ellos y los otros pasajeros ingleses, pero los rechazó educadamente. Lo último que deseaba era pasar horas escuchándolos hablar de los bárbaros y malagradecidos que eran los hindúes, por querer emanciparse de la corona.

Capítulo 2

Un mes después, por fin llegaba a Londres, se sorprendió de haber conseguido mantener la cordura, aunque no se podía decir lo mismo de su buen humor.

—Bienvenida a casa, mi querida Sarah —dijo Matthew Howard, el séptimo conde de Huntingdon, mientras le sonreía y se acercó para abrazarla.

—Muchas gracias, abuelo... Es bueno verte, aunque esto no es un hogar —dijo con pertinacia, entrecerrando los ojos por el smog.

—¿No te gusta lo que ves? ¿Todos los edificios enormes? Seguro que no hay tanta arquitectura en la India —preguntó esperanzado, desesperado por que le gustara algo.

—Sí, la arquitectura es espléndida. Pero he visto mi parte de fortalezas y palacios.

Su abuelo sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro de frustración. Se apartó de ella para saludar a lord Greenville y agradecerle que cuidara de ella durante el viaje.

A Sarah no le gustaba mucho ser sarcástica, pero sólo había pasado cinco minutos en Inglaterra y ya echaba de menos a sus amigos de Bombay. Deseaba poder ver la escena familiar de mujeres con saris de colores y hombres con dhotis paseando.

—¡Sarah! Por aquí —gritó Padma, su criada.

Sarah se había olvidado por completo de la joven, la pobre casi tuvo que volverse un fantasma durante el viaje para no ser vista por los ingleses. Se dio la vuelta para encontrarla tratando de arrastrar sus pesados baúles por la rampa del barco.

—Padma, ¿en nombre de Dios qué estás tratando de hacer? Baja aquí de inmediato. Uno de los lacayos de mi abuelo se encargará de eso —le gritó Sarah.

—Oh, está bien —respondió, dejándolo caer.

El alivio se reflejó en su rostro mientras bajaba, agarrando su falda khadi de color rojo brillante para evitar tropezar.

Una vez que Lord y Lady Greenville se marcharon, su abuelo la condujo al carruaje que los esperaba. Sarah y Padma se acomodaron en los asientos de felpa y soltaron un fuerte suspiro al mismo tiempo.

—Parece que habéis tenido un viaje agotador —se rio Matthew, mientras las miraba.

Sarah inclinó la cabeza para mirar a su abuelo y le dedicó una sonrisa. Aquel hombre de pelo ralo, nariz abultada y sonrisa franca era la única familia real que tenía en Inglaterra. Ella tocó la mano de su abuelo que estaba apoyada en su rodilla y él levantó la vista hacia ella.

—Lo siento, abuelo. Me esforzaré por ser más abierta de mente con respecto a Inglaterra de ahora en adelante —dijo con una sonrisa condescendiente.

—Gracias, Sarah. Londres no te decepcionará, ya verás. —Matthew sonrió y le guiñó un ojo.

Sarah se limitó a apretarle la mano ligeramente y a asentir con la cabeza antes de volver a acomodarse en su asiento para descansar un poco. Suponía que se quedaría en la casa que su abuelo tenía en Londres, ya que su residencia oficial quedaba en Huntingdon, que estaba a medio día de camino.

Llegaron a la casa de su abuelo en Mayfair, era la primera vez que veía ese lugar y se quedó sorprendida por el esplendor del opulento edificio. Aunque no tanto como Padma, la mandíbula de su criada casi llegaba al suelo, mientras bajaba del coche y casi tropieza mientras subía los

escalones.

Entraron a la lujosa mansión decorada con hermosas lámparas de cristal y finos tapices, alfombras traídas directamente de la India, vasijas de porcelana china, pinturas de artistas famosos y esculturas de maestros italianos. Su abuelo era un amante del arte, así que no le extrañaba para nada que el salón de su casa pareciera un museo.

—Es un placer conocerla, señorita Sarah. Es usted una belleza, aunque le vendría bien un vestido nuevo —dijo el ama de llaves, la señora Dawson.

—Gracias —respondió Sarah, sin saber qué pensar de ella. Supuso que había un cumplido escondido en alguna parte.

—Estoy seguro de que debe estar agotada por el viaje, señorita Sarah, e imagino que le gustaría retirarse a sus aposentos para descansar —dijo el mayordomo con una sonrisa para ella, luego miró con severidad a la mujer.

—¡Oh, sí, por supuesto! Qué negligente soy —exclamó la señora Dawson—. Le mostraré su habitación inmediatamente.

—Yo la llevaré —interrumpió Matthew, aparentemente terminando la conversación que había tenido con un hombre que Sarah no reconoció.

—Me vas a llevar a la antigua cámara de mamá, ¿no? —preguntó, era lo único que la entusiasmaba.

Matthew asintió con indulgencia, dejando ver una sonrisa ante la emoción que eso le provocaba; pues la presencia de Sarah en ese lugar, lo hacía sentir como si el tiempo hubiese regresado y su hija estuviese de nuevo en su hogar.

La habitación de su madre había permanecido sin ser usada desde que se casara con su padre hacía veintitrés años, su abuelo pidió que se conservara de la misma manera en la que Melania la dejó. Las paredes estaban decoradas con un hermoso papel tapiz de flores silvestres en tonos rosas y beige, las pesadas cortinas de un tono marrón estaban abiertas y los velos blancos ondeaban al compás de la suave brisa que entraba, ventilando la recámara.

Sarah paseó su mirada por el lugar, encontrándose con la gran cama vestida con delicadas y hermosas mantas de seda y pomposos edredones, con la misma tonalidad rosa que le daba un aspecto juvenil y muy femenino a la estancia. Había un librero, pequeño escritorio y un sillón tapizado con un patrón parecido al de las sábanas, también un gran armario blanco con grabados florales en dorado; en resumen, el lugar parecía sacado de una casa de muñecas.

Todos sus baúles estaban ordenados junto al armario, a la espera de que su criada comenzara a ordenar sus vestidos, zapatos, sombreros y todas las cosas que su madre insistió en empacar; como si fuese a quedarse allí para siempre.

Su abuelo estaba a punto de decir algo, pero se detuvo cuando escuchó que llamaban a la puerta; la señora Dawson entró sin esperar la orden para hacerlo, eso divirtió a Sarah. Algo le decía que el ama de llaves era una persona que hacía las cosas a su manera.

—Confío en que le guste la cámara, señorita Sarah —dijo con una sonrisa entusiasta.

—Me encanta, muchas gracias —sonrió con sinceridad, aunque todo era demasiado rosado, pero estar en la que fue la habitación de su madre, la emocionaba.

—Bien. Ahora me gustaría pedirle disculpas por mi comportamiento de hace un momento. No quise ofenderla cuando comenté sobre su vestido; es solo que está algo pasado de moda, pero eso se puede arreglar en pocos días... En lo que fui completamente sincera, fue cuando dije que su belleza era impresionante. Suelo ser franca y...

—Lo que la señora Dawson quiere decir, es que a menudo suele pecar de imprudente. —La cortó Matthew, ganándose un resoplido de desaprobación de la señora Dawson.

Sarah se rio, disfrutando del intercambio. Su abuelo era un hombre relajado con las normas sociales, por eso no le extrañaba que tuviera entre sus empleados a una mujer como la señora Dawson.

—Entonces, señorita Sarah... ¿estoy perdonada? —Ella la miró con una sonrisa zalamera.

—No tiene por qué disculparse, señora Dawson. Yo también soy franca, así que creo que nos llevaremos bien.

—Eso es un alivio —dijo el ama de llaves, riendo—. Su criada ha sido dirigida a su habitación donde podrá descansar un rato. Hasta entonces, la ayudaré a desempacar sus baúles.

—Os dejaré a las dos con ello, entonces. Puedes acudir a mí para cualquier cosa, cariño. Y descansa, porque tienes una larga semana por delante —dijo Matthew antes de desaparecer de sus aposentos.

Sarah tragó saliva, más intimidada que tranquilizada por las palabras de su abuelo.

Capítulo 3

21 de mayo de 1858

White's, Londres

Richard tomaba un café mientras leía el periódico, aunque las letras bailaban un poco ante sus ojos; esperaba que la fuerte infusión le aliviara el dolor de cabeza que lo aquejaba. La noche anterior había bebido demasiado y esa mañana al despertar, se arrepintió de haberlo hecho, pero ya era casi una especie de rutina; la resaca lo hacía jurar que no bebería más, pero cuando el malestar pasaba, olvidaba su promesa.

Había cumplido veintiocho años el día anterior, y sus amigos habían insistido en una celebración que consistía principalmente en consumir alcohol casi hasta perder la conciencia y tener la compañía de complacientes damas, que estaban dispuestas a cumplir sus más osadas fantasías.

En su juventud, ésa había sido su receta para una noche ideal; sin embargo, ahora, reconocía que encontraba poco entretenidas esas actividades. El alcohol cada vez le sentaba peor, dejándolo postrado en cama toda la mañana, pero ese día se obligó a no dejarse vencer y salió para que el aire fresco le ayudara a pasar la resaca.

No podía negar que disfrutaba del placer que le daban las mujeres, pero al regresar a su casa y meterse entre sábanas frías, una sensación deprimente se apoderaba de él. Era como si algo le hiciera falta y sospechaba que tal vez la edad le estaba pasando factura.

—¿Crawley! ¿Eres tú?

Llegó una voz fuerte desde algún lugar detrás de él. Richard gimió con fastidio porque no quería charlar con nadie en ese momento, pero su disgusto desapareció inmediatamente al ver de quién se trataba.

—Howard, qué placer tan inesperado. —Sonrió al hombre que se acercaba a él. Se estrecharon la mano.

—¿Qué haces aquí a estas horas? No sabía que pudieras levantarte antes del mediodía —comentó Howard con una sonrisa socarrona.

—He estado tratando de enmendar mi camino —respondió Richard, encogiéndose de hombros.

—Claro. —Howard no parecía creerle.

—Siéntate conmigo —le ofreció con una sonrisa, y el conde ocupó el sillón frente a él—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi.

Solo se habían visto una vez desde el funeral del padre de Richard, el antiguo duque de Kent. Habían sido muy amigos: su padre y el conde Huntingdon. Su finca era vecina de la de Richard en Kent.

—Sí, y eres un hombre cambiado. Casi no te reconozco —dijo, mirándolo con detenimiento—. Lo hice porque me recordaste a William, tu padre se veía como tú a la misma edad, para ese momento ya estaba casado y tú habías nacido.

Richard aceptó el comentario del amigo de su padre, con un asentimiento y una sonrisa condescendiente. Matthew tenía razón, había cambiado tanto física como mentalmente. Las responsabilidades del ducado y del Parlamento habían ocupado la mayor parte de su tiempo y lo

habían hecho madurar.

Lo único que no había abandonado eran sus dos grandes pasiones, la esgrima y a la equitación, que lo ayudaban a distraerse y también a mantenerse en forma. Eso también había dado lugar a que su anatomía, antes larguirucha, se volviera más musculosa, acrecentando su atractivo.

También suponía que era mucho más cínico que antes. No le cabía duda de que un hombre tan perspicaz como Matthew Howard podía ver a través de su sonrisa despreocupada.

—¿Qué haces aquí en Londres? Pensé que pasarías tu vejez en el campo.

—Soy un hombre en la flor de la vida, muchacho insolente —gruñó jovialmente Howard, luego suspiró y continuó—. Es la verdad de Dios, que prefiero la tranquilidad del campo, pero tengo una responsabilidad de la que debo ocuparme aquí en Londres —compartió con algo de desgano.

Richard levantó una ceja en forma de pregunta. La actitud de Matthew le dejaba claro que esa responsabilidad era algo que consideraba poco agradable.

—Mi nieta ha llegado hoy desde la India... Melania y William la han enviado para salvaguardar su integridad; además, mi hija está muy decidida a que Sarah encuentre un marido aquí en Inglaterra y se establezca. Ella está contenta en la India, pero no está segura del futuro de su hija en aquel país. Son tiempos difíciles, ya ves.

Richard asintió con tristeza. Había leído lo que había ocurrido durante la revuelta y la cantidad de sangre derramada por ambas partes le preocupaba enormemente. Tantas vidas perdidas, como si no importaran.

—Como inglesa de pura cepa, tu nieta estaría más segura aquí —respondió y bebió un sorbo de su café.

—Pienso lo mismo —dijo y luego suspiró con cansancio.

—¿Por qué pareces tan angustiado entonces? Estoy seguro de que, si tu nieta se parece a lady Melania, ya tendrá a los hombres comiendo de sus manos.

—¡Oh, la falta de pretendientes no es el problema en absoluto! —dijo, pues apenas comenzó a correr la voz de la llegada de Sarah, varios caballeros se mostraron interesados.

—¿Entonces qué es? —cuestionó sin entender.

—Mi nieta. Ella es el problema —dijo exasperado.

—Me gustaría que te explicas. —Esto divirtió mucho a Richard, y también despertó su curiosidad.

—Bueno... Sarah está tan decidida a volver a la India, como su madre a asegurarse de que se quede aquí.

—Dos mujeres testarudas —observó Richard, cuya diversión aumentaba por momentos.

—Es como estar atrapado entre Escila y Caribdis —refunfuñó Matthew y alzó la mano para llamar al camarero, le pidió un trago de whisky, aunque apenas pasaba de mediodía, pero lo necesitaba—. Me temo que mi nieta hará todo lo posible para desanimar a los posibles pretendientes... Y si no le encuentro un marido en el plazo de tres meses, mi hija tendrá mi cabeza en una bandeja.

—Mis condolencias, estimado conde de Huntingdon —dijo Richard, sin saber qué más decir.

—Tu simpatía no será suficiente. Necesito tu ayuda.

—No veo cómo puedo ayudarte con esto —exclamó Richard, un poco alarmado. La mención del matrimonio y el noviazgo solía tener ese efecto en él.

—Mi Sarah es una chica encantadora. Es muy agradable cuando quiere serlo y también es

razonable... con una cabeza inteligente pegada a su cuerpo, debo añadir. Pero también es temerosa y vulnerable. Este es un lugar nuevo para ella, Crawley, necesita una oportunidad para familiarizarse y ver todo lo bueno que puede encontrar aquí. Hasta ahora, sólo ha visto el lado superficial de su sociedad y...

—No sabía que había un lado más profundo. —Sonrió Richard, interrumpiéndolo.

—Sea como sea.

Matthew hizo un ademán para restarle importancia a la acotación del duque, aunque sabía que tenía razón; en parte, pues la sociedad londinense estaba llena de jovencitas cabezas huecas y muchachos dandis que poco tenían que aportar a su nieta, quien gozaba de un intelecto bastante pulido.

—Hay varias personas que tienen matrimonios perfectamente encantadores y los han conseguido aquí durante las temporadas... —Eso era verdad, así que Richard asintió dándole la razón—. Puede que mi nieta sea más feliz en la India, pero allá no conseguirá un buen partido. Además, en todos estos años me he dado cuenta de una cosa, hijo... El hogar que todos buscamos es una persona y no un lugar... Y quiero que ella encuentre a esa persona.

—¿Y crees que soy el indicado para enseñarle esto? —preguntó Richard, que ya se resistía a la idea.

—Sí. Eres la única persona a la que se la confiaría...

—¿No bastará con una acompañante? —preguntó dudoso.

Howard sabía tan bien como cualquier otra persona en Londres, de su reputación como mujeriego.

—Ya he contratado una acompañante para ella. Pero eso no será suficiente. Tú podrías mostrarle cómo funciona la mente de un caballero, eso la ayudaría a protegerse de los cazadores de fortunas y los canallas con más eficacia que una acompañante. Sobre todo, podrás empujarla en la dirección de una pareja adecuada.

—La verdad es que no me veo en el papel de Celestina —refunfuñó, sintiéndose ya atrapado.

—¡Vamos, Crawley! ¿No vas a ayudar a este viejo? Estoy demasiado cansado del mundo para estar pavoneándome de un baile a otro... —dijo con ojos de cordero para que le ayudara.

—Hace un momento me aseguraste que no estabas viejo —respondió, elevando una ceja perfectamente.

—Para algunas cosas se envejece más rápido... Ya lo sabrás cuando te llegue el momento, pero para eso falta mucho —lo aduló con una sonrisa para convencerlo, bebió de su trago y luego suspiró—. Por favor, ayúdame en nombre de nuestra amistad y tendrás mi eterno agradecimiento —expresó con verdadera urgencia.

—Bien, lo haré —dijo Richard escuetamente.

Él estaba en deuda con el conde; aunque no se veían a menudo, Howard le escribía regularmente para saber de él y tras la muerte de su padre se había convertido en una especie de consejero. Cuando heredó el ducado, no había tenido a nadie de su entera confianza a quien pedir consejo, excepto a Howard, que se los había proporcionado con facilidad.

Sin embargo, eso no significaba que estuviera contento con el giro de los acontecimientos. No estaba ni mucho menos contento. Estaba más que un poco molesto. De acuerdo, estaba francamente cabreado, pero también atrapado por la promesa que acababa de hacerle a su viejo amigo.

Así que iba a hacer de Celestino de una chica terca y recién salida del colegio, que probablemente le haría la vida imposible con tal de lograr su objetivo de regresar a la India. El

panorama lucía de por más, desalentador, pero él no era un hombre que se amilanaba frente a los retos; por el contrario, era cuando más sacaba a relucir su carácter y siempre lograba lo que se proponía.

Howard; por su parte, parecía muy satisfecho con lo conseguido, sus pobladas cejas se alzaban mientras sonreía y estrechaba la mano de Richard con evidente gratitud.

Sintió que parte de la tensión abandonaba su cuerpo al ver el alivio del conde, que se había portado como un padre para él. Qué tan malo podía ser, pensó para sí mismo mientras se preparaba mentalmente para asumir la tarea.

Capítulo 4

Tan solo tres días después de su llegada, Sarah estaba hecha un manojo de nervios porque esa noche haría su primera aparición en sociedad, en la velada de Lady Crawley. Había optado por no hacer la gran presentación que Matthew había planeado para ella, puesto que, tenía veintiún años; en su opinión, era ridículo considerarla como debutante a su edad.

La acompañante que Matthew contrató para ella, le había aconsejado que se vistiera con los colores pastel propios de las jóvenes solteras. Sin embargo, Sarah pensó que, con su piel pálida, llevar un tono blanco, rosa o amarillo, la haría parecer casi invisible. Y así, decidió ponerse un vestido de seda violeta.

Las faldas estaban llenas de volantes y las mangas eran cortas, sus hombros estaban desnudos y el corpiño era más bajo de lo que Sarah estaba acostumbrada a usar en la India; según su madre, así se usaba en Europa. Él vestido estaba adornado con encaje y pequeños bordados florales cubrían las faldas, dándole un aspecto sutil y femenino.

Había peinado su cabello de manera sobria, una raya en el medio y un moño en la nuca que recogía su larga cabellera castaña. Algunos mechones se habían enroscado cerca de sus orejas, dándole un aspecto más juvenil. Mientras se miraba en el espejo, sintió que sus senos estaban muy al descubierto e intentó subir un poco el vestido, pero recordó que su madre le había asegurado que todas las damas irían vestidas así. Y que era de rigor. Sarah no sabía que podía tener este aspecto, pensó avergonzada y se tiró de uno de sus rizos mientras miraba su reflejo en el espejo.

Padma entró en su habitación junto con la señora Dawson y la miraron sorprendidas. Ambas se limitaron a mirarlas boquiabiertas, sin decir una palabra, lo que la hizo sonreír, pero también le provocó algo de nervios, así que tiró de sus guantes para llevarlos hasta sus codos.

—Bueno, ¿qué les parece? —preguntó Sarah, finalmente.

—Nunca he visto a una joven tan hermosa —anunció la señora Dawson con una gran sonrisa.

—Pareces una princesa, Sarah Didi —exclamó Padma.

—Oh, basta —rio Sarah, sonrojándose y permitió que la doncella le pusiera un chal de cachemira sobre los hombros.

Su compañera, la señorita Wood, hizo acto de presencia en la habitación y lo primero que hizo fue fruncir el ceño. Echando una mirada de desaprobación al vestido de Sarah.

—Es indecoroso para una joven llevar colores tan llamativos —la regañó, con los labios apretados.

—Estoy seguro de que un poco de atrevimiento puede ser excusado, si resulta en que mi nieta sea la mujer más hermosa de la reunión —se unió Matthew al grupo de damas.

Había quedado sorprendido en cuando entró a la recámara y la vio, su nieta lucía espléndida y le recordó a la primera vez que vio a Melania vestida con un traje de gala para la noche. Ambas habían heredado la belleza, la elegancia y la gracia de su difunta esposa, Julianne, quien fuera la joya de la temporada en la que la conoció; así como lo fue Melania y estaba seguro de que Sarah también lo sería.

—Cómo diga. —La señorita Wood resopló y se marchó.

—¿Realmente lo crees, abuelo? —Sarah sonrió y tomó el brazo que le ofrecía.

—Por supuesto. Me recuerdas a tu madre en su presentación, tan guapa y emocionada —sonrió Matthew y dio unas palmaditas en el brazo de Sarah—. Vayamos ahora. No me gustaría hacer esperar a los Crawley, han sido muy amigos míos durante muchos años, y odiaría ofenderlos.

—Bien, entonces salgamos hacia la casa de los Crawley. —Sarah se inclinó y le besó la mejilla.

Matthew sonrió orgulloso y emocionado, ante ese gesto de su nieta, se irguió cuán alto era y caminó con ella hacia su elegante carruaje que ya los esperaba.

∞∞∞∞∞

Casa Crawley

Mayfair, Londres

La fachada de casa era enorme, más grande que la de Matthew, lo que sin duda asombró a Sarah, aunque sabía que los duques de Kent eran de las familias más poderosas y adineradas del país, esa mansión parecía estar a la altura de las residencias reales. El edificio de cuatro pisos era hermoso, hecho de ladrillo naranja con grandes ventanales blancos, la entrada estaba custodiada por cuatro imponente columnas blancas, que soportaban un pequeño balcón, cuyo protagonista principal era un hermoso jardín.

La luz que proyectaban las farolas y las velas que se utilizaban en el exterior para la iluminación, no hacía sino aumentar el esplendor de aquel lugar. En cuanto Sarah atravesó la puerta se vio rodeada por una multitud de jóvenes que sentían curiosidad por la nueva persona entre ellas.

La duquesa viuda de Kent saludó a Sarah con una calidez que la hizo sentirse inmediatamente cómoda. Sarah se acordó de hacer una reverencia como le habían enseñado.

—Sarah, qué alegría verte... Dios, pero si ya eres toda una mujer; y mucho más encantadora de lo que había dicho tu abuelo. Empezaba a pensar que sólo era parcial, pero me corrijo —sonrió la duquesa.

—Gracias, su Gracia —se sonrojó Sarah.

—Mi hijo vendrá a verte en breve. Es imprescindible que os conozcáis mejor, si él va a acompañaros durante toda la temporada. No me cabe duda de que no le resultará difícil tener a una chica tan dulce del brazo.

Sarah se volvió para mirar a Matthew de forma interrogativa. Había supuesto que sería él quien la acompañaría a todos los bailes; al menos, era lo que le había dicho su madre.

«Al parecer, su abuelo había hecho algún arreglo que la involucraba sin consultarlo primero.»

Sarah se limitó a asentir a la duquesa mientras Matthew la guiaba para saludar a otras personas, ya que la anfitriona debió atender a otra familia que hacía su entrada.

—¿A qué se refería la duquesa, abuelo? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Oh, no es nada... Solo que está mañana me encontré al duque de Kent, en el club y le hablé de tu llegada... Así como de mi preocupación por no saber cómo desenvolverme en la sociedad actual... He estado fuera de Londres durante tanto tiempo que apenas sé lo que es apropiado y lo que no. Así que le pedí a Richard Crawley, quien es un viejo amigo mío, que te

acompañase en mi lugar, él te ayudará a integrarte en la sociedad, eso es todo —anunció con una gran sonrisa.

—Pero si ni siquiera le conozco.

—Eso tendrá remedio en breve —murmuró Matthew y la hizo girar para que mirara a alguien.

Un hombre muy alto y guapo se acercaba a ellos con un andar galante y relajado al mismo tiempo, llevaba un exquisito traje negro con bordados en hilos de plata, que evidentemente había sido diseñado a su medida porque le quedaba perfecto. El cabello oscuro estaba engominado y peinado hacia atrás, dándole un aspecto serio y formal, pero también misterioso; mientras avanzaba hacia ellos, las personas se volvían para mirarlo; sobre todo, las mujeres que escondían sus sonrisas detrás de sus abanicos.

Sarah no podía juzgar sus comportamientos, ya que ella misma tuvo que esforzarse para no quedarse boquiabierta cuando lo vio; sin embargo, se recompuso y de inmediato comprendió que su abuelo le había mentado.

Capítulo 5

Ese hombre no podía ser un viejo amigo de Matthew, porque sencillamente, el duque de Kent no era ni remotamente viejo; por el contrario, derrochaba vitalidad. Así que solo pudo concluir algo: su estrategia no era que el duque fuese su acompañante durante la temporada, quería que se convirtiera en su esposo.

—Richard Crawley, duque de Kent... A su servicio, señorita FitzRoy —dijo con su característica voz ronca, y ejecutó una perfecta reverencia, mientras la miraba a los ojos.

—Buenas noches, su Gracia. Es un placer conocerlo —dijo Sarah con la voz ronca, por la marea de emociones contradictorias, haciendo una reverencia.

—El placer es todo mío, se lo aseguro. —Richard agarró la mano de la hermosa joven y se la llevó a los labios, dándole un beso mientras la miraba.

«Oh, pero esto era demasiado.»

Una pequeña advertencia habría estado bien, pensó, lanzando a Matthew una mirada de reproche. Ella no estaba preparada para lidiar con tal fuerza.

Y el duque de Kent era exactamente eso: una fuerza poderosa, capaz de conseguir lo que se propusiera. Ella podía sentirlo. No sólo era guapo, sino también convincente; sus ojos eran de color avellana con un toque de verde, situados en un rostro demasiado cincelado como para ser considerado un guapo clásico. Su boca era ancha y sonriente y su nariz era tan masculina que parecía que se había roto una o dos veces.

Era más alto que cualquier otro hombre que conociera. Su cuerpo era delgado, pero por la forma en como el traje se ajustaba a él, se podía apreciar que tenía una figura musculosa. Y aunque todo esto era extremadamente atractivo, Sarah quedó cautivada por la inteligencia que brillaba en su mirada.

Era refrescante después de todas las miradas vacías y los cumplidos sin sentido que había recibido de algunos de los caballeros que le habían presentado en Hyde Park, las dos veces que había salido a pasear. Sin embargo, el hecho de que él pudiera ver claramente el efecto que estaba causando en ella le hizo desear cavar un agujero allí mismo, enterrarse.

—Matthew, tenías razón cuando me dijiste esta mañana que tu nieta era una joya —sonrió de manera encantadora, halagándola para que supiera que también le parecía atractiva.

—Heredó la belleza de la abuela y de la madre —dijo Matthew con orgullo y sonrió, presintiendo que esos dos se llevaría bien—. Acabo de ver a lord Percy, si me disculpan, iré a saludarlo, hace mucho que no charlo con él... Crawley, dejó a mi preciada joya en tus manos —dijo con una gran sonrisa.

—Abuelo... —Antes de que Sarah pudiera protestar, Matthew se alejaba, dejándola sola con el duque de Kent.

—Confío en que encuentre agradable la velada, señorita FitzRoy —sonrió una vez que Matthew se marchara.

—En realidad, me parece encantadora, su Gracia —dijo ella con sinceridad, porque todo lucía espléndido.

—¿Eres un entusiasta de la ópera? —preguntó para entablar un tema de conversación.

—Me temo que nunca he asistido —respondió, un tanto apenada por ello, pero conocía otras artes que eran, según su percepción, igual de enriquecedoras.

—Tendrá la oportunidad hoy. Mi madre ha conseguido que la señorita Lydia Hamilton, la más célebre cantante de ópera de Londres, actúe aquí esta noche. Supongo que le preguntaré de nuevo cuando la haya escuchado —comentó y le ofreció su brazo para caminar junto a ella, mientras saludaba a los invitados de su madre con una sonrisa y un asentimiento de cabeza. No le pasaban desapercibidas las miradas interesadas de las madres de las debutantes.

—¿Qué hay de usted, su Gracia?

—¿Si soy un entusiasta de la ópera? Oh, no, apenas puedo soportar esa cosa, es un arte demasiado dramático para mi gusto. Sin embargo, soy un entusiasta de las cantantes de ópera, si entiendes lo que quiero decir. —Le guiñó y sonrió diabólicamente.

Sarah tardó un momento en comprender a lo que se refería, se sonrojó y parpadeó con asombro, pero luego se echó a reír. Sabía que no era apropiado que le dijera esas cosas, pero el comentario había conseguido que se relajara.

—Eso es algo extremadamente inapropiado, su Gracia —dijo ella, fingiéndose escandalizada, pero él pareció notar su engaño, pues se encogió de hombros.

—Tu abuelo debería haber sabido en qué te iba a meter al pedirme que fuese tu acompañante —se rio con malicia—. Y por favor, debes llamarme Richard. Nuestras familias se conocen desde hace muchos años, así que no debemos ser tan formales —le pidió con una sonrisa encantadora.

—Está bien, Richard... Entonces tú debes llamarme, Sarah —dijo con una sonrisa más efusiva de lo que se les permitía a las damas jóvenes—. ¿Conoces a mi abuelo desde hace mucho tiempo? —preguntó, interesada.

—Conozco al viejo tirano desde que estaba en pañales —respondió Richard con una rápida sonrisa.

Luego, él preguntó más sobre su estancia en Londres e incluso le preguntó por la India. Ella se sorprendió cuando le pidió su opinión sobre el clima político allí.

—Mi chaperona me dijo que las mujeres no deben hablar de esos temas; sobre todo, en público —comentó una vez que hubo respondido a todas sus preguntas.

—Tu chaperona es un idiota —dijo categóricamente, y Sarah se rio—. Has vivido allí, y obviamente entiende el lugar mejor que nosotros.

—Es cierto —concedió ella, impresionada por su progresismo. Ese hombre la sorprendía gratamente.

Lamentablemente, no pudieron continuar con su conversación porque Lady Crawley les pidió a sus invitados que se reunieran en el salón de música para disfrutar de la actuación de la cantante de ópera.

—Estoy deseando escuchar tus opiniones sobre la música —dijo mientras la llevaba a la primera fila—. Y tal vez te cuente mis pensamientos sobre la cantante de ópera —añadió en tono pícaro y dejó caer un beso en el dorso de su mano y después se alejó para reunirse con los demás caballeros.

Sarah sonreía cuando se acomodó junto a la duquesa para ver la actuación de Lydia Hamilton.

Capítulo 6

Richard estaba más que encantado con la señorita Sarah FitzRoy. Era hermosa y elegante, pero lo que realmente le intrigaban eran sus enigmáticos ojos oscuros. Además, había un aire de tranquilidad en ella que la hacía muy simpática. Y eso le gustaba bastante, decidió con una sonrisa.

Le sorprendió un poco que no fuera lo que esperaba; había imaginado que sería una joven señorita adúladora o cabeza hueca como la mayoría de las debutantes, pero resultó ser bastante agradable; además, de madura, suponía que la había alcanzado al tener ya veintiún años.

Aunque había notado su tartamudeo momentáneo cuando lo vio por primera vez, pero no la culpaba por eso; él solía tener ese efecto en las mujeres de todas las edades. Sin embargo, rápidamente recuperó la cordura y respondió a todas sus preguntas con inteligencia, demostrándole que, cómo había dicho Matthew era una joven inteligente.

Ella había tenido razón cuando le dijo que a las mujeres se les disuadía de hablar de esos temas; no obstante, para él había sido una novedad escuchar opiniones sobre política y reformas sociales desde la perspectiva de una mujer.

Richard se relajó contra la silla y dirigió su atención hacia la cantante de ópera. Lydia Hamilton era una rubia hermosa, sensual y perfecta. Puede que no supiera nada de ella, pero poco más necesitaba para lo que tenía en mente, siempre que la señorita Hamilton estuviera dispuesta, por supuesto.

Sus miradas se encontraron por encima de la multitud de cabezas, ella le dedicó una sonrisa tímida y sensual a la vez.

«Oh, ella estaba dispuesta» Concluyó Richard después de ver ese gesto y que dejara caer los párpados al tiempo que se llevaba las manos al pecho, en un aparente gesto de darme mayor dramatismo a su actuación, pero él supo que lo hizo para exhibir más sus atributos y llamar su atención.

Sonreír complacido, cuando; de pronto, vio que la señorita Sarah seguía la línea de su mirada y se volvió para mirarlo, con los ojos muy abiertos. Richard hizo más efusiva su sonrisa y se encogió de hombros como si dijera «¿qué puedo hacer?»

La joven volvió a girarse rápidamente, pero no antes de que Richard alcanzara a ver la reticente diversión en su rostro.



Sarah estaba hipnotizada por la voz de Lydia Hamilton, ciertamente la mujer tenía un talento prodigioso y su actuación podía expresar perfectamente la fuerza, la melancolía y el amor presentes en las canciones. Sin embargo, cuando vio lo que había pasado entre el duque y la cantante de ópera; sintió una rápida punzada de celos.

No era que deseara al duque en algún sentido; no era tan superficial como para desear a alguien sin conocerlo, pero una pequeña parte de ella quería ser deseada y admirada por un hombre como Richard Crawley. Ciertamente, muchos hombres la admiraban; sin embargo, era un tipo de admiración diferente.

Se preguntó qué se sentiría ser deseada en el sentido carnal por un hombre tan apuesto, sensual e inteligente como él. Su corazón se agitó ante esa idea, pero inmediatamente se reprendió a sí misma por tener esos pensamientos.

Aunque Sarah no se consideraba un modelo de virtudes cristianas, sólo iba a la iglesia los domingos porque tenía que hacerlo, tampoco era una descarada. De hecho, no creía haber hecho nada ni siquiera remotamente impropio en su vida.

Ni siquiera había estado tentada por ideas como esa, hasta ahora, hasta que había sido expuesta al poder que tenía la mirada de Richard Crawley. Negó con determinación y se obligó a concentrarse en la voz de la cantante y apartando los pensamientos molestos e inadecuados de su cabeza.

Cuando terminó la actuación, Sarah estuvo a punto de ser atropellada por los entusiastas invitados que no habían tenido la oportunidad de interactuar con ella. Lady Anne hizo pacientemente todas las presentaciones; fue así como conoció a una de las hermanas menores de Lord Crawley.

Lady Hanna, que era menor que el duque por ocho años, tenía otra hermana llamada Adele que aún no había sido presentada, porque tan solo tenía quince años y estaba en un internado para señoritas en Brighton.

Era evidente que Lady Hanna había sido bendecida con la misma buena apariencia que su hermano, tenía una espesa cabellera oscura, una tez blanca que parecía porcelana y unos ojos verdes de mirada soñadora. También era muy amable y risueña. Sarah sintió una gran simpatía la joven, algo que rara vez había sentido con la gente que apenas conocía.

—Me alegro mucho de que esté aquí, señorita FitzRoy. La temporada ha sido terriblemente aburrida y esperaba que algo la animara. Parece que usted es la respuesta a mis plegarias. — Lady Hanna sonrió con sincera emoción, mientras tomaba las dos manos de Sarah entre las suyas.

—Sinceramente, te devuelvo la palabra. Por muy bonito que sea Londres, me he aburrido muchísimo —confesó Sarah.

—Oh, pero es un crimen, ¡aburrirse en Londres! No se preocupe, mi querida señorita FitzRoy, le mostraré toda la aventura que esta ciudad encierra. —Le guiñó un ojo.

—¿Por qué me asusta escuchar algo como eso? —dijo una profunda voz masculina.

Sarah se volvió para encontrar al propio Richard, detrás de ellas y con las manos cruzadas a la espalda.

—Todo lo que hago te asusta estos días, Richard — murmuró Lady Hanna.

—¿Y de quién es la culpa? —preguntó, alzando una ceja.

—Oh, tampoco soy tan terrible como piensas —resopló y le dio un golpe en el brazo con su abanico.

—Por supuesto que no —dijo solemnemente.

Sarah tenía sus dudas sobre su sinceridad. Los ojos entrecerrados de Lady Hanna eran un indicio, ella estaba de acuerdo con su apreciación.

—Espero que tenga una buena influencia sobre mi hermana, la señorita Sarah —dijo mirándola con una sonrisa.

Sarah se rio de eso, pues que era poco probable. En todo caso, ella era la mala influencia, según su madre.

El duque parecía divertido por su reacción, lo que le agradó porque sentía que podía ser sincera con él. Lady Hanna pasó su brazo por el suyo, en un gesto claramente cómplice.

—Vamos a beber ponche, así que discúlpanos, Richard.

—Por supuesto —respondió, pero antes de que se alejaran se inclinó ligeramente—. Sarah... Tendrá que contarme más tarde, lo que le ha parecido la actuación de la soprano.

Sarah separó los labios para responderle, pero antes de poder esbozar algo, se vio sienta arrastrada por lady Hanna.

—Parece que compartes una relación maravillosa con tu hermano —comentó Sarah, mirando a la joven.

—¿Te parece? —cuestionó Lady Hanna y puso los ojos en blanco—. Sólo está de buen humor porque la cantante de ópera —murmuró mientras recibía la copa de ponche.

Los ojos de Sarah se abrieron de par en par ante esa franqueza. Lady Hanna se rio de su expresión.

—Oh, vamos, señorita FitzRoy, todos los caballeros se desviven por esas mujeres... Y Richard no es la excepción, tampoco es que cuide mucho su reputación. Todos sabemos lo que hace, aunque mamá intenta fingir que no —comentó como si el tema fuese lo más natural del mundo.

—Aun así, sois más abiertos entre vosotros de lo que he visto a algunos hermanos. —Sarah sonrió.

—Siempre hemos estado unidos —concedió Lady Hanna con una sonrisa—. Y aunque nos fastidia a mi hermana y a mí sin fin, es un buen hermano.

—Siempre quise tener un hermano —suspiró Sarah con nostalgia, pues ser hija única a veces fue aburrido.

—Siempre he pensado que una mascota sería un sustituto más agradable de un hermano. Créame, tengo años de experiencia, señorita FitzRoy —dijo secamente.

—Por favor, llámame, Sarah —respondió, sonriendo.

—Bien, debes llamarme Hanna.

Sarah asintió, haciendo su sonrisa más efusiva, le dio un trago a su ponche y se volvió para mirar a los invitados.

—¿Deseas coger un marido entonces, Sarah? —preguntó, interesada en el tema.

—¡No! —Sarah casi escupe el poche, inspiró despacio, pues casi se ahogaba—. Al menos no Londres —aclaró.

—Yo tampoco, en realidad. Espero a alguien más exótico e interesante que estos pálidos y aburridos señores.

—Es difícil encontrar algo exótico o interesante en esta ciudad —se rio Sarah, aunque le vino a la mente el duque.

Debía reconocer que era muy diferente a los otros caballeros que había conocido esa noche, pero se contuvo de expresar sus pensamientos.

—Esta es mi segunda temporada, otra más y estaré en la estantería. Mi madre está desespera de que pueda encontrar un marido —dijo Hanna con melancolía.

—Si te hace sentir mejor, querida, el mío también —le guiñó Sarah a su nueva amiga.

—Lo último que deseo es tener que conformarme con alguien más o menos agradable, solo para no ser una solterona —confesó Hanna con la mirada cristalizada por la impotencia que ese pensamiento le provocaba.

—Tranquila, eres una mujer hermosa y estoy segura de que ya llegará el indicado, no debes perder la fe —respondió Sarah condoliéndose de ella, mientras le tomaba una mano.

—¿Qué buscas tú en un hombre? —preguntó Hanna interesada, seguramente debía tener un referente claro, viniendo de un país como la India.

—La verdad... no he pensado mucho en ello —respondió y se quedó pensativa, luego

suspiró—. Supongo que sea gentil, inteligente, que tengamos temas en común de los que charlar...

—Que sea apuesto —añadió Hanna con una sonrisa pícaro y un guiño—. Debe ser apuesto y joven —reafirmó, bebiendo.

—Sí, creo que es necesario que nos sintamos atraídas por los hombres que se convertirán en nuestros esposos.

—Por supuesto, para que nos den hijos hermosos —expresó con emoción al imaginarse como madre.

Sarah asintió, sonriendo, aunque tampoco había pensado en hijos, lo único que deseaba es que fuesen al menos tres, para que no tuvieran la misma vida solitaria que ella tuvo en su infancia. De pronto, su mirada se desvió de nuevo al salón y vio al duque al otro lado, charlando con un grupo de caballeros; era quien más resaltaba entre todos y Sarah fue consciente de que él parecía tener las cualidades que deseaba en un esposo.

Capítulo 7

Sarah se alegró cuando Lady Hanna la llamó a la mañana siguiente, no esperaba que la joven se comunicara tan pronto. Sin embargo, no lo hizo tanto cuando la joven le pidió que se vistiera y se preparara, pues pasaría con ella en una hora.

El carruaje con el escudo del ducado de Kent se detuvo frente a la fachada, exactamente una hora después. Hanna bajó y con andar decidido caminó hasta la puerta de la mansión del conde de Huntington, llamó y fue atendida por el mayordomo.

—Buenos días, señorita Crawley, pase por favor, ya la señorita FitzRoy la espera en el salón —anunció con tono solemne mientras le hacía un ademán para que siguiera.

—Muchas gracias —dijo con una sonrisa y camino con la elegancia y la gracia que la caracterizada—. Buenos días, Sarah, que bueno que ya estés lista —añadió con una sonrisa.

—Buenos días, Hanna... ¿Deseas algo de tomar, la cocinera horneó ayer unas galletas que le quedaron deliciosas? —preguntó con una sonrisa y la invitó a tomar asiento.

—No tenemos tiempo para eso, debemos darnos prisa, tenemos muchas cosas que hacer hoy —dijo con una actitud enérgica, mientras le cogía el brazo para evitar que se sentara.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sarah con algo de desconcierto, mirándola y temiendo la respuesta.

—De compras, por supuesto.

«Qué tenía todo el mundo en contra de su ropa» pensó contrariada.

—¿Por qué? ¿No era agradable lo que llevaba anoche? —preguntó Sarah, mordiéndose el labio.

—Oh, nada de eso, querida, te veías hermosa. Sin embargo, mi madre me ha informado de que sólo has comprado dos vestidos de baile y tres vestidos de día. Por lo tanto, debemos ir de compras —sonrió Hanna.

—¿Cuánta ropa más puedo necesitar? —Sarah se quedó boquiabierta y parpadeó un par de veces.

Ella sabía que los cinco vestidos que había comprado no serían suficientes para su estancia en Londres, pero tenía su ropa más vieja que podía usar cuando no estaba fuera de casa.

—Algún día un hombre muy afortunado se casará contigo —dijo Hanna con sorna, la miró y movió la cabeza con asombro—. Querida, aunque las dos no deseamos atrapar maridos en este momento, es imperativo que demos lo mejor de nosotras mismas. Unos cuantos vestidos nuevos son justo lo que necesitamos para lo que tengo en mente. Además, tu abuelo no tiene a nadie para gastar todo su dinero. Lo menos que puedes hacer es complacerlo un poco.

—Esa última parte es cierta —rio Sarah—. Muy bien, entonces vámonos.



Medio día en compañía de Hanna hacía que Sarah se sintiera cansada y maltratada, pero no recordaba la última vez que se había divertido tanto. Hanna le había hecho probar los infames helados que Sarah había disfrutado enormemente.

—Oh, pero esto es divino —jadeó después de probarlo.

—Me alegro de que te haya gustado —sonrió Hanna con indulgencia.

—Dime, Sarah, ¿no tuviste ningún pretendiente en la India? —preguntó al cabo de un rato.

—Varios jóvenes me halagan algunas veces, pero; en realidad, ninguno llegó a mostrar un interés constante, creo que se desilusionaban cuando veían que no eran correspondidos —calló por un momento y luego quiso añadir algo—. Había un amigo con el que siempre pensé que me casaría de pequeña, sólo nos vimos una vez, pero nos escribíamos con regularidad. Sin embargo, supongo que no estaba destinado a ser —dijo Sarah, encogiéndose de hombros.

—Me alegro de que estés sin ataduras, como estoy segura de que lo estarán los caballeros solteros de Londres —sonrió Hanna con entusiasmo.

Cuando regresaron a casa, Padma informó a Sarah con evidente alegría que le habían llegado cartas de la India. Ella jadeó y subió corriendo a su habitación, gritando a Hanna y Padma que la siguieran; por suerte, Hanna no se ofendió por haberla abandonado, solo se rio y obedeció.

Sarah encontró un sobre gordo sobre su escritorio y lo cogió con emoción. Sin perder tiempo lo abrió y encontró unas diez hojas de papel, parecía que varias personas la echaban de menos, pensó con una sonrisa de satisfacción.

Hanna entró junto con Padma, y ambas se acomodaron cómodamente en el sillón junto al balcón, mientras miraba con una sonrisa la emoción de la chica. Sarah apenas se fijó en ellas, estaba demasiado ansiosa por tener noticias de las personas que quería.

Primero leyó la carta de su padre; era corta y dulce, y reflejaba su personalidad. «Te echo de menos, Sarah» Estaba escrito en la última línea, y ella sintió el pinchazo desconocido de las lágrimas en sus ojos.

No quería llorar, así que se apresuró a doblarla y a coger la siguiente. La carta de su madre era más larga. Había varias anécdotas que la hacían reír. También se las recitó a Padma, que estaba sentada en el suelo con las manos ahuecando las mejillas. Sarah sonrió al ver el entusiasmo en la cara de la niña. Hanna también parecía interesada.

Pero cuando leyó la siguiente página, la sonrisa de su rostro se borró lentamente.

Decía:

Espero que te guste Inglaterra, Sarah. Parece que vas a tener que quedarte allí más tiempo del que habíamos previsto inicialmente. Sé que no es lo que querías, pero nuestra situación es tal que tu padre y yo no podemos permitir que vuelvas ahora.

El general nos está creando problemas. Puede que tengamos que tomar una decisión que no nos guste, y no deseamos que estés aquí entonces.

No debes preocuparte por nosotros, estamos bien. Por supuesto, esto ha sido un poco repentino, pero tu padre había adivinado que nuestra lealtad sería cuestionada más pronto que tarde.

Estoy feliz de que estés a salvo allí con el abuelo Matthew. Tienes una oportunidad de vivir una vida normal, Sarah. No dejes que se te escape de las manos. No dejes que tus emociones nublen tu juicio, querida. Confío en que harás lo mejor de lo que tienes, siempre lo has hecho.

Te echamos de menos y espero que me escribas pronto.

Con amor,

Melania.

Sarah respiró profundamente, pero el nudo en la garganta se lo dificultaba. Había un zumbido en su cabeza, y apenas oía la voz de Hanna mientras le preguntaba a Padma por los dibujos de su falda. Padma respondía animadamente, sin importarle en absoluto el hecho de estar

hablando con la hermana de un duque.

En circunstancias normales, eso habría hecho sonreír a Sarah. Pero ahora mismo, se sentía incapaz de sentir nada más que pavor. Se sentó en silencio, deseando que todo esto fuera sólo un mal sueño; sin embargo, sabía que no tendría esa suerte; la situación de sus padres era preocupante.

Hanna y Padma se dieron cuenta de que había permanecido en silencio durante bastante tiempo y dirigieron su atención hacia ella. No le sorprendió que adivinaran que algo iba mal. Padma la conocía de casi toda la vida y Hanna también había llegado a hacerlo en poco tiempo.

—¿Qué sucede? —Hanna ahuecó la mejilla de Sarah.

—No es nada —intentó sonreír, pero estaba casi segura de que parecía una mueca.

—¿Cómo que no es nada? Si se puso triste —la regañó Padma—. Puedes decírmelo, Sarah didi.

—Sé que no me conoces desde hace mucho tiempo, Sarah, que tal vez no tengamos la confianza necesaria para compartir temas familiares, pero sólo tengo en mente tus mejores intereses. No quiero obligarte a que me cuentes el contenido de esa carta, pero me duele y me hace sentir impotente verte así —dijo Hanna con suavidad—. Si hay algo que pueda hacer para aliviar tu preocupación...

A Sarah le sorprendió la sinceridad de Hanna. Y no era que no confiara en su criada o en su nueva amiga. Pero ¿qué podían hacer ellas para aliviar su angustia?

—A veces, compartir las penas de uno reduce la mitad del problema —sonrió Hanna como si le hubiera leído la mente.

Los ojos de Sarah se abrieron de par en par, luego suspiró y entregó la carta a las dos mujeres. Hanna leyó el contenido en voz alta para compartirlo con Padma, que lanzaba miradas de preocupación a Sarah, mientras apretaba las manos.

—¿Qué deseas hacer en este momento, Sarah? —preguntó Hanna con calma.

—Correr a tomar un barco para regresar con mis padres y asegurarme de que están bien, por supuesto. Ah, y no volver a dejarlos nunca más.

Hanna permaneció en silencio durante unos minutos, con el ceño fruncido. Padma se movía nerviosa, la perspectiva de vivir en Inglaterra para siempre tampoco le atraía.

—No puedes irte en este momento, obviamente. Pero si no consigues un marido que te mantenga aquí, tendrás que volver, ¿no? —Hanna finalmente habló.

—Yo no quiero casarme... Al menos, no todavía ni con un hombre que me haga quedarme aquí... Le dejé claro a mi madre que volvería a la India; así que no veo por qué debería seguir viviendo aquí —se encogió Sarah, confundida.

—Oh, entonces la solución es muy sencilla, ¿no lo ves, querida? —preguntó con un brillo en los ojos.

—¿Sencilla? No lo entiendo, ¿cuál sería? —preguntó contrariada, mientras la miraba.

—Que nadie quiera casarse contigo —sonrió Hanna como si lo dicho tuviera mucho sentido.

—¿Y cómo se supone que haría eso posible? Me temo que no entiendo lo que tienes en mente, Hanna.

—La ruina, la tuya en particular. Eso es lo que tengo en mente —rio alegremente y aplaudió.

Sarah nunca lo admitiría, pero en ese momento, Lady Hanna Crawley la asustó un poco.

Capítulo 8

Richard debió atender algunos asuntos inmobiliarios en Kent, por lo que se ausentó de Londres durante una semana. También porque luego de tener una breve aventura con alguna mujer; en este caso, con la cantante de ópera Lydia Hamilton, ponía distancia para evitar que la dama en cuestión se hiciera ilusiones, pensando que la tomaría como amante.

Debía admitir que la mujer era hermosa, sensual y tenía bastante experiencia a la hora de complacer en la cama; sin embargo, también pudo ver la ambición en su mirada cuando le regaló unos pendientes de perlas. Solo era un gesto que tenía con las mujeres como ellas que llevaba a su cama; pues sabía que no podía darles dinero sin hacerlas sentir ofendidas, por eso les daba regalos, ya que siempre eran bien recibidos.

No obstante, algunas se confundían y terminaban viendo esos detalles como una señal de que él quería algo más que solo sus cuerpos. Pensaban que buscaba la compañía permanente, aunque fuese en el papel de amantes, aspiraban a eso porque representaba seguridad y cierto estatus; no era lo mismo ser la amante ocasional de un duque a ser la oficial.

Por ese motivo era que, después de pasar una noche de lujuria junto a alguna hermosa y complaciente artista, les entregaba un presente y al día siguiente se marchaba de la ciudad, con la esperanza de que, en el transcurso de los días, ellas encontrasen a alguien más que les diera lo que él no estaba dispuesto; pues tenía claro que no renunciaría a su libertad, al menos no por el momento.

—Hemos llegado, su Gracia —dijo el cochero.

Richard bajó y su mirada se enfocó en la fachada, un tanto lúgubre, del internado de señorías donde estudiaba su hermana. Aprovechó su viaje para pasar a visitarla y almorzar junto a ella, ya que hacía casi dos meses que no la veía. Si era sincero, debía admitir que la extrañaba, pues Adele era muy distinta de su hermana Hanna y por eso se llevaba mejor con ella.

—Querida Adele, qué alegría verte —dijo con una gran sonrisa, cuando la vio llegar en compañía de su profesora.

—También me alegra mucho verte hermano, gracias por la gentileza de pasar a visitarme —dijo con una sonrisa mesurada, aunque sus ojos brillaban de emoción.

Su hermana lo saludó de manera formal y Richard le sorprendió lo refinada que se había vuelto, ya que en las veces anteriores que se veían, ella corría hacia él y le lanzaba los brazos al cuello, mientras se estiraba para besarle la mejilla.

—Bien, veo que ya estás lista, por favor acompáñame que el coche nos espera —pidió, ofreciéndole su brazo.

—Por supuesto, con su permiso, señorita Buckleworth.

—Bien, pueda lady Crawley, fue un gusto verle, lord Crawley —dijo sin despegar su mirada.

Se alejaron tomados del brazo y una vez que estuvieron dentro del coche, Adele se mostró como la misma de siempre. Una peculiar combinación de tontería y seriedad, algo que no le extrañaba, pues a pesar de tener quince años, una parte de ella seguía siendo muy infantil. Lo abrazó y lo besó en la mejilla, confesándole que lo había extrañado.

—Entonces, cuéntame más sobre esta señorita FitzRoy. Confieso que siento una gran curiosidad por ella —dijo después de masticar un trozo de cordero.

—¿Quién te ha hablado de ella? —Richard se rio.

—Hanna y mi madre, por supuesto. Nos escribimos, Richard. No somos animales.

—Muy bien, ¿qué desea saber? —accedió a hablar de ella.

—¿Es tan hermosa como la describió mamá?

—Sí, ciertamente lo es —sonrió Richard ante los ojos abiertos de su hermana.

—¿Y no es aburrida? —preguntó una vez más.

—No —respondió, recordando a la dama.

—¿Tampoco es molesta como Hanna? —Su curiosidad crecía cada vez más.

—No y le haré saber a Hanna lo que piensas de ella — le advirtió Richard, sonriendo con picardía.

—Si lo haces, le diré que rompiste la muñeca que mamá le regaló durante su décimo cumpleaños y le echaste la culpa a nuestro pobre terrier —dijo con la cara perfectamente recta.

Richard palideció visiblemente, ni siquiera imaginaba que su hermana pequeña recordara aquel episodio; sin embargo, al ver la determinación en su mirada, tragó en seco.

—Estaba bromeando —murmuró Richard.

—Yo también, mi querido hermano. —Adele guiñó un ojo y volvió a prestar atención a su plato.

—¿Cuándo piensas casarte? —preguntó bruscamente, con los ojos brillando de picardía.

—Vamos, todavía soy demasiado joven para casarme, Adele —se quejó, picando su trozo de cordero.

—Las damas recibiríamos el título de solteronas confirmadas o algo peor, si permaneciéramos solteras hasta los veintiocho años —señaló razonablemente.

—Por eso doy gracias a Dios todos los días por haberme hecho hombre —sonrió ligeramente.

—Si vas a acompañar a la señorita Sarah a todas partes, estarás expuesto a las atenciones de las damas casaderas y sus ambiciosas mamás, ¿sí? Entonces, ¿por qué no te casas con una de ellas y acabas con esto? —propuso con naturalidad.

—Y yo que pensaba que eras una romántica —se rio.

—Yo lo soy. Pero tú no lo eres; así que, si no puedes ser romántico, lo menos que puedes hacer es ser pragmático —dijo como si estuviera pronunciando palabras de gran sabiduría.

Richard se echó a reír, asombrado ante la inteligencia y madurez de su hermana menor; Hanna era astuta e ingeniosa, pero Adele era tan estratégica como un oficial de la armada.

—Eso es cierto —dijo sabiamente—. Pero ¿con quién sugieres que me case? Sabes tan bien como yo cómo son las jóvenes de Londres, ¿no? —dijo, mirándola a los ojos.

—¿Cómo son exactamente? —cuestionó, alzando una ceja, pues su hermana y ella eran «chicas de Londres»

—Sosas, aburridas, siempre riéndose de algo sin gracia... podría seguir y seguir —dijo Richard.

—Me acabas de informar que la señorita Sarah no es aburrida ni molesta. Entonces, ¿por qué no te casas con ella? —preguntó Adele inocentemente.

—Así que éste era el objetivo de toda la conversación —murmuró Richard en voz baja.

—¿Qué? —preguntó con una mirada inocente.

—No puedo casarme con ella —dijo audiblemente.

—¿Cómo no? —cuestionó, sin dejarlo escapar

—Es demasiado inocente para mi gusto.

—Estás buscando una esposa, Richard. No una amante —respondió Adele con indiferencia.

—No hablarás de esas cosas ante mí en lo sucesivo —gruñó Richard. ¿Cómo era que su pequeña y protegida hermana sabía de esas cosas? Tendría que hablar con sus profesoras.

—Ni se te ocurra —advirtió Adele, leyendo con precisión la expresión de su rostro—. Si sé de esas cosas es porque leo las revistas de cotilleo que contienen relatos detallados de tus diversas «conquistas», como dicen.

—Te prohíbo que leas esas revistas entonces —gruñó, avergonzado más allá de todo.

—Los leeré de todos modos. Si es la única manera de conocer la vida de mi hermano, entonces...

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué piensas esto? —preguntó Richard, tirándole de la barbilla.

—Mamá y Hanna me escriben regularmente. Pero tú apenas lo haces y es sobre todo preguntando por mi bienestar y mis necesidades. No sé qué está pasando en tu vida y eso me molesta —contestó Adele con hosquedad.

—Muy bien. Ahora te escribiré a menudo. Mis cartas incluirán también relatos detallados de mis amantes, si eso es lo que quieres —dijo con fingida seriedad. Adele soltó una risita de impotencia y luego se recuperó.

—Me gustaría mucho —respondió ella con la misma seriedad que él.

Siguieron charlando de diversos temas, aunque a Richard le seguía resonando en la cabeza las palabras de su hermana con relación a la señorita Sarah. Ciertamente era una mujer hermosa, con una charla inteligente y agradable, pero apenas la conocía. Por supuesto, era consciente de que en la mayoría de los matrimonios los contrayentes poco sabían los unos de los otros, y que el conocimiento se adquiría una vez iniciaban la vida marital; sin embargo, él deseaba escoger bien y para ello debía conocer a la mujer que sería su esposa.

Capítulo 9

Regresaron a la escuela y él aprovechó para hablar con sus profesores, pero fue en relación con su progreso. No quería ocasionarle algún inconveniente y que fuera castigada por leer publicaciones que estaba seguro, las religiosas no aprobaban.

—Ya era bastante hábil cuando llegó aquí, su gracia, pero ha florecido más bajo nuestra tutela. Lady Adele también tiene una buena influencia en las otras chicas —dijo la señorita Buckleworth, con una sonrisa amable.

—Me alegra mucho escuchar eso. —Richard sintió que su pecho se expandía con lo que parecía un orgullo paternal—. Le agradezco que se ocupe de mi hermana, señorita Buckleworth. La visitaré en breve y si la escuela necesita fondos, por favor, escíbame sin dudarlo.

La profesora asintió, agradecido la buena voluntad del duque y después de eso lo acompañó hasta su carruaje.

De caminó a Londres siguió pensando en lo que le había dicho su hermana, aunque pareciera descabellado, comenzaba a considerar la idea de cortejar a la señorita Sarah FitzRoy. No había tenido la oportunidad de acompañarla a ninguno de los últimos bailes, pero dudaba que en una semana hubiese encontrado un pretendiente; además, Matthew le había asegurado que la acompañaría hasta que él volviera.

Richard estaba de buen humor cuando llegó a su casa, saludó al mayordomo con una sonrisa, que asombró un poco al hombre. Luego fue hasta el salón de su madre, sabía que a esa hora estaría allí trabajando en algún bordado.

—Parece que me has echado de menos —comentó, mirándola, de pie en la puerta.

—Por supuesto. No ves cómo me he consumido de tristeza por no poder ver a mi querido hijo —contestó Mary Anne con sorna. Estaba tan robusta como siempre.

Richard se rio, él había heredado ese sarcasmo de ella, caminó hasta ella con una gran sonrisa y la mirada brillante. No le compartiría lo que había estado pensando porque no quería precipitarse, pero sabía que eso la haría feliz.

—Puede que tú no me hayas echado de menos, pero yo sí lo hice. —Se inclinó para besar su mejilla.

—Sabes que también te extrañé, querido. —Le acarició la mejilla con cariño, sonriéndole—. ¿Por qué has llegado tarde? Te esperaba para el almuerzo.

—He visitado a Adele y comimos juntos —contestó y se acomodó en una de las sillas con cansancio.

Su madre hizo sonar la campanilla para pedir un poco de té, pues ya era hora y sabía que eso aliviaría el cansancio que veía en Richard; además, era propicio para tocar un tema de suma importante del que deseaba ponerlo al tanto, pero antes quiso saber cómo estaba su hija más pequeña.

—¿Cómo está? —preguntó, interesada—. En sus cartas parece bastante animada, pero no sé qué tan cierto sea.

—Igual que siempre —sonrió Richard, al recordar la efusividad que mostró una vez que estuvo lejos de la mirada de las monjas—. En realidad, ha crecido intelectualmente —acotó cuando también llegó a su mente la charla que tuvieron.

—Claro que sí. Richard tiene quince años, no doce —se rio su madre. Sabía perfectamente

que Adele era de sus hijos, la que parecía haber madurado más rápido.

—Lo sé, pero estaba acostumbrado a que me pidiera muñecas. Siempre me sorprende cuando no lo hace —dijo con una sonrisa nostálgica. Luego de la muerte de su padre, él había adoptado ese papel con Adele, pues apenas era una niña—. Me aconsejó que me casara con la señorita Sarah. —Las palabras escaparon de su boca y frunció el ceño.

—Sobre eso —murmuró Mary Anne con el ceño ligeramente fruncido, y su mirada se oscureció.

—¿Qué? —preguntó con curiosidad.

—Está desarrollando una reputación entre los caballeros. Si bien no es exactamente escandalosa, tampoco es tan correcta como había pensado de una chica como ella.

—No puede ser cierto, madre... La señorita Sarah difícilmente podría haberse convertido en una mujer coqueta en el tiempo que estuve fuera —se burló Richard.

—Oh, pero se ha convertido exactamente en eso, Richard —dijo su madre con un gesto desaprobatorio.

—Imposible —repitió con absoluta seguridad.

Aunque solo compartió con la señorita Sarah algunas horas, pudo ver su naturaleza inocente y recatada; él sabía juzgar a la gente, por lo que, si hubiese visto alguna actitud así en ella, la habría descubierto.

—Me encargaré de averiguar lo que está sucediendo realmente —le dijo a su madre, confiado.

Capítulo 10

Cuando Richard estuvo en White's al día siguiente, descubrió que quería asesinar a varios de los caballeros allí presentes. Más de media docena de sus conocidos le habían pedido que les contara más sobre la señorita Sarah FitzRoy, mientras el resto estaba ocupado haciendo apuestas sobre quién la besaría primero.

No era raro que esos hombres se interesaran por una debutante; sobre todo, si se trataba de una novedad, como lo era la señorita Fitzroy, pero sus intenciones con respecto a Sarah no eran de lo más honradas. Por el contrario, el tipo de comentarios casi rayaban en aquellos que eran dirigidos a las cantantes de ópera, las actrices o las bailarinas de ballet.

—¿Qué demonios está pasando, Reynolds? —preguntó a su amigo con no poca frustración.

—La señorita Sarah causó un gran revuelo en los dos últimos bailes a los que asistió la semana pasada —respondió Reynolds, sintiendo un gran placer al compartir el cotilleo.

—¿Qué clase de revuelo? ¿Sólo por su belleza? —cuestionó con el ceño fruncido.

—Ella es hermosa, ciertamente. Pero no todas las mujeres hermosas tienen a decenas de caballeros haciendo apuestas para ganar su eh... favor —murmuró, mirando a su amigo.

—¿Qué ha hecho? —Volvió a preguntar, queriendo estrangular también a Reynolds por dar tantos rodeos.

—Para empezar, bailó con Lord Brandon, que es un rastrillo más legendario que tú —inició, mirándolo a los ojos y lo vio asentir con un gesto rígido—. Lo que provocó algunas habladurías, pero todos pensamos que al haberse criado ella en la India, seguramente no conocía la fama del conde. Después de eso, permitió que Summers la llevara a pasear sin carabina. Aunque él admitió que no se habían besado, sí nos aseguró que lo hubiera deseado, la señorita FitzRoy no se hubiese negado. Nadie habría creído nada de esto; por supuesto, pero la señorita FitzRoy siguió dando la impresión de que estaba perdida con sus afectos —explicó, con una expresión de contrariedad, pues alguien debió poner al tanto a la joven de lo comprometedor que era pasear a solas con un caballero.

—Eso es ridículo... Ella nunca haría algo como eso, tal vez todo solo se trata de un malentendido. —Richard no podía creer nada de eso.

—Oh, pero estos son sólo los eventos de un baile, mi amigo. Durante el siguiente, ella coqueteó con todos los caballeros solteros... Incluso, hay rumores de que tuvo una cita ilícita con lord Brandon en uno de los jardines de la casa de los Steward —terminó Reynolds con gran floritura—. Y bueno, como comprenderás, no todos los días llega una debutante así a tomar Londres por asalto. Es natural que los hombres quieran comprobar por ellos mismos si lo que dicen es verdad.

Richard se sentía mareado ante esas revelaciones, no esperaba que lo dicho por su madre fuese tan grave, pero al parecer lo era incluso más de lo que ella pensaba. Sabía que Reynolds era un idiota. Pero era honesto hasta cierto punto; por lo tanto, Richard dio importancia a las palabras del hombre.

—El matrimonio no está en la mente de ninguno de ellos, ¿verdad? —gruñó, observando al grupo de caballeros.

Conocía a la mayoría y podía ver la ambición en sus miradas mientras hablaban de Sarah, pero no aquella que se dedicaba a la mujer que de deseaba como esposa.

—Me temo que no, querido amigo... Esas no son las cualidades que uno querría en su futura esposa —acotó Reynolds, negando con su cabeza también.

«A este paso, la reputación de Sarah quedaría por los suelos» pensó Richard con tristeza.

Parecía improbable que una mujer sensata como ella se comportara así, le había parecido incluso una joven más inocente que la mayoría en Londres. Frunció el ceño sin saber si darles crédito a los comentarios, ya que no era un hombre que se dejara llevar por las habladurías; sin embargo, no podía ignorar la forma en que los caballeros hablaban de ella.

Richard era partidario de darles a las mujeres ciertas libertades y que pudieran bailar, pasear y charlas con quienes quisieran, pero sabía que no todos pensaban como él.

Además, Sarah no era como las debutantes habituales, ya tenía cierta edad que podía ser una desventaja para ella; por lo que no podía permitirse el lujo de un comportamiento más liberal, mucho menos de uno escandaloso.

Ella debía casarse con un caballero respetable, o todo su futuro estaría arruinado; además, si la sociedad la rechazaba por su comportamiento, se vería obligada a regresar a la India y eso sería muy riesgoso, pues la situación cada vez más peligrosa para los ingleses allá. Le había prometido a Howard que cuidaría de su nieta y debía cumplir con su palabra.

Miró a los caballeros que charlaban y reían a costa de la señorita Sarah, lo que lo enfureció y de inmediato tuvo la tentación de ir a la residencia de Howard para reprender a Sarah por su comportamiento; sin embargo, no quiso sacar conclusiones precipitadas, debía cerciorarse por él mismo que lo que decían era verdad.

Había un baile esa misma noche y Richard ya le había avisado a su amigo, que él acompañaría a su nieta, eso le daría la oportunidad de ver si lo que se rumoraba era cierto; o si, por el contrario, Reynolds sólo exageraba.

Confiaba en su intuición y su don para juzgar a las personas desde la primera impresión, así que estaba casi seguro de que no se había equivocado con Sarah Fitzroy.

Capítulo 11

Llegó a la mansión de Howard a las siete en punto y fue recibido por el mayordomo, quien lo hizo pasar al salón; no había dejado de pensar un solo momento del día en la señorita Sarah y sabía por qué, pero se sentía algo ansioso por verla.

Al vio pudo distinguir su figura en lo alto de la escalera, su cabello estaba recogido en un elegante moño alto, que dejaba a la vista su largo cuello y sus delgados hombros, llevaba un hermoso vestido verde esmeralda que resaltaba su delgada cintura y mostraba sus senos de manera generosa.

En un principio, quedó cautivado por su belleza y su sensualidad; ciertamente era una mujer hermosa, pero esa noche parecía una diosa. Al detallarla mejor, frunció el ceño, pues notó que ese estilo de escotes, eran los que llevaban las viudas o las mujeres jóvenes casadas con ancianos, cuando deseaban atraer la atención de posibles amantes.

—Buenas noches, lord Crawley —sonrió Sarah con serenidad al duque cuando la recibió a los pies de la escalera.

Tenía un aspecto espléndido, su elegante traje negro resaltaba esa aura de misterio que lo envolvía, así como su atractivo, pues el tono oscuro les daba mayor dureza a sus rasgos; de por sí, ya masculinos. Deseaba desesperadamente conversar con él como lo hicieron la noche en la que se conocieron, pero Hanna le había dicho que debía tratar a todos los caballeros de la misma manera. Y eso incluía a Richard, suspiró con nostalgia, mientras adoptaba una vez más su papel.

—Se ve muy hermosa esta noche, Sarah —sonrió y le ofreció el brazo.

—Me alegro de complacerle —sonrió tímidamente y parpadeó de manera coqueta. Aunque por dentro se sentía mal por comportarse así ante él.

La expresión del duque cambió inmediatamente al ver su actitud, frunció el ceño y su semblante se endureció; lo que hizo que Sarah sospechara que a lo mejor sabía lo que había estado haciendo la última semana. Luchó contra los nervios que intentaron apoderarse de ella, mientras él la llevaba hacia el carruaje, le ofreció su mano para ayudarla a subir, mirándola fijamente, haciéndola sentir de cierto modo intimidada.

Ocuparon uno de los asientos, quedando bastante cerca, mientras la señorita Wood, tomó el asiento frente a ellos y solo les dedicaba miradas discretas. Aunque era evidente que estaba atenta a donde ponía las manos el duque, pues poco podía hacer con su mirada que de vez en cuanto se posaba en su escote.

—¿Le sucede algo? —preguntó Richard en voz baja, para que su acompañante no oyera su conversación.

—Por supuesto que no, su gracia. No podría haber pedido un compañero mejor —dijo Sarah, fingiendo no haber entendido su pregunta.

—Pareces diferente —insistió, mirando sus ojos.

—Me ha visto solo una vez. No veo cómo puedes juzgar eso —respondió ella, apretando los dientes.

—Sí, pero en esa única conversación pude deducir que eras una joven inteligente, sensible y con opiniones propias y muy bien formadas. Ahora; sin embargo, pareces cualquier otra dama de Londres... solo sonríes y parpadeas —refunfuñó, sin apartar su mirada de los hechizantes ojos marrones.

—¿Está insinuando que no soy muy brillante, solo por actuar como la mayoría de las debutantes? —preguntó con la voz ahogada y lo miró, ofendida.

—No, sólo que estás fingiendo —dijo sin rodeos.

—Pues se equivoca, su gracia —murmuró.

—¿Cuál es la causa de este engaño? —cuestionó sin intenciones de ceder—. Y habíamos acordado dejar los formalismos de lado, Sarah, puedes llamarme Richard —le recordó, intentando relajarse.

—Bien, Richard... Sólo que deseo conseguir un marido, y me he dado cuenta de que los hombres están más dispuestos a conocerme si soy sumisa, ellos solo quieren que parpadee y sonría de manera coqueta, que los haga sentir que son extraordinarios, aunque apenas tengan la inteligencia de una ardilla —respondió con rigidez.

—Tienes razón, esas son las pocas cualidades que los hombres buscan —dijo mostrándose de acuerdo—. Pero no en una esposa, no es así como conseguirás conquistar a alguno.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó con el ceño fruncido.

—Me refiero a que te estás ganando una mala reputación entre los caballeros —dijo sin poder contener su enfado—. Y también en la sociedad, si sigues por ese camino, acabarás convirtiéndote en una paria y regresando a la India.

Sarah casi saltó de alegría, pero se contuvo para no delatarse delante del duque. Habría besado a Hanna si estuviera allí; se había mostrado muy escéptica ante sus planes, pero apenas había tenido otro recurso. Comportarse así iba en contra de su naturaleza, pero deseaba desesperadamente volver a casa, sabía que la única manera de hacerlo era que ningún hombre en Londres la quisiera como su esposa. Sus padres y Matthew no podían culparla si nadie quería casarse con ella.

—No me importa nada de eso, Richard. Tal vez piense que soy un poco atrevida por esto, pero no he llevado la vida protegida que usted cree que tengo... Si me entiende —dijo alzando una ceja, como le había enseñado Hanna, lo vio apretar la mandíbula y continuó—. Así que, si un poco de coqueteo inofensivo me hace feliz, no voy a dejar que el decoro se interponga en el camino —respondió con despreocupación.

—Difícilmente puede llamarse inofensivo lo que estás haciendo, Sarah —gruñó, mirándola a los ojos.

—Le respeto, Richard. Pero me gustaría que dejara de interferir en mi vida —le advirtió, mirándolo desafiante. Aunque lo estimaba no dejaría que arruinara sus planes.

Richard frunció profundamente el entrecejo y murmuró algo, pero Sarah no alcanzó a escucharlo. Luego se volvió a la ventanilla del carruaje al ver que habían llegado a su destino, con disimulo tomó aire y se armó de paciencia, pues sabía que esa noche lo necesitaría.

Entraron al salón de los Madden y de inmediato todas las miradas se volvieron hacia ellos, los hombres los veían con curiosidad y algo de envidia, mientras las mujeres apenas podían mostrar el resentimiento que Sarah había despertado en ellas; seguramente, porque se había robado la atención de todos los caballeros. Caminaron saludándolos, ella con una sonrisa coqueta y él con un rígido asentimiento de cabeza, llegaron hasta donde estaban su madre y su hermana, la duquesa viuda miró con desaprobación el escote de Sarah; sin embargo, actuó de manera cortés cuando la saludó.

—Querida, ¿cómo has estado? —preguntó, sonriendo.

—De maravilla, lady Crawley —respondió con el mismo gesto. Una de las cosas que lamentaba de todo lo que estaba haciendo, era lo que podía pensar la duquesa viuda.

—Me alegra —murmuró con una sonrisa fingida y luego volvió la mirada hacia su hijo, que

lucía algo tenso—. Imagino que esta noche no tendrá otro acompañante aparte de lord Crawley, ¿verdad? —cuestionó de manera directa, no quería que Richard fuese objeto de habladurías.

—La señorita FitzRoy estará conmigo durante toda la velada, madre —aseguró Richard, reteniendo la mano de la joven sobre su brazo y le dio una mirada de advertencia al ver que iba a protestar—. ¿No es así, mi lady? —preguntó alzando una de sus gruesas cejas.

—Por supuesto, su gracia —respondió fingiendo una sonrisa, pero su mirada era mortal.

—Bien, con su permiso madre, iré a bailar con la señorita FitzRoy —dijo y se alejó llevándola con él.

Se reunieron a las demás parecías en el centro del salón.

—No puede privarme de compartir con otros caballeros —dijo Sarah con un tono indignado ante su imposición.

—Puedo y lo haré, su abuelo me encomendó cuidar de usted. Le prometí que lo haría y siempre cumplo mi palabra, así que olvídense de su coqueteo inofensivo esta noche, porque no lo tendrá —sentenció, mirándola con fiereza.

Sarah se sintió intimidada ante su actitud y no tuvo el valor para contradecirlo en ese momento; como ya lo había imaginado cuando lo conoció, ese hombre tenía una fuerza y una determinación contra la que ella no estaba preparada para luchar, así que solo se quedó en silencio mientras bailaban. Sin embargo, se recordó que debía buscar la manera de continuar con sus planes, ella tenía que regresar a la India para estar con sus padres y eso debía ser pronto.

Capítulo 12

Era casi medianoche, cuando lord Brandon vio una oportunidad para acercarse a la señorita Sarah, aprovechó que el duque de Kent hablaba con otros lores, pues había estado toda la noche cerca de ella como un perro guardián. Llegó hasta el grupo de damas, mirándolas con una sonrisa y de inmediato su mirada se encontró con la oscura, que le sonrió.

—Buenas noches, señoritas, qué hermosas lucen esta noche —comentó con ese tono galante que usaba para la conquista, haciéndoles una ligera venia.

—Buenas noches, lord Brandon, usted también se ve muy apuesto hoy —respondió Sarah con naturalidad, provocando murmullos y miradas escandalizadas entre sus acompañantes, pues una dama jamás debía alagar así a un hombre.

—Sus palabras me honran, señorita FitzRoy... pero me sentiría más honrado si me brindara el placer de compartir un baile con usted —dijo sonriente, extendiéndole la mano.

—Estaré encantada, lord Brandon —la recibió con una sonrisa efusiva y se alejó del grupo.

Las damas intercambiaron miradas de asombro y hasta de reproche, al ver el comportamiento de Sarah, pues ya muchas la habían puesto al tanto de la fama de mujeriego que tenía lord Brandon, aconsejándole que era mejor que se mantuviera lejos de él; así que no se podía decir que estuviese pecando de ingenua como las veces anteriores, ella estaba arruinando su reputación con plena conciencia.

Sarah no se sentía muy cómoda con la cercanía de lord Brandon, tampoco con las libertades que se tomaba cuando bailaban, él acercaba tanto su rostro al suyo, que le hacía sentir el aliento caliente y cargado del olor a licor, también acariciaba su cintura como si ella fuese alguien que le perteneciera. Sin embargo, debía seguir dándole la imagen de ser una chica descarrilada, era consciente de que solo así conseguiría que su abuelo se cansara de toda esa situación y la enviara de vuelta con sus padres a la India.

—¿Le gustaría salir a dar un paseo por los jardines? El ambiente aquí dentro es algo sofocante —propuso él con una sonrisa seductora, mientras le acariciaba el centro de la mano con su pulgar, una caricia muy íntima y sugestiva.

—La verdad... es que he venido con lord Crawley y no quisiera hacerle un desaire cambiando su compañía por la suya —respondió con una sonrisa amable.

Sarah sabía muy bien que debía mantener ese juego bajo control si no quería quedar realmente arruinada, pues podía ver claramente cuáles eran las intenciones de lord Brandon, al hacerle esa invitación. Aunque era un hombre atractivo y educado, también era arrogante, mujeriego y apostador; así que, lo último que quería era provocar una situación que la amarrara a él de por vida, eso sin duda sería muy trágico.

—Lord Crawley está muy entretenido hablando de asuntos políticos... o de caballos, con sus amigos, no creo siquiera que noté si usted se ausenta —dijo, mirándola a los ojos para convencerla y de nuevo acarició su cintura.

—Está bien... pero solo serán unos minutos —accedió para continuar con la fachada.

En cuanto la música acabó, él la tomó de la mano y salió con ella por una de las puertas que daban a la gran terraza en la parte trasera de la mansión de los Madden; sin perder tiempo caminaron hacia las escaleras que llevaban al jardín. Brandon se sentía triunfador cuando vio los laberintos, pero antes de que pudiera atravesar la entrada, ella se puso rígida como una piedra y

lo hizo detenerse.

—¿Sucedo algo, Sarah? —preguntó con una ceja alzada, mientras la miraba con seriedad.

—No me gustan los laberintos —respondió, plantando sus pies en la graba para evitar que él la moviera.

No era tan tonta como para no saber lo que hacían las parejas en ese lugar; además, Hanna le había advertido que era uno de los sitios a los que no debía ir con ningún caballero, pues luego de salir de allí nada podría salvar su reputación.

—Tranquila, no le pasará nada, está conmigo —dijo sonriendo y tiró de ella suavemente para que caminara.

—Lord Brandon, deseo regresar en este momento al salón —dijo con determinación e intentó zafarse de su mano que estaba cerrada en su codo.

—No tiene por qué alarmarse, Sarah, si no quiere que vayamos a los laberintos, no lo haremos... qué tal un paseo entonces por el rosál, a esta hora debe lucir hermoso...

—¡Hermoso se verá el moretón en tu ojo! —lo amenazó Richard, dándole un empujón para alejarlo de Sarah.

Ella gritó y se sobresaltó ante ese gesto violento por parte de duque, luego sus piernas comenzaron a temblar al ver la mirada furiosa que le dedicaba. Quiso salir corriendo, pero su cuerpo había quedado petrificado en ese lugar, solo conseguía mirarlo hasta que la vergüenza la hizo bajar el rostro.

—¿Qué demonios te pasa, Richard? ¿Por qué actúas así? —cuestionó Brandon, mientras lo miraba con rencor, recuperándose del ataque que casi lo lanzó al piso.

—¿En serio lo preguntas? —siseó amenazante.

—Lord Crawley... —Sarah trató de intervenir.

—Silencio, señorita FitzRoy... —le advirtió con seriedad.

—No tienes derecho a mandarla a callar. —Brandon quiso jugar el papel del héroe delante de ella.

—¿Y tú sí tienes el derecho de querer mancillar su honor? —preguntó, realmente furioso con el conde.

—Solo la invité a dar un paseo —se defendió, mirándolo a los ojos e irguiéndose para parecer más alto delante del duque; lo que era, un tanto difícil, pues Richard Crawley era de los hombres más alto de Inglaterra.

—¿Un paseo? —siseó, casi temblando de la rabia al ver su descaro—. Mejor márchate de aquí antes de que te rompa la cara —lo amenazó, dando un paso hacia él.

—Lord Crawley, no creo que sea necesario llegar a la violencia —intervino Sarah para evitar un escándalo.

—Me iré, pero solo porque soy un hombre civilizado, no porque te tenga miedo —dijo, mirándolo a los ojos.

Richard tensó la mandíbula para no responderle y caer en la provocación de ese canalla; además, no quería ocasionar un escándalo que atrajera la atención de los invitados. Lo vio alejarse y una vez que estuvo a solas con Sarah, la tomó del brazo con brusquedad para regresar al salón, pero ella en lugar de caminar se quedó inmóvil y se soltó de su agarre.

—Quién demonio se cree para tratarme así? —cuestionó, mirándolo con resentimiento, al borde de las lágrimas.

—Soy quien está salvándola de la ruina, ¿acaso no lo ve? ¿O me dirá que es tan ingenua como para no saber cuáles eran las intenciones de Brandon al llevarla a los laberintos o al rosál? —preguntó, furioso con ella y una vez más la sujetaba.

—Por supuesto que lo sabía, no soy una tonta... por eso me negué a ir con él a ese lugar y estaba por regresar al salón cuando usted llegó —respondió, alterándose e intentó alejarse de él, pero su agarre era firme—. Para su información, sé cuidarme, lord Crawley —se defendió, elevando la barbilla.

—Sí, se nota —dijo él con ironía—. Si no hubiese llegado a tiempo, le aseguro que ese hombre hubiese logrado lo que se proponía y usted habría quedado mancillada.

—Me está ofendiendo, lord Crawley, no soy una mujer de carácter relajado —le dijo con los dientes apretados.

—No es lo que ha demostrado la última semana, señorita.

Ella se sintió tan humillada, que reaccionó de la única manera que su instinto le dictó en ese momento, elevó la mano y le asestó una bofetada al duque en la mejilla. Richard la miró asombrado; en un principio, pero luego la rabia se apoderó de él, sin decir una sola palabra, se dio la vuelta y se alejó con pasos decididos, dejándola a su suerte en ese lugar.

Después de eso, Richard y Sarah empezaron a detestarse mutuamente, aunque delante de los demás fueron civilizados para mantener las apariencias; en privado, Richard apenas si le dirigía la palabra. Intentó hablar con Howard para renunciar a su papel de acompañante de su nieta, pero ver la desesperación del hombre, lo hizo condolecerse y terminó aceptando hacerlo por un mes más, pero solo durante ese tiempo.

Sarah se había convertido en un enigma para él, no podía aceptar que una persona pudiera ser tan maravillosa en un momento y tan desagradable en otro. A veces, sentía que esa conducta ligera era sólo una fachada, pues veía destellos de su verdadera naturaleza cuando conversaba con su hermana o su madre; así que una tarde, mientras las veía pasear por el jardín de su mansión, decidió que haría algo para descubrir lo que le sucedía a la señorita FitzRoy y salvarla de sí misma.

Capítulo 13

Una semana después, Sarah estaba en un carruaje rumbo a Kent, junto a su amiga Hanna. El duque y su abuelo se había puesto de acuerdo para sacarlas de Londres y llevarla al campo, suponiendo que de esa manera evitarían que ella siguiera por el camino de su ruina.

Hanna se había enfadado con su hermano por tomar esa decisión cuando estaban en plena temporada, pero Richard solo le había dicho que el hedor del otro lado del Támesis era horrible y que un poco de aire del campo les vendría bien.

Sarah miraba el paisaje verde a través de la ventana con apatía; estaba cansada física y mentalmente de tener que seguir con el engaño. Sólo quería volver a casa y asegurarse de que sus padres estaban bien en Bombay, pero ese maldito duque entrometido había arruinado todos sus planes.

Hanna le había advertido de lo que podía ocurrir en Kent, había escuchado que se celebraría una fiesta de cacería a la que acudirían varios caballeros; estaba casi segura de que su hermano planeaba casar a Sarah con uno de ellos. No le cabía duda de que debían ser hombres decentes y aburridos que, o bien estaban interesados en la dote, o demasiado asustados para desafiar a Richard.

—Me siento tal mal por todo esto, lo siento mucho —gimió Hanna de repente, atrayendo la atención de Sarah.

—No entiendo por qué te crees responsable.

—Oh, pero claro que lo soy... Debería haber pensado en un plan mejor, o debería haber...

—Hanna, lo que dices es ridículo. Hiciste lo que pudiste.

—Sí, pero estás aquí en Inglaterra cuando deberías estar con tu familia. Tal vez si le contáramos a Richard las razones por las que estás haciendo todo esto, lo entendería. No es tan poco razonable —dijo Hanna, mirándola a los ojos.

—No. Sé que es tu hermano, pero dudo mucho que lo entendería, los hombres rara vez son comprensivos cuando se trata de sentimientos, lo mismo ocurriría si le cuento los motivos a mi abuelo. Además, el duque ha intentado arruinar todo desde el principio, sé que sus intenciones están en el lado correcto; sin embargo, la manera como hace las cosas me exaspera, nunca he tenido el disgusto de conocer a un patán tan autocrático y arrogante —dijo Sarah con un resoplido.

—Por lo que dices, no te agrada mucho mi hermano, ¿verdad? —preguntó Hanna, con un tono irónico y divertido.

—Él se lo ha ganado. —Sarah se encogió de hombros.

—¿Has recibido alguna otra carta? —preguntó Hanna, regresando al tema que les importaba.

—No, ninguna. —Sarah sacudió la cabeza, con la preocupación apretando las comisuras de los labios.

—No te preocupes, querida. Tus padres deben estar bien. ¿Verdad, Padma? —Hanna sonrió a la somnolienta criada que estaba junto a Sarah.

—Sí —asintió ella, abriendo los ojos de golpe.

Sarah sonrió, rogando para que así fuera. Aunque no había una solución inmediata a su problema y seguía teniendo presente el miedo por el bienestar de sus padres, tener a Hanna y a

Padma a su lado le ayudaba enormemente.

—Que el duque me lance lo que quiera. Le demostraré de lo que soy capaz —dijo Sarah, con una mirada feroz como si se preparara para una batalla.

—Eso es lo que me gusta oír —rio Hanna alegremente.

Padma también sonrió ante la actitud de su ama, la conocía bien y sabía que haría hasta lo imposible por regresar a la India con sus padres; y ella la ayudaría.



Sarah apenas se había instalado en la finca de su abuelo, cuando recibió una nota de parte del duque, donde la invitaba a reunirse con él en su mansión de Kent. En un principio, quiso negarse, pero después lo pensó mejor y supo que le convenía estar al tanto de los planes de lord Crawley; solo así conseguiría planear una estrategia para escapar de estos.

Se vistió con un sencillo vestido blanco que tenía por encima una delicada gasa transparente con diminutas flores bordadas en color amarillo, algo perfectamente adecuado para lucir en el campo. El estilo de corte imperio, resaltaba sus voluptuosos senos, pero sin caer en lo vulgar, mientras que la cinta debajo, le aportaba gracia y elegancia.

Asintió con una mirada decidida, aprobando su apariencia, se puso los delicados guantes de encaje y luego tomó su sombrilla. Estaba determinada a darle la pelea al duque, no dejaría que él arruinara sus planes, no se casaría con ningún lord inglés ni se quedaría a vivir en ese país, pues su corazón estaba en la India con sus padres y sus amigos.

Padma la acompañó y durante el viaje se mostró muy preocupada, pero ella trató de tranquilizarla, asegurándole que no había motivo para angustiarse. Sarah también sentía cierta zozobra al no saber el motivo de esa reunión, pero se obligó a ser más positiva y pensó que a lo mejor, el duque solo quería pedirle disculpas y proponerle una tregua mientras estuviera allí; lo que fuera que quisiera, estaría prevenida.

—Buenos días, su Gracia. Me ha dicho que quería verme —preguntó con calma, aunque su corazón estaba acelerado.

Él levantó la vista, pero no se molestó en ponerse de pie, una muestra de flagrante falta de respeto. Sarah apretó los labios, preguntándose por qué le molestaba ahora. Esas mismas reglas le habían parecido ridículas cuando llegó a Inglaterra.

—Ven y siéntate —ordenó, señalando una silla.

—Lo siento, pero espero un poco de respeto de su parte —dijo Sarah con rigidez, sin moverse.

—¿En qué te basas para esperarlo, querida? —preguntó despreocupadamente, con un aspecto ligeramente divertido.

—¿En qué me baso?! —repitió ella, horrorizada—. Para empezar, soy una dama y usted...

—Si está insinuando que no respeto a las damas, le aseguro que sí. Pero difícilmente puedo respetarla sólo porque sea una —cuestionó, mirándola.

—No he hecho nada para que me traten de forma diferente a las demás —dijo con rabia.

—¿Está segura de su inocencia, señorita FitzRoy? Piénselo de nuevo —pronunció con voz hosca.

Sus ojos ambarinos se volvieron dos rendijas mientras su cuerpo se inclinaba hacia delante en su escritorio y la miraba fijamente. Toda pretensión de diversión desapareció de su rostro; lo único que quedaba era la ira.

—Cuando un hombre disfruta de la compañía de una dama, no es condenado por la sociedad... Al contrario, es alabado por su comportamiento. Ah, pero cuando yo hago lo mismo, no merezco el respeto reservado a todas las damas —cuestionó Sarah, igualmente enfadada.

Richard se sentó de nuevo y había vuelto a adoptar una expresión despreocupada, su rostro era pasivo excepto por su boca, que estaba inclinada hacia arriba en un extremo.

—Estoy de acuerdo con su apreciación. En efecto, un hombre es alabado por las mismas cosas. Y aunque sea injusto, así es el mundo, mi querida señorita FitzRoy. Quizá en el futuro llegue un día en que las mujeres tengan las mismas oportunidades que los hombres. Pero por ahora, las cosas son como son y todos debemos adaptarlos; por lo que le aconsejo que se acostumbre a este trato, pues será el que tendrá si sigue recorriendo el camino que actualmente se empeña en explorar.

—De todas las cosas arrogantes y absurdas que las personas pueden decir, usted ha dicho las peores, no voy a acostumbrarme a su comportamiento y, además...

—Ahorre su aliento, señorita. Al fin y al cabo, sólo hago esto por la gran estima que le tengo a su abuelo, no crea que me siento feliz de tener que estar cuidándola de que no caía en la ruina en cada baile —la cortó de nuevo.

Sarah se mantuvo erguida, con las manos cruzadas sobre el pecho, mientras el músculo de su mandíbula no dejaba de vibrar. Richard sabía que estaba conteniéndose para no lanzarle algún comentario mordaz, lo que lo hizo sonreír; debía admitir, aunque fuese para él mismo, que ella se veía muy hermosa cuando se molestaba, había una especie de fuego que se encendía en su mirada y lo atraía como a una polilla.

Richard quería presionarla todo lo posible para que, en su frustración, por fin confesara porque estaba actuando como lo hacía. Sin embargo, Sarah se veía notablemente tranquila, dadas las circunstancias; seguramente, su hermana Hanna ya habría puesto su cabeza en una pica si la hubiera sometido a las mismas palabras.

Iba en contra de su educación y de su conciencia, tratarla así, pero no tenía otra forma de hacerle comprender las consecuencias de ser tan relajada con los caballeros. Tal vez estaba exagerado un poco; no obstante, a situaciones extremas, medidas extremas. Le había costado mucho encontrar hombres elegibles que estuvieran dispuestos a casarse con Sarah; todos se habían quejado de su «falta de decoro» y eso lo había puesto tan furioso, que había asustado a muchos de sus amigos.

Sabía sin lugar a duda que ella no estaba perdida; de hecho, tenía un carácter fuerte y notable, había visto pruebas de ello. A pesar de ver su falta de discreción durante el último mes, se empeñó en recordar su primer encuentro; como ella se había sonrojado al mencionar su afición por las cantantes de ópera. No podía cambiar en menos de una semana.

Algo debió suceder durante su ausencia y él debía averiguarlo antes de que fuera demasiado tarde. Richard volvió a recordar su presencia cuando se aclaró la garganta para atraer su atención, sus miradas se encontraron y vio claramente el resentimiento en los ojos oscuros.

—Supongo que no me hizo venir solo para tratarme con tal descortesía, pensando que así aprendería una lección.

—Está en lo cierto, señorita FitzRoy, la hice venir por algo más —dijo y la miró fijamente, ella guardó silencio, aunque su mirada mostraba impaciencia.

Richard sonrió y se puso de pie para caminar hacia el ventanal, dándole la espalda, miró hacia los jardines traseros de la mansión, podía ver a los trabajadores caminando de un lado a otro mientras preparaban el campo para la celebración.

—¿Y bien? —preguntó Sarah, al ver que él la ignoraba deliberadamente una vez más.

—Los invitados comenzarán a llegar mañana temprano —respondió, volviéndose para mirarla—. Y requiero que se comporte lo mejor posible, señorita FitzRoy —su tono dejaba claro que eso era más una exigencia que una petición.

—Puede contar con ello, su gracia. —Sarah sonrió con fingida dulzura—. Ahora si me disculpa, iré a saludar a la duquesa viuda y la señorita Hanna —añadió al tiempo que se levantaba y lo miraba a los ojos.

—Por supuesto.

La vio salir sin siquiera hacerle una reverencia, lo que era una fragante falta de respeto hacia él y su título; negó y soltó un suspiro cargado de cansancio. Richard supo en ese preciso instante que estaba en problemas, esa mujer iba a ser un dolor de cabeza para él durante toda la maldita fiesta.

Capítulo 14

Esa noche se reunió con el conde de Huntingdon, necesitaba encontrarle una explicación al comportamiento de la señorita FitzRoy o acabaría perdiendo la cabeza. Luego de su charla, la curiosidad lo hizo ponerse de pie y seguirla, la vio junto a su madre y su hermana paseando por el jardín; pudo notar que en su semblante se reflejaba la misma candidez y ternura que apreció en ella cuando la conoció, así que no entendía por qué frente a los caballeros actuaba de manera tan desenfadada, cuando no era su verdadera esencia.

—Por última vez, Crawley, ¡no sé qué está tramando mi nieta! —Matthew gimió y se recostó contra su sillón, derrotado.

—Pues tenemos que averiguarlo, porque si arruina esta oportunidad dudo mucho que tenga otra —frunció el ceño Richard ante Howard.

—¡Oh, eso lo sé muy bien! —se quejó de nuevo.

—Entonces deberías poner de tu parte y ayudarme a descubrir lo que ocurre —gruñó y bebió de su whisky.

—Estoy seguro de que tiene una excusa perfectamente razonable para comportarse así —murmuró Matthew pensativo—. Mi nieta es una chica inteligente...Y puedo asegurar que mi hija la ha criado bien.

—También sospecho que hay algo detrás de su comportamiento, ¿no ha dicho algo? —Richard dejó de pasearse y miró fijamente al hombre mayor sentado frente a él.

—No, no lo ha hecho... —masculló negando y luego le dio un sorbo a su bebida.

Richard suspiró, cada vez se sentía más frustrado.

—¿Has preguntado? —cuestionó, mirándolo.

—¡Claro que sí! Lo he hecho decenas de veces... Y en algún momento sentí como si quisiera decirme el motivo, pero algo la retuvo —se encogió Matthew con pesar.

—¡Tenemos que actuar y evitar que caiga en desgracia! —exclamó Richard y reanudó su paseo.

—Pensé que ibas a encontrarle un marido.

—Voy a intentarlo —dijo Richard con cierta amargura, pues sabía que la tendría difícil—. Muchos hombres ya están al tanto de las andanzas de tu nieta, así que no será sencillo, los más respetables rechazaron la invitación a estas fiestas pues suponían cuáles eran mis intenciones.

—Bueno, si no le encontramos un buen partido durante este evento, tendré que recurrir a mi sobrino Arthur, acaba de enviudar y quedó con dos pequeños que necesitan una madre, Sarah podría ser la indicada para él —comentó con resignación y algo de molestia al plantear esa idea, pues su sobrino no era precisamente un hombre agradable; por el contrario, su carácter era bastante adusto y rancio.

—¿El marqués de Bristol? —preguntó Richard, algo sorprendido por la sugerencia.

Ese hombre era un ermitaño y un tirano, la pobre lady Harriet, su difunta esposa, solo se vio en sociedad durante su temporada, luego de casarse, el marqués la recluyó en su mansión de Bristol y no se supo nada de ella, hasta que anunciaron que había fallecido en su segundo parto. Matthew estaba loco si ponía a Sarah en manos de ese hombre, sin duda alguna terminaría marchitándola y la haría muy infeliz; lady FitzRoy merecía a alguien mejor.

—Sí, él... La idea no me agrada mucho, si soy sincero, pero tal vez sea la única manera de

encarrilar a mi nieta de nuevo, Arthur es un hombre con un carácter recio, pero es responsable, educado y bien parecido —acotó y terminó el licor que quedaba en su vaso.

—Si es tu decisión... —murmuró Richard, pero antes de morderse la lengua, quiso añadir algo—. Sin embargo, se te olvida que necesitamos una solución cuanto antes, y el marqués no puede comprometerse con tu nieta hasta cumplir su periodo de luto, si no me equivoco, eso sería dentro de seis meses, no creo que podamos contar con la obediencia de la señorita Sarah hasta entonces —dijo, mirándolo a los ojos.

—Tienes razón, debemos conseguir uno que esté libre para casarse con Sarah en poco tiempo.

Matthew frunció el ceño en un gesto de concentración, mientras buscaba en su cabeza a posibles candidatos; de pronto, miró fijamente a Richard y sus labios se torcieron en una sonrisa. Sin duda, él sería un candidato perfecto para su nieta, era uno de los duques más influyentes y respetados del país, era responsable con sus negocios, inteligente, educado y devoto de su familia; había hecho un gran papel como el pilar de los Crawley desde la muerte de su padre.

—Y bien, ¿tienes a alguien en mente? —preguntó Richard con impaciencia, al ver que se había quedado en silencio.

—En realidad... —murmuró Matthew con una sonrisa ladina, pero se contuvo antes de hacer su propuesta, sabía que Richard la rechazaría si la decía en ese momento; lo mejor sería crear una estrategia para hacer que se interesara en Sarah, y una vez que eso sucediera, entonces la haría—. No, no tengo a nadie en mente —respondió, negando con la cabeza.

—Bueno, tendremos que esperar a que comience la fiesta de la caza, allí veremos cómo se comportan los caballeros invitados con la señorita Sarah y con base en ello, escogeremos a los posibles candidatos. Solo espero que tu nieta cumpla con su palabra y no ocasione problemas.

—Yo también espero que esta vez se comporte a la altura... —dijo con el ceño fruncido—. Agradezco tanto que Melania no se haya enterado de nada de esto. Ya está sometida a mucha angustia —suspiró Matthew con cansancio.

—¿Qué tipo de angustia? —preguntó, mirándolo.

—El ambiente en la India cada vez es más hostil para los británicos... Aunque ella me ha asegurado que están bien y que su esposo tiene todo bajo control, igual me inquieta que se vean en medio de una revuelta —confesó con preocupación.

—Estoy al tanto de que la situación empeora cada vez... Creo que no estaría de más que consideraran volver a Inglaterra —insinuó Richard. No quería interferir, pero todo lo que perturbaba a Matthew, también lo hacía con él.

—Precisamente les hice esa sugerencia en la última carta que le envié, espero que mi yerno siga siendo el hombre sensato que conocí y que anteponga la seguridad de mi hija y la suya, a los negocios en ese lugar. —Matthew tenía la esperanza de que Melania hiciera entrar en razón a su esposo.

—Esperemos que sí. —Richard asintió mostrándose de acuerdo y se volvió para mirar hacia el jardín. Las palabras de su amigo lo habían dejado pensativo.

¿Sabía Sarah algo sobre la situación de peligro que corrían sus padres? Seguramente no estaba al tanto; de lo contrario, no se comportaría de esa manera. Tal vez debería decírselo; aunque, a decir verdad, eso no era algo que le concerniera a él sino a Matthew, lady Melania y su marido.

Richard observó a la multitud que tenía frente a él; era el tercer día de la fiesta en la caza y los invitados se habían reunido para bailar en la pista improvisada en el jardín. Se sentía satisfecho por cómo se habían dado las cosas, ya que, hasta el momento, Sarah se había portado a la altura; sin embargo, no la había visto en la última hora y empezaba a preocuparse. Algo le decía que la señorita FitzRoy no tramaba nada bueno y ver a su hermana Hanna sola no hizo más que confirmar sus sospechas, pues ellas rara vez se separaban.

—Madre, ¿has visto a la señorita FitzRoy? —preguntó, tirando de ella hacia un lado.

—No. ¿Acaso sucede algo? —preguntó ella en un susurro, con las cejas fruncidas.

—Espero que no —murmuró Richard—. Pero hace un rato que no la veo y eso me preocupa un poco.

—Oh, querido, no te angusties... estoy segura de que sólo debe estar mezclándose con los invitados.

—Está bien, mientras no se mezcle demasiado.

Después de decir eso, le dio un beso a su madre en la mano y ella volvió con sus amigos. Suspiró armándose de paciencia y reanudó la búsqueda, debía encontrarla y asegurarse de que no estaba cometiendo ninguna imprudencia. Vio a Grayson, su mayordomo, y le hizo una seña, el hombre caminó rápidamente hacia él, aunque sin perder su acostumbrada distinción.

—¿Necesita ayuda en algo, su gracia?

—¿Has visto a la señorita FitzRoy? —preguntó, mientras miraba a su alrededor, buscándola.

—Sí, su gracia. Acabo de verla en compañía de lord Patrick, al parecer se dirigían a los jardines.

—Demonios, esa mujer va a ser mi muerte —gruñó Richard y se marchó en dirección a los jardines.

Bajó con rapidez los escalones que llevaban a esa parte de la propiedad y alcanzó a ver su brillante cabello negro, justo cuando giraba en una esquina para entrar al invernadero. Se apresuró a seguirla y enfureció al ver como el miserable de Patrick deslizaba su mano por la espalda de Sarah, en una caricia bastante osada para entregar a una joven soltera.

—Su abuelo desea marcharse, en este momento, señorita FitzRoy y desea que usted lo acompañe —dijo con severidad y alejó con brusquedad la mano de Patrick de su espalda.

—Qué pena, estaba a punto de ir a dar un paseo con lord Patrick —respondió Sarah con un gesto de inocencia fingida.

—Sí, un paseo. —Patrick sonrió insolentemente.

Richard se volvió y miró con furia ese infeliz que ni siquiera se molestaba en disimular sus infames intenciones para con la señorita FitzRoy. Definitivamente, era un hombre sin honor alguno, estar ante alguien así le asqueaba, así que dio un paso amenazador hacia él, imponiéndole toda su altura, pero antes de que pudiera hacerle algo, el muy cobarde solo bajó la mirada y se escabulló rápidamente.

—¿Qué cree que está haciendo? ¿Espantar a todos mis pretendientes? —Sarah explotó, apretando sus puños.

—¿Yo? —cuestionó Richard y casi se le cae la quijada.

—¡Sí, usted! Creía que me iba a ayudar a conseguir un marido —añadió indignada.

—A este paso, lo único que vas a atraer es tu deshonor y la de tu familia —dijo Richard con dureza.

—¿Cómo se atreve? —preguntó, furiosa.

Richard la ignoró y la agarró de la mano para sacarla de allí, no iba a permitir que siguiera

con ese maldito juego, le pondría un alto a esa situación de una vez por todas. Sarah protestaba e intentaba librarse de su agarre, pero eso solo provocaba que la rabia creciera dentro de él, resopló sin poder entender como una mujer de su edad pasaba de ser sensata de un momento, a una completa tonta al siguiente.

—Martin, que preparen mi carruaje —le ordenó a un lacayo que se cruzó en su camino.

—Enseguida, su gracia —respondió y salió raudo a cumplir con la orden del duque.

—Usted no tiene ningún derecho a tratarme así —dijo Sarah, mientras tiraba de su brazo para liberarlo, aunque sin tener éxito, pues él era mucho más fuerte que ella.

—Se equivoca, tengo todo el derecho porque me comprometí con su abuelo a recibirla bajo mi cuidado, así que no dejaré que siga haciendo tonterías —respondió con dureza, vio llegar el carruaje y con cierta dificultad, consiguió subirla.

Capítulo 15

Hubo un pesado silencio cuando el carruaje se puso en marcha, el aire parecía crepitar con su animosidad compartida, mientras intentaban ignorarse. Sin embargo, la voluntad de Richard falló y se volvió a mirarla, ella veía a través de la ventanilla, su semblante lucía casi imperturbable, pero podía notar un brillo en sus ojos que revelaba la molestia que sentía.

—¿Intenta arruinarse? —bramó finalmente.

—¿Y si así fuera? —desafió ella, mirándolo a los ojos.

Richard suspiró para liberar un poco de la frustración que lo embargaba; esto no era lo que había planeado, se suponía que por fin conseguiría liberarse del compromiso que había adquirido. En ese momento quería estrangular a Howard por ponerlo en este aprieto, pero también quería hacerlo con ella por ser tan obstinada, Dios se compadeciera del hombre que tuviera la mala fortuna de convertirse en su esposo.

—Pues no mientras sea mi responsabilidad.

Su mirada fue atrapada por el escote de la señorita Sarah, sus senos había quedado expuestos tras el forcejeo para subirla al carruaje; casi que podía apreciar las sombras de los pezones. Rápidamente se inclinó hacia delante para subirle el corpiño y evitar caer en la tentación de verlos, frunció el ceño cuando éste se deslizó hacia abajo, tan obstinado como su dueña.

Sarah jadeó con asombro ante su gesto, le dio un manotazo para alejarlo de su escote y se reclinó en el asiento, al tiempo que sus mejillas se sonrojaban ferozmente. Richard casi sonrió al ver su actitud; por muy mundana que intentara parecer, seguía siendo una joven inocente.

—No te he dado permiso para que te comportes de forma conmigo —gruñó, subiendo ella misma la prenda.

—Sí, sólo has dado el permiso a todos los demás hombres de Londres —masculló, molesto de solo imaginarlo.

—Sólo hago lo que mi madre y mi abuelo querían que hiciera. —Se encogió de hombros con delicadeza.

—No estoy seguro de que esto sea lo que tenían en mente.

Ella le rehuyó la mirada tras ese comentario y una vez más se dedicó a mirar por la ventanilla e ignorarlo. Richard; por el contrario, no pudo apartar la mirada de su rostro, la luz de la luna lo bañaba y le aportaba una belleza que hasta entonces no había visto en ella, su corazón se agitó de una manera que no lo había hecho antes y eso lo desconcertó.

De pronto, vio que una lágrima rodaba por su mejilla y brillaba bajo la luz de la luna. Eso despertó aún más sus sospechas, sí estaba sucediendo algo que llevaba a Sarah a actuar como lo hacía. La preocupación en su semblante y esa lágrima lo gritaban, tenía que averiguarlo o acabaría loco.

—Si hay algo tras su comportamiento...

—No lo hay —respondió escuetamente.

—¿Por qué dejó que Patrick la llevara a los jardines? —cuestionó y se movió para poder mirarla a los ojos.

—Supongo que quería que me besara —respondió sin darle mucha importancia.

—¿Estás enamorada de él? —cuestionó Richard.

Sintió un extraño malestar en el pecho, como si temiera a su respuesta, aunque suponía que debía manejar todo eso con cuidado. Si ella había decidido que Patrick era el indicado, ¿quién era él para interponerse? Después de todo, ¿no era eso lo que quería, que ella encontrara a un caballero al que desposar y liberarse de su responsabilidad?

—Apenas lo tolero —se rio, negando.

—¿Por qué habría dejado que la besara entonces? —preguntó, mirándola con dureza, tratando en vano de controlar su creciente temperamento.

—Sólo quería que alguien me mostrara lo que se siente ser besada —contestó ella con descaro, su mirada lo desafiaba a que fuese él quien se lo mostrara.

—Entonces, ¿no importa quién la bese? ¿Sólo quiere la experiencia? ¿Una vez que lo consiga, dejará de comportarse de esta manera? —cuestionó, mirándola a los ojos.

—Sólo quiero una muestra de pasión —dijo Sarah encogiéndose de hombros sin compromiso.

—Entonces la conseguirás —respondió Richard con determinación y rodó en el asiento para acercarse a ella.

Sarah soltó un jadeo cargado de sorpresa cuando sintió las manos del duque apoderarse de su cintura y levantarla del asiento como si tuviera el peso de una pluma. Parpadeó cuando él la puso sobre sus piernas y estaba a punto de protestar, pero no tuvo tiempo porque de inmediato fue acallada por la boca del duque que se posó sobre la suya, desde ese momento perdió la capacidad de pensar y solo pudo sentir la intensidad de ese beso que la puso a temblar como si estuviera en una tormenta.

Richard apoyó una mano en su nuca y la atrajo con decisión para atrapar sus dulces e inocentes labios en una explosión de deseo y rabia. Se apoderó de ellos sin vacilación y no pudo evitar gemir, cuando probar lo suave y dulces que eran, de inmediato supo que se quedaría allí un largo rato.

Ella se estremeció y jadeó ante su asalto, lo que él aprovechó para deslizar la lengua dentro de su boca, al tiempo que sus manos le recorrían la espalda y podía sentir que ella estaba rígida, pero también que poco a poco se iba volviendo más maleable entre sus brazos.

Se dio la libertad para deslizar su mano por la cintura hasta llegar a la curva de su trasero, lo apretó con ansias y se deleitó con la suavidad de la redonda nalga. Ella gimió dentro de su boca, lo que hizo que el corazón se le acelerara y la sangre se volviera como la lava de un volcán.

Su cuerpo despertaba a los estímulos con una rapidez que lo asombró, pues solo se había excitado de esa manera cuando era un adolescente y daba sus primeros pasos en el terreno del placer carnal.

Su intención no era seducirla sino darle una lección, así que debía controlarse y alejar las manos de su tentador cuerpo, pero había algo en Sarah que lo alentaba a darle más, su sabor era exquisito, su olor era maravilloso y la suavidad de sus curvas lo estaban enloqueciendo. Sin embargo, hizo un esfuerzo por separar sus labios, pero cuando vio su rostro cubierto por la sombra del placer, la deseó más.

—¿Era esto... lo que deseaba? —preguntó, dejando que su aliento le calentara la piel del cuello mientras lo besaba.

—Yo... —Sarah no podía responder porque su mente estaba en blanco, nublada por el placer que le estaba haciendo sentir y que era extraordinario; sin embargo, se obligó a detener todo eso—. ¿Qué está haciendo? —cuestionó, apoyando sus manos en el pecho para alejarlo.

—Lo que me pidió —acusó él, con la respiración entrecortada—. ¿Acaso no quería sentir lo que era ser besada?

—Sí, pero no de esta manera... ni por usted —gruñó al borde del llanto.

—Pues le aseguro que yo soy mejor que el estúpido de Patrick —desafió Richard, con las manos agarrando su cuello para atraerla y besarla una vez más.

Sarah puso resistencia y evitó que él lo hiciera, se sentía abrumada, furiosa y avergonzada, no podía creer que acabara de besar al Duque de Kent. El amigo de abuelo. El hermano de su mejor amiga. *Oh, Señor.*

—Esto es una locura —dijo y rápidamente bajo del regazo del duque, escapando al otro asiento.

Por suerte, el carruaje se detuvo frente a la casa de su abuelo; Sarah abrió la puerta de golpe, bajó sin esperar la ayuda del duque y corrió hacia la casa, sin mirar atrás ni una sola vez.

Capítulo 16

—¡Sarah espere! —gritó Richard, bajando.

Quiso ir tras ella, pero aún se sentía aturdido por todo lo que acababa de pasar; además, no sabía qué le diría o cómo manejaría la situación. Se había dejado llevar por sus impulsos y no era de los hombres que actuaran así; al menos, no desde que asumió la responsabilidad del ducado.

Se había vuelto un hombre práctico y trataba las cosas de forma práctica; en circunstancias normales, se habría limitado a pedirle disculpas por su comportamiento, le habría asegurado que nunca quiso ofenderla y hubiese olvidado el incidente. La cuestión era que esto no le parecía fácilmente olvidable.

Había besado a Sarah para enseñarle una lección, pero no había contado con el efecto que ese beso tendría en él. No se trataba de que lo hubiese dejado asombrado con su desempeño, pues apenas si respondió al beso y evidentemente era una joven inexperta, pero no recordaba ningún momento en el que un simple beso le hiciera sentir tan vivo.

Sarah FitzRoy se había metido en sus pensamientos de tal manera que había terminado trastocándolo, seguramente era eso lo que le sucedía. Lo que ella acababa de hacerle sentir no tenía nada que ver con un aspecto pasional ni mucho menos romántico, simplemente, era la angustia a lo que lo sometía todo el tiempo, lo que lo tenía confundido.

Cuando regresó se topó con algunos invitados y notó que lo miraban con curiosidad; sin embargo, los ignoró y fue directo a la casa, al entrar en la sala principal, vio a su hermana embistiendo contra él con toda la gracia de un toro furioso.

—¿La has llevado a su casa? —preguntó furiosa.

—Sí —respondió llanamente.

—¿Por qué? Eso solo provocará que las personas hablen...

—La llevé porque ella incumplió con su palabra —la cortó Richard, sintiendo que la furia lo embargaba otra vez.

—¿Su palabra? —Hanna parecía aturdida y su boca se abría y cerraba como un pez fuera del agua—. No tienes derecho sobre ella, no eres su hermano ni su padre, tampoco un tío, primo... o su marido.

—Su abuelo puso en mí la responsabilidad de cuidarla y yo le di mi palabra de que lo haría... Solo lo estoy cumpliendo. Además, si arruina su reputación, no sólo se afectará a sí misma; también lo hará con todos sus allegados. Lo que te incluye a ti... y eso, mi querida hermana, no puedo permitirlo.

Hanna quiso decir mil cosas, pero solo suspiró cansada y se sentó en el sofá cercano, luego se cubrió la cara con las manos y sus hombros se hundieron. Odiaba que las cosas no salieran como ella quería, y en ese caso mucho más, pues se sentía impotente a no poder ayudar a Sarah.

Richard no recordaba la última vez que había visto a su hermana tan preocupada; en realidad, no la había visto así desde la muerte de su padre. Sabía que algo le estaba atormentando y era evidente que eso tenía que ver con Sarah; se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo, Hanna. Lo sabes, ¿no es así? —dijo suavemente.

—Lo sé... —Ella asintió lentamente.

—Hanna... —Richard insistió al ver que dudaba.

—Nunca te he ocultado nada, Richard. Incluso te dije cuando Lord Winters intentó

besarme.

—Sí, y recuerdo haberle golpeado por eso. —Richard frunció el ceño al recordarlo.

—Eres un hipócrita —se rio Hanna, mientras negaba, recordando también el episodio.

—Claro que no, nunca he besado a una joven soltera —dijo pomposamente y se irguió.

Y entonces recordó que había besado a Sarah tan solo momentos atrás. Prácticamente se hundió y se sintió como un miserable, pues no solo la había besado, sino que también la había tocado con descaro. *Realmente, era un hipócrita*. Sin embargo, no iba a admitirlo ante su hermana.

—De todos modos, ¿a qué conduce esto? —preguntó para enfocarse de nuevo en la conversación. Tenía que dejar de pensar su beso con Sarah FitzRoy.

—Al hecho de que, aunque nunca te he ocultado nada, esto es algo de lo que no puedo hablar —respondió y a ver que su hermano se disponía a protestar, habló antes—. Este no es mi secreto, Richard, por favor no me obligues a traicionar la confianza que Sarah ha depositado en mí.

Richard vio el tormento en la mirada de su hermana, así que no insistió más en ese asunto; suponía que después de lo de esa tarde, lo mejor era guardar las distancias con Sarah. Aunque con solo pensarlo sentía como si le oprimieran el corazón, no quería alejarse de ella y dejarla a su suerte; era una chica excepcional y debía conseguir la manera de traerla de regreso, que actuara como lo hizo en su primer encuentro.

—Entonces no te molestaré más.

—Imagino que acosarás a Sarah en mi lugar —dijo Hanna, alzando una ceja y mirándolo fijamente.

—¿Acaso no comprendes que sólo quiero ayudarla? —Richard no pudo evitar exaltarse, necesitaba saber que ella estaría bien—. Si sigue por ese camino, acabará arruinada.

—Ella no necesita tu ayuda, Richard. Estás haciendo lo contrario de ayudarla... Solo deja que haga las cosas a su manera, Sarah sabe bien lo que hace —suspiró con desgano.

—¿Está en algún tipo de problema? —cuestionó, necesitaba entender porque hacía lo que hacía.

—No... —Hanna desvió su mirada.

—Entonces la dejaré en paz —mintió, no se quedaría de brazos cruzados, mucho menos después de haberla besado.

—Muchas gracias. —Sonrió y lo abrazó.

—Será mejor que vayas a dormir, ya es tarde. —Richard le dio una palmadita en la espalda.

—Buenas noches, Richard. Que duermas bien —dijo y se marchó con andar ligero.

Richard suspiró cuando a su mente llegó el recuerdo de Sarah, el sabor de su boca, la suavidad y calidez de su voluptuoso cuerpo, cómo tembló entre sus brazos cuando la apretó a él, sus gemidos que le resultaron tan excitantes de escuchar. El solo recuerdo hizo que una ola de calor viajara dentro de él, provocando que una parte de su anatomía cobrara vida, tan solo de imaginar todo lo que pudo haber sucedido en su carruaje si él hubiese querido seducirla en realidad.

Capítulo 17

De pronto se dio cuenta del rumbo que estaban tomando sus pensamientos y movió su cabeza en una negación categórica. Debía de borrar de su mente el recuerdo del beso que le había dado, olvidarse de lo hermosa y sensual que era y buscar la manera de verla como lo hacía antes.

Si hubiese estado en Londres, habría acudido a un club para caballeros y de seguro alguna de las damas de compañía le habría ayudado a calmar el deseo que se había apoderado de él, pero en Kent solo había tabernas con mujeres cuyo aspecto e higiene dejaban mucho que desear.

Tampoco era de los hombres que se aprovechaban de su posición para persuadir a las mujeres del servicio de acostarse con él, aunque sabía que muchos de sus pares sí lo hacían.

Cuando veían a alguna mucama bonita, la seducían para llevárselas a la cama y luego las compensaban con regalos o dinero. Considera eso como un acto despreciable, pues ponían a las pobres jóvenes en una posición que no podían rechazar, pero tristemente era una realidad e incluso la forma en la que muchos jóvenes se estrenaban en los placeres carnales.

Richard subió a su habitación para intentar descasar, se dio un baño de agua fría para sacar el ardor del deseo de su cuerpo y luego se tendió en su cama. Sin embargo, después de tres horas allí, seguía dando vueltas en su enorme lecho; sus sentimientos con respecto a Sarah se habían tornado confusos y eso le impedía conciliar el sueño.

Por una parte, la culpa lo atormentaba porque sentía que se había aprovechado de ella, debió controlar sus impulsos y no dejarse llevar por el reto que ella le planteó. Sin embargo, por la otra parte, seguía furioso con ella por la forma en que estaba poniendo en peligro su reputación, ese había sido el detonante que lo llevó a actuar como lo hizo.

Se decía todo eso para convencerse de que no había nada más, pero en el fondo sabía que dentro de él se había despertado otro sentimiento. Uno peligroso por demás y que no podía dejar de lado, esa mujer lo había trastocado, lo había hecho sentir como ninguna otra y negarlo era algo estúpido.

No quería sentirse atraído por Sarah FitzRoy, maldita sea, pero era algo que no podía evitar y lo avergonzaba reconocer el hecho de que quería volver a besarla, aunque fuese sólo una vez más. Sabía que eso era una locura y que después de la reacción de ella, seguramente lo último que desearía era que él la besara de nuevo, pero eso lo impedía que lo quisiera.

Frustrado, Richard apartó las sábanas con las piernas y se levantó de la cama, sabía que no tenía caso intentar dormir; se puso de pie y caminó hasta el ventanal, apartó las pesadas cortinas y vio que estaba amaneciendo.

Una espesa bruma cubría los campos y aún se podían ver la silueta de la luna en el firmamento; suspiró y cerró los ojos para dejar su mente en blanco, pero le fue imposible.

—Necesito salir de aquí y distraerme con algo.

Se acercó a su palangana y se echó agua en la cara para liberarse de ese estado de letargo que lo embargaba, luego se vistió con un pantalón, una camisa y tomó su abrigo. Los invitados estaban durmiendo a esa hora, así que no se preocupaba por tomarse con alguien a quien le escandalizara que fuera vestido con tan poca ropa.

Se dirigió a los establos y de inmediato fue recibido por uno de los trabajadores, quien se sorprendió de verlo despierto tan temprano. Richard despidió al somnoliento mozo de cuadra y dijo que él mismo prepararía a su caballo.

Hades, su espléndido ejemplar que era negro como una noche sin luna, relinchó alegremente al verlo. Richard se acercó y le acarició la espesa crin, dándole luego un par de palmadas cariñosas en el grueso cuello que mostraba la poderosa musculatura del equino, al tiempo que sonreía.

—¿Qué tal si damos un paseo, chico? —murmuró, esperanzado de que la cabalgata le ayudara a alejar de sus pensamientos a la señorita Sarah.

Hades movió su cabeza como si afirmara y Richard sonrió; sin perder tiempo buscó su silla de montar y lo ensilló.

Una vez que salieron de los establos, lo condujo hasta la periferia de la finca a un galope lento. Sin embargo, sentía que necesitaba algo de acción para drenar la tensión que lo embargaba, así que decidió dejarle el dominio a su caballo.

—Hoy puedes correr tan rápido como quieras —le ordenó y aflojó las riendas para que tuviera absoluta libertad y se lanzara a galopar.

El caballo no necesitó más estímulos para lanzarse al galope y como si fuese una flecha comenzó a atravesar la llanura. Richard cabalgó a lo largo de la frontera y comprobó el estado de las casas de campo y las granjas en su camino. Todo parecía estar bien; sin embargo, tomó nota mentalmente de visitar a los inquilinos dentro de uno o dos días.

Hades parecía estar disfrutando tanto como él, lo que no le extrañaba pues su caballo era un aventurero. Sin darse cuenta llegaron a la parte donde su finca colindaba con la de Matthew, como eran amigos, no habían construido nada que delimitara las propiedades, solo las señalizaba un gran arce.

Pensó en dar la vuelta y regresar a la casa, tal vez el ejercicio lo había cansado lo suficiente para poder conciliar el sueño. No obstante, no podía apartar su mirada del bosque y su corazón latía con una emoción distinta a la provocada por la cabalgata, esta era totalmente distinta.

—¿A qué le temes, Richard? —se cuestionó con algo de ironía—. No es que la señorita FitzRoy vaya a estar levantada a estas horas... Y aunque lo estuviera, no estaría paseando por el bosque, ¿verdad? —Razonó con su caballo. Como era de esperar, Hades no se dignó a responder.

Se acercaron al gran estanque con un trote lento, pensó en llevar a Hades a ese lugar para que descansara y bebiera; a medida que se acercaba, oyó un extraño chapoteo del agua.

Bajó del caballo y caminó con cautela, no quería asustar a nadie, en caso de que hubiese alguien allí. Finalmente, el estanque apareció y Richard se detuvo en seco.

Esto tenía que ser una especie de broma que el Todopoderoso le estaba gastando.

Capítulo 18

Sarah había salido a pasear por el bosque de la finca de su abuelo, en compañía de Miel, la hermosa perrita corgi que había adoptado hacía un mes. Había llegado hasta ese lugar y le pareció perfecto para descansar un rato, se sentó sobre una piedra, se abrió el pesado abrigo que la cubría y subió su camisón hasta las rodillas para meter sus pies cansados por la caminata en el agua fría, mientras Miel dormía a su lado.

La miró y sintió envidia del apacible sueño de su mascota, cuánto quisiera tener la capacidad para hacer lo mismo, pero le resultó imposible dormir. No había conseguido dejar de pensar ni un solo instante, en lo que había sucedido entre el duque de Kent y ella la tarde anterior.

Había soñado con su primer beso durante años, imaginando que el hombre al que amaba le sujetaría tiernamente la cara entre las manos y la besaría con la mayor devoción y dulzura; la mayoría de las heroínas de las novelas que había leído lo habían experimentado de esa manera.

Sin embargo, ella había sido arrastrada al regazo del duque, sin ningún tipo de delicadeza, como si se tratase de una mujer de la vida alegre que puede ser tratada de esa manera. Estaba claro que solo había sido un arrebato de parte de aquel desgraciado hombre, no había sido un acto inspirado por la pasión y el deseo sino por la arrogancia, la rabia y tal vez...

¿Curiosidad? Quizás deseaba descubrir si realmente era tan experimentada como se fingía, le atormentaba no saber el motivo real que lo llevó a actuar de esa manera, aunque era consciente de que ella lo había provocado, nada lo justificaba.

Cerró los ojos, mientras negaba enérgicamente para alejar el recuerdo de Richard Crawley de su mente, al tiempo que liberaba un suspiro cargado de frustración y pateaba el agua para descargar parte de la molestia que sentía. Miel se sobresaltó y de inmediato se irguió con las orejas levantadas, comenzó a mirar en dirección al bosque y olfateó en el aire.

—Tranquila, pequeña, no es nada —arrulló a la perra y le rascó las orejas, invitándola a que volviera a dormir.

Miel se sentó, pero su atención seguía ocupada por algo, eso despertó la curiosidad en Sarah y estaba a punto de levantarse para descubrir de lo que se trataba, cuando frente a ella apareció la fuente de la distracción de Miel.

Era el duque de Kent. *¿Qué demonios?*

—¿Qué haces aquí? —exclamó ella al mismo tiempo que él, mientras se miraban con desconcierto.

—No podía dormir —respondieron simultáneamente.

El duque mostró una sonrisa que la deslumbró e hizo que su corazón se acelerara, pues la mayor parte del tiempo estaba serio; o las pocas sonrisas que dejaba ver eran estudiadas. Sin embargo, esa era franca y hasta podía decir que tenía un atisbo de timidez; debía admitir que le daba cierto atractivo, ella suspiró y bajó la mirada al sentir que se sonrojaba, en ese momento se percató que estaba en camisón y que había subido el dobladillo hasta las rodillas para evitar que se mojara.

Sus manos bajaron con rapidez para tirar del dobladillo y luego se ajustó el pesado abrigo, también se pasó la mano por el cabello que había dejado suelto. Levantó la vista para ver si el duque había tenido la cortesía de desviar la mirada, pero no lo hizo; de hecho, la miraba

descaradamente.

—Supongo que es demasiado pedir un poco de caballerosidad de su parte —murmuró en voz baja y se levantó.

Dos podrían jugar a este juego, así que, sin ningún disimulo, empezó a mirarle como le había mirado a ella. Se moriría antes de admitirlo en voz alta, pero en ese momento, Sarah sintió que nunca había visto un hombre más guapo. La parte superior de su camisa estaba abierta, mostrándole la fuerza de su cuello y los músculos definidos de su pecho. Tragó saliva y un leve estremecimiento la recorrió de pies a cabeza; estaba claro que el tiro le había salido por la culata.

—¿Te gusta lo que ves? —Sonrió sin reparo, con sus ojos ambarinos centelleando de placer.

—Me temo que no —resopló y se volvió hacia la cachorrita. Pero su corgi no estaba allí y desvió la mirada temiendo que hubiese entrado al lago; sin embargo, la encontró al otro lado—. Miel... —la reprendió con el ceño fruncido, la perra estaba jadeando a los pies del duque, moviendo la cola con una rapidez que Sarah no había creído capaz—. Parece que su encanto no perdona ni siquiera a las hembras de la especie canina —murmuró y dio un pisotón hacia el animal.

—¿Qué? —preguntó él, divertido.

—¡Nada! —exclamó furiosa y dolida al verlo actuar tan tranquilo después de lo que había hecho; como mínimo esperaba una disculpa de su parte.

—¿Por qué finges ser algo que no eres? —preguntó Richard, no había notado que se tuteaban.

—¿Qué? —se detuvo y lo miró con asombro.

¿Acaso, Hanna le había dicho algo? Esperaba por el cielo que no, porque en verdad necesitaba continuar con sus planes; le preocupaba no haber recibido correspondencia de sus padres en las últimas semanas. Tal vez habían sido incomunicados o quizás hasta podían estar recluidos en alguna celda, acusados de conspiradores o espías; negó enérgicamente para alejar esa idea de su cabeza, debía mantener sus esperanzas.

—No eres una libertina. La mera visión de mi pecho te hizo sonrojar. Así que...

Richard se encogió de hombros, sin molestarse en cubrirse como debió hacer en cuanto llegó. La verdad era, que le complacía que Sarah lo miraba.

—No sé de qué está hablando —le cortó ella.

Intentó mirarle a los ojos, pero no pudo. Tenía la extraña sensación de que, si lo hacía, él descubriría todos sus secretos. Richard era así: perceptivo e inteligente. Además, tenía razón, la sola visión de su pecho desnudo la había perturbado, pero no de una manera desagradable, sino todo lo contrario.

Ese hombre tenía un torso digno de ser esculpido en el mejor de los mármoles, era hermoso, poderoso y tan atrayente, que ella se imaginó estirando la mano para tocarlo. Deseaba sentir su piel y descubrir si era suave y cálida; o dura y fría, quizás hasta podía acercarse su rostro para saber a qué olía.

—Entonces, ¿todavía no me lo vas a decir? —cuestionó, acercándose despacio hacia ella, con la gracia de un felino.

—No hay nada que contar. —Se mordió el labio por el nerviosismo que le provocaba su cercanía.

—De acuerdo. Sin embargo, tengo algo que decirte...

Sarah levantó los ojos y su mirada atormentada se clavó en los ojos ámbar del duque, mientras el corazón le latía enloquecido. Sospechaba de lo que quería decirle, aunque hace un momento se había molestado porque él no le diera una disculpa, la verdad era que no estaba lista

para hablar de lo sucedido ¡No, eso sería demasiado mortificante!

—Me gustaría disculparme por haberte besado, mi accionar no fue el correcto —dijo con semblante avergonzado.

—No pienses en ello. —Sarah intentó sonreír, pero estaba segura de que parecía una mueca.

—No lo haré, siempre y cuando me asegures una cosa —dijo mirándola fijamente y se acercó más a ella—. Prométeme que dejarás de ponerte en situaciones comprometedoras... Dijiste que un beso era todo lo que querías.

—¡Eso no ha sido un beso de verdad! —expresó, indignada—. Solo fue un burdo arrebato de su parte... Y la verdad, dejó mucho que desear.

—¿Acaso ya te habían besado antes? —cuestionó, tenso.

—Una dama puede tener sus secretos, no tengo porque responderle —dijo, altanera y alzó la barbilla.

—Puedo asegurar que nadie lo había hecho, señorita FitzRoy... —respondió con una sonrisa seductora y la vio sonrojarse, lo que se lo confirmó—. Y no me quedará más que mostrarte lo que es un beso apropiado —amenazó, sus ojos brillaban con deseo y su cuerpo vibró ante la expectativa.

—Dudo que seas capaz de cumplir lo que deseo, si lo de anoche fue un indicio —contestó ella con arrogancia.

Qué has hecho; le gritó su mente, los nervios se dispararon en ella y de inmediato quiso huir, pero su cuerpo parecía estar clavado en ese lugar.

Antes de darse cuenta, la boca de Richard estaba sobre la suya, pero ese gesto no se parecía en nada al que le entregó la tarde anterior; este era suave, lento y con persuasión le separaba los labios. Sarah puso las manos en los hombros de él para apartarlo, pero de alguna manera se olvidó de ello cuando sintió la fuerza de los músculos. Lo que él hacía con su boca la mareaba, por lo que cerró los ojos y pensó que perdería el equilibrio, pero los brazos de Richard estaban alrededor de su cintura y supo que él no la dejaría caer.

Sarah se sintió tan vulnerable, apretada contra él, llevando apenas ropa, pero por alguna razón insondable, no se alejó; por el contrario, deseaba sentir la dureza y el calor de su cuerpo. Ese beso era tan distinto al primero, que la dicha se apoderó de ella y todo lo demás dejó de existir, solo era consciente de las sensaciones que Richard le provocaba, de exquisita experiencia de sentirse amada, deseada e incluso necesitada, pues la intensidad del beso y de sus caricias se lo dejaba sentir.

Él había abierto lentamente sus labios y estaba explorando su boca con la lengua, la caricia era lenta y cadenciosa, pero la estaba haciendo temblar. Sarah respondió, tratando de imitar sus movimientos, mientras sus manos se deslizaban por su pecho hasta alcanzar su cuello, lo acarició y él tembló.

—¡Santo cielo!... Realmente eres deliciosa —murmuró Richard y la acercó más a su cuerpo, gimiendo al sentir la suavidad de sus senos aplastándose contra su pecho.

Sarah estaba extasiada, con la respiración agitada y el cuerpo tembloroso, siempre anheló ser besada, pero nunca imaginó que eso pudiera sentirse así. Donde él la tocaba, ella sentía calor y donde no lo hacía, su piel hormigueaba de anticipación, las emociones eran demasiado poderosas.

Su mente estaba obnubilada y su cuerpo solo respondía a los estímulos que Richard le provocaba con sus caricias a sus besos. De pronto, la burbuja donde se encontraban fue reventada por los enérgicos ladridos de Miel, que intentaban atraer la atención de Hades, y correteaba a su alrededor.

Sarah fue consciente en ese momento de la locura que estaba haciendo, la razón volvió a ella y apartó a Richard, empujando sus hombros. Lo miró con los ojos muy abiertos y lo que vio en su rostro la hizo sonrojarse, era evidente que él se había excitado con los besos, lo que no le extrañaba para nada, pues ella misma se sentía arder.

—Eso no debería haber ocurrido —murmuró con la voz ronca y vibrante por las sensaciones que aún al azotaban.

—Tienes razón, no debería haberlo hecho —aceptó como correspondía a un caballero. Sin embargo, su mente se negaba a lamentarse por lo vivido, pues hacía mucho que no se había sentido tan complacido al besar y acariciar a una mujer, y su orgullo masculino quiso ir a por más—. Entonces, ¿todavía crees que no te has dado un beso de verdad? —sonrió seductoramente, mientras veía su hermoso rostro sonrojarse.

—Yo... —Sarah no tenía palabras para responder a eso. Aunque, a decir verdad, si las tenía, había sido maravilloso, sublime, excitante, pero no le daría el gusto de reconocerlo.

—Si dices que no, tendré que volver a intentarlo —sonrió, con el mismísimo diablo en los ojos.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó, con los latidos desbocados.

Sarah no podía entender la avalancha de sentimientos que corría por su cuerpo en ese momento, así que decidió que lo mejor era alejar de él. Debía poner en orden sus pensamientos y controlar sus emociones, o acabaría perdiendo su Norte; en ese momento, una corriente de brisa fría la hizo estremecer, se aferró fuertemente a su abrigo y salió corriendo, mientras luchaba con su llanto, Miel también salió tras ella.

Richard se quedó allí, sin saber qué hacer, se debatía entre ir tras ella y tratar de enmendar las cosas o quedarse allí y esperar a que las aguas se calmaran. Estaba cometiendo un error tras otro, eso no era algo que pudiera permitirse; lo peor era que, de no haber sido por ese corgi, quizás Sarah y él hubiese acababa haciendo el amor en ese lugar.

No entendía por qué Sarah lo hacía actuar de esa manera, por qué despertaba ese lado impulsivo en él, se suponía que debía disculparse por su arrebato de la tarde anterior, no que acabaría repitiéndolo. Se llevó las manos a la cabeza mientras culpaba a su imagen en ese camión casi transparente y a su larga cabellera negra que caía como una manta sobre su rostro; se veía tan hermosa, sensual y dulce, era la tentación encarnada y él había caído sin remedio.

Richard gimió y luego maldijo. *En nombre de Dios, ¿qué le estaba pasando?*

Capítulo 19

Sarah se sentía más mortificada que la noche anterior, lo sucedido esa mañana entre el duque y ella, sin duda había empeorado su situación porque ahora se sentía mucho más confundida. Esa mañana antes de verlo, estaba furiosa y dolida con él por la manera en cómo la había tratado, pero ahora no podía reprocharle nada, porque Richard solo había respondido a su reto y había sido tan gentil, que solo recordar sus besos y sus caricias la hacían suspirar.

—Si no dejas de pasearte, seguro que me pongo bizca — declaró Hanna con tono de protesta.

Sarah se detuvo de inmediato, ni siquiera se atrevía a mirarla a los ojos, sabía que Hanna era tan intuitiva como su hermano, y que podía descubrir lo que había sucedido. No, eso era poco probable; es decir, quién pensaría que el duque y ella podían compartir un beso, si apenas si se soportaban.

—Gracias. Ahora dime qué te tiene tan preocupada.

Sarah abrió la boca, pero enseguida la cerró, y luego se mordió el labio con nerviosismo. Quería contarle a Hanna lo que había sucedido esa misma mañana, pero no lograba reunir el valor para hacerlo. No podía muy bien decirle, «*Oh Hanna, tu hermano y yo nos besamos esta mañana y aunque yo no lo inicié, lo disfruté bastante*». Seguramente su amiga pondría el grito al cielo y se sentiría defraudada.

—¡Sarah! ¿Qué pasa? ¿Ha llegado otra carta de Bombay? —preguntó con preocupación.

—No —dijo, negando y eso aumentó su preocupación.

Lo sucedido con el duque la había distraído de su mayor problema, pero no como para que pudiera olvidarlo.

—¡Oh, estoy perdiendo la cabeza! —exclamó, dejando de lado su taza de té y suspiró—. Richard también se ha comportado de forma extraña esta mañana, apenas si probó bocado durante el desayuno y parecía que tenía la cabeza en otro lugar. Por primera vez en mi vida, siento que soy la única persona normal aquí —murmuró Hanna, cruzándose de brazos.

—¿Dijo algo? —preguntó Sarah, tratando de sonar casual.

—Mi madre le preguntó si estaba bien y él le aseguró que sí, pero es evidente que no... Igual dudo que nos lo diga si le ocurre algo, es muy reservado con su vida privada, bueno los hombres siempre lo son —respondió y miró fijamente a Sarah de forma interrogativa—. ¿En serio no te pasa nada?

—No, ya te dije que todo está bien —dijo, volviéndose para mirar por el ventanal.

—Puedo decir cuando estás mintiendo, ¿sabes? —cuestionó, mirando su espalda tensa.

—Lo sé —gimió Sarah, cerrando los ojos.

—Está bien, no te presionaré... Puedes decírmelo cuando te apetezca —resopló Hanna, molesta pues pensaba que eran amigas y que se tenían confianza.

—¡Lo haré! —prometió y se acercó para darle un abrazo, no quería que se molestara con ella.

Cuando estuviera segura de que iba a volver a Bombay, se lo diría a Hanna, solo esperaba que su amiga no fuese a tomar eso como mal; después de todo, se trataba de su hermano.

—Sol me preocupo por ti —susurró, mirándola.

—No deberías. Estoy bien —le aseguró con una sonrisa.

—Muy bien. Debemos bajar de inmediato. Madre me ha informado de que han llegado unos

nuevos caballeros y me muero por ver si hay alguien interesante allí —mencionó, aplaudiendo con entusiasmo.

—Dudo mucho que eso ocurra —dijo Sarah con desgano.

—Oh, eres tan pesimista. —Hanna se quejó y la haló del brazo para llevarla con ella.

—¡No lo soy! —se defendió, frunciendo el ceño.

Solo estaba siendo realista, ninguno de los caballeros que había conocido hasta el momento le había resultado interesante o al menos atractivo. Bueno, si era sincera, existía solo uno, el duque; sin embargo, no podía usarlo para llevar a cabo sus planes porque podía terminar arruinándolo todo.



La duquesa viuda había organizado una velada para recibir a los caballeros que se habían unido la tarde anterior, a las festividades de la caza. El gran salón de la casa de veraneo del ducado de Kent, como siempre lucía todo su esplendor, mientras que la música, los bocadillos y las bebidas, tenían encantados a todos los invitados, que elogiaban a la dama por su buen gusto y su papel de anfitriona.

Richard se sentía algo nervioso por su próximo encuentro con Sarah, no la había visto desde la mañana anterior cuando ella salió huyendo, dejándolo en un mar de culpa, excitación y confusión. Finalmente la vio aparecer del brazo de Howard, su corazón se aceleró al ver lo hermosa que lucía esa noche; se encontraron en medio del salón, él se inclinó ante ella.

—Se ve especialmente hermosa esta noche, señorita FitzRoy —dijo Richard con una sonrisa que le nació de manera natural, mientras la recorría con la mirada.

—Muchas gracias, lord Crawley —dijo, haciéndole una reverencia y sus mejillas se sonrojaron.

Richard sintió un intenso deseo de tomarla entre sus brazos y besarla como había hecho la mañana anterior; sin embargo, sabía una cosa; no lo haría de nuevo. Se había prometido que no se dejaría dominar por el deseo, lo mejor era seguir el consejo que ella le había dado y no pensar en ello, hacer como si nada hubiese ocurrido entre los dos.

Howard y Sarah se despidieron para ir a saludar a su madre y a su hermana, mientras él siguió saludando a los demás invitados. Se dijo a sí mismo que tenía que interactuar con todos, pero apenas podía despegar su mirada de Sarah.

Necesitaba saber si ella seguía interesada en ser besada por otros caballeros. Aunque era consciente de que esa era su elección y él que no podía impedírselo, no le gustaba nada la idea. Su orgullo masculino deseaba que fuese el único dueño de ese privilegio, pero sabía que tarde o temprano lo perdería, ella debía encontrar a un caballero para desposar y a él solo le quedaría el recuerdo de sus deliciosos labios.

Para su disgusto, la vio en compañía de uno de los caballeros que habían llegado la tarde anterior; no se trataba de un joven cachorro, como aquellos con los que Sarah había coqueteado. Este era nada más y nada menos que lord Sebastian Alasdair, el Marqués Langdon.

Richard no había tenido la oportunidad de conocer al hombre hasta el día anterior, pero había oído hablar mucho de él. Lord Alasdair era conocido por sus inteligentes y fructíferas inversiones, había amasado en tres años una considerable fortuna, por lo que Richard había querido formar una especie de sociedad con él; por eso lo habían invitado a Kent.

El hombre tenía una reputación más promiscua que la suya, también se decía que su encanto

y su porte podía conquistar a cualquier mujer. Nada de eso hubiese molestado en circunstancias normales; sin embargo, ver como Sarah parecía estar casi hechizada por él, le hacía hervir la sangre

Langdon no era un joven inofensivo como Patrick o Brandon. Ese hombre era una fiera y estaba seguro de que no desaprovecharía la oportunidad de seducir a Sarah si ella se lo permitía. Y parecía que la insensata mujer con aspecto de cordero se ponía directamente delante del proverbial león.

—Eso no puedo permitirlo —murmuró, bebió de un trago lo que le quedaba de vino y dejó la copa en una mesa.

Capítulo 20

Richard se dirigió hacia ellos con andar decidido y una mirada sombría, ni siquiera desvió su mirada al par de barones que intentaron atraer su atención. Sarah lo vio y su risa se apagó abruptamente, pero no salió corriendo despavorida; por el contrario, apoyó su mano en el antebrazo del marqués.

—Espero que se esté divirtiendo, lord Alasdair —dijo Richard con una fina sonrisa.

No le gustaba el hecho de quedar a su misma altura y no por encima como lo hacía con los demás. Langdon era casi tan alto como él, eso le restaba ventaja a la hora de intimidarlo, aunque algo le decía, que el marqués no era de los hombres a los que se les podía amedrentar con facilidad.

—Es difícil no disfrutar en compañía de dos mujeres tan hermosas y encantadoras —Sonrió Sebastian ampliamente.

—Imagino —murmuró Richard, solo en ese momento se dio cuenta de que Hanna también estaba allí.

—No tuve la oportunidad de agradecerle antes por haberme invitado a su casa de campo, lord Crawley; por cierto, tiene una hermosa propiedad —dijo y le tendió la mano.

—Es un placer tenerlo aquí... Y esperaba que pudiéramos hablar de negocios, más adelante, si le parece bien.

—Por supuesto. La única razón por la que los ingleses pasan por alto mi sangre mixta es porque necesitan mi llamado «genio» —sonrió pues era algo que ya se esperaba.

—Bueno, se ha ganado gran fama, lord. —Richard descubrió que no había malicia en su tono. Sólo diversión.

—Ah, sin mencionar su rango, mi señor —sonrió Sarah.

—Sí, eso también, mi estimada señorita FitzRoy —Langdon echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Richard apretó los dientes, aunque intentó mantener su semblante impasible. ¿Qué demonios estaba haciendo Sarah, tratando de encantar al hombre? Definitivamente debía alejarse del marqués, antes de que fuese a tentar una vez más a su suerte; estaba seguro de que esta vez no se salvaría.

—Mi hermano no es así, mi señor. Nunca ha discriminado a nadie por las circunstancias de su nacimiento. Y en lo que respecta a su sangre mixta, hemos oído que su madre era de la nobleza italiana. Así que no veo por qué alguien podría quejarse —comentó Hanna con un tono amable.

—Reconozco que puede que haya exagerado un poco —Sebastian se rio y la miró a los ojos—. Pero no pretendía ofender al duque. Todo fue en broma.

Hanna asintió; pero luego su barbilla se elevó un poco con un gesto de altives, aunque el hombre le resultaba atractivo y agradable, sentía que algo en él no terminaba de generarle confianza. Sin embargo, no podía arruinar los planes de Sarah, si ella lo había escogido a él para llevarlos a cabo, ella le brindaría su apoyo; solo esperaba no arrepentirse después.

Richard quería sonreír ante la lealtad de su hermana, pero estaba muy irritado por la desenvoltura y confianza del tal Langdon. Aunque parecía bastante amable y educado; su amabilidad hacia Sarah le hacía desear echarlo de su finca, pensó que no había sido tan buena

idea invitar a alguien desconocido, pues no tenía una manera de controlarlo.

—No sabía que había baile esta noche —comentó Sebastian con su sonrisa relajada.

—¿Le gusta bailar, mi señor? —preguntó Sarah.

—Sólo cuando tenga una pareja adecuada. —Le guiñó un ojo, provocando una sonrisa y un sonrojo en Sarah.

Richard se vio venir lo que sucedería a continuación, pero lo evitaría, así que apenas vio que lord Alasdair separó sus labios para hacer la propuesta, lo interrumpió.

—Señorita FitzRoy, baile conmigo —dijo Richard, adelantándose al marqués y ofreció su brazo.

—¡Es una pena! Esperaba preguntárselo también, señorita FitzRoy —dijo Sebastian con pesar.

Richard se dio cuenta de que el hombre lo observaba con divertido interés, como si pudiera ver a través de él.

—Richard, prefiero bailar con lord Alasdair. —Sarah sonrió, pero miraba al duque con seriedad.

—No te lo he pedido, bailarás conmigo —murmuró y la miró fijamente, mientras la tomaba del brazo.

—Espere... —Los ojos de Sarah se abrieron de par en par—. ¿Y lord Langdon? —preguntó con vergüenza.

—Hanna bailará con él —respondió y luego arrastró a Sarah, lo que le impidió ver la expresión de satisfacción en la cara de Sebastian y la mirada horrorizada de Hanna.

—Lo siento, pero no voy a bailar con usted, lord Alasdair —dijo Hanna en voz baja cuando Sebastian la miró.

—¿Por qué no? —preguntó Sebastian mientras miraba su hermoso rostro. Dios, nunca había visto unos ojos como los de ella, y esa boca en forma de corazón, tan encantadora.

—Porque me duele la cabeza —dijo con pertinacia.

—Entonces, ¿la llevo a tomar el aire? —le preguntó, poniendo una expresión de preocupación.

Aunque sabía que ella estaba bien, solo estaba actuando para liberarse de él, pero no dejaría que lo hiciera. Lady Hanna tenía la mirada de un ciervo atrapado, lo que provocó que él sonriera con condescendencia.

Le preocupaba que el duque se diera cuenta de la atracción que sentía por su hermana, no quería que, basándose en su fama de mujeriego, la alejara de él. Sin embargo, parecía que lord Crawley estaba distraído con la señorita FitzRoy.

Le había juzgado mal, pues su interés no estaba en la hermosa mujer de cabello castaño. Ciertamente, la señorita FitzRoy le parecía encantadora; sin embargo, lady Hanna le resultaba mucho más atractiva. Si el duque se había equivocado, él iba a aprovecharse definitivamente de ello. Sonrió y extendió su brazo.

Capítulo 21

Sarah sentía que todo su cuerpo vibraba de nervios y expectativa mientras caminaba hacia la pista de baile; sus rodillas temblaban tanto, que le parecía increíble que todavía pudieran soportar su peso. Respiró profundamente para calmar sus emociones y el latido acelerado de su corazón, al tiempo que se repetía que no podía dejar que lo que estaba sintiendo por Richard interfiriera en sus planes.

—¿Qué está haciendo? —susurró Sarah con dureza una vez que habían tomado sus posiciones.

—No, ¿qué estás haciendo tú, Sarah? —respondió él, rápido como un disparo.

—Es su invitado. Debería haberme dejado bailar con él. Se ha comportado de forma tan grosera y...

—¿Qué? ¿Se supone que debo dejar que te tenga sólo porque es nuestro invitado? —le interpeló con furia.

—¿Dejar que me tenga? —cuestionó con asombro—. No eres mi dueño, Richard —le tuteó como él hacía.

Él permaneció en silencio durante unos instantes, con los ojos escrutando su rostro. Parecía enfadado; sin embargo, eso no consiguió intimidarla, ella también estaba furiosa con él.

—Me insultaste en su presencia. Dijiste que preferías bailar con él —le acusó finalmente, sin esconder su dolor.

—¿Insultado? Era una broma. Además, ¿por qué te importa? —dijo Sarah, con las cejas juntas.

—Sus intenciones no eran las correctas. No podía dejarte bailar con él —alegó, mirándola a los ojos.

—¡Por Dios! —Sarah se echó a reír entonces.

—No veo lo que es tan divertido —gruñó, apretando su cintura para acercarla a él.

—Oh, estás tan ciego, Richard —se rio, negando.

—¿Qué? —preguntó con el ceño fruncido.

—No tiene ninguna intención hacia mí, tonto. Quiere a Hanna. —Sarah mostró una sonrisa, estaba feliz por su amiga.

—Eso no puede ser cierto, ese hombre está detrás de... —murmuró y se volvió a mirarlo.

—Y prácticamente se la entregaste —añadió Sarah con una sonrisa burlona que llegaba a su mirada.

Richard rememoró el encuentro de hacía unos minutos, buscando indicios de lo que ella le decía; ciertamente, había visto el deseo en los ojos de Langdon. Sin embargo, creyó que iba dirigido a Sarah, pues fue con quien más había hablado; además, Hanna apenas había participado en la conversación, así que no había manera de que hubiese despertado su interés, aunque muchos hombres solo se dejaban llevar por la apariencia y debía reconocer que su hermana era hermosa.

Aun así, todo le parecía muy sospechoso ¿Acaso Sarah estaba al tanto de algo que él no? ¿O quizás podía saber cómo pensaban los hombres? ¿Lo hacía? La idea de que eso fuese cierto lo preocupó, porque entonces sabía la manera en la que lo alteraba cada vez que la tenía cerca, o sus deseos casi incontrolables por besarla y acariciarla.

Negó alejando esos pensamientos y se enfocó en su idea inicial, Langdon no estaba detrás de Hanna sino de ella, podía casi asegurarlo, pues él era hombre y entendía mejor la naturaleza de los de su género.

—Sé lo que he visto —le dijo con total seguridad. Ella puso los ojos en blanco, pero no dijo nada más, lo que lo puso de peor humor, pues odiaba equivocarse y si lo había hecho, entonces era el mayor de los idiotas al poner a su querida hermana en manos de un mujeriego de la peor calaña—. La gente está mirando, así que baila —murmuró, mirándola.

Sarah supo que no tenía sentido discutir con él, así que cedió y comenzó a moverse al compás de las suaves notas del vals. Richard disfrutaba de la sensación de tenerla entre sus brazos, poder embriagarse con su suave aroma floral y de ver su cara tan cerca de la suya; se dejó llevar por sus deseos y casi rozó su nariz con la de Sarah, ella abrió sus ojos de par en par, mirando fijamente a los suyos con asombro.

Richard retomó su postura erguida al ser consciente de lo cerca que estaban y luego la hizo girar, disimulando ante las miradas interesadas que los seguía. Ella volvió hacia él, quedando de nuevo tentadoramente cerca, sus respiraciones agitadas se mezclaban, así como sus alientos, y el recordó lo maravilloso que era el sabor de su boca.

Quiso probarlo de nuevo, besarla como había hecho la mañana anterior, un beso sutil pero intenso al mismo tiempo, sentir como su cuerpo se derretía pegado al suyo, como temblaba en cada caricia. Por Dios, estaba poniendo a prueba su cordura en ese baile, y no podía dejarse llevar como lo había hecho antes, eso sin duda provocaría un escándalo.

Suficiente tenía con las miradas de las madres casamenteras y de los caballeros solteros que los seguían por todo el salón. Rara vez bailaba, y cuando lo hacía, era con sus hermanas y su madre; por lo tanto, era lógico que los invitados mostraran curiosidad por verlo bailar por tercera vez con la señorita FitzRoy, de seguro eso provocaría rumores.

Sin embargo, no se arrepentía de hacerlo, quería bailar con ella siempre, poder disfrutar de tenerla así y quería que ella siguiera mirándolo como lo hacía en ese momento. Dejó ver una sonrisa radiante ante la idea de ser el único hombre que pudiera tener ese privilegio, pero para que eso pudiera ser posible tendría que hacerla su esposa. Eso lo hizo temblar.

—Es un buen bailarín, su gracia —murmuró, dejando de lado la molestia de minutos atrás.

—Lo soy, ¿no? —preguntó con arrogancia.

Sarah volvió a poner los ojos en blanco. Richard empezaba a encontrar aquello extremadamente adorable, por lo que su sonrisa se hizo más ancha y quiso alabarla también.

—Tú tampoco lo haces mal.

—Todo el mérito es de Sir Reginald —Ella sonrió, pero el gesto iba acompañado de la nostalgia.

—¿Quién es ese? —Se tensó una vez más.

—Un muy buen amigo mío en Bombay. Cada vez que venía a casa de visita, me pedía que practicara con él. Fue él quien me enseñó el vals.

—¿Significa algo para ti? ¿Este Sir Reginald? —preguntó, en medio de un giro.

—¡Por supuesto, Richard! Es el hombre más encantador que he conocido —expresó con absoluta sinceridad.

—¿Por qué no te casaste con el hombre si es tan perfecto? —Richard gruñó, frunciendo el ceño.

—Para empezar, porque Sir Reginald tiene la misma edad que mi padre —respondió Sarah, con los ojos bailando de diversión—. Además, es muy devoto de su esposa.

Richard soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. No entendía por qué la

idea de que cualquier otro hombre fuera querido por ella lo enfurecía. No era que quisiera a Sarah para sí mismo, eso sería un error gigantesco y lo sabía, se volverían locos el uno al otro; además, no tenía la intención de casarse por el momento.

Su razonamiento se estaba viendo afectado porque se sentía atraído por ella, aunque sólo físicamente, pues no podía negar que era hermosa. También porque había disfrutado de los besos que se habían dado, pero de allí a decir que deseaba compartir una vida con ella, había una gran diferencia.

La música cesó y dio paso a una más animada, por lo que a Richard no le quedó de otra que salir de la pista de baile junto a Sarah. Intentó ignorar las miradas de divertido interés que veía entre los caballeros y las de curiosidad de las damas.

—Me pregunto dónde estarán Lord Langdon y Hanna... no los hemos visto bailar, ¿verdad? —murmuró Sarah, sus ojos buscando entre la multitud.

Richard sintió que volvía su fastidio.

—¿Tan ansiosa estás por unirte a Langdon de nuevo? —murmuró con fastidio mientras avanzaban.

—¿Cuál es tu problema, Richard? —preguntó, aburrida de esa situación—. Lord Alasdair parece perfectamente caballeroso y sí, he disfrutado de su compañía porque es divertido conversar con él; a diferencia de ti, que todo el tiempo estás tenso y con el ceño fruncido.

—Yo... —Richard abrió la boca para defenderse.

—Y si te preocupa que vaya a pedirle que me bese o a animarle de alguna manera, puedes estar tranquilo. No tengo intención de hacer tal cosa. Tus demostraciones fueron bastante... eficientes —resopló, con las mejillas sonrosadas.

—¿Eficientes? ¿No tienes nada mejor que decir? —preguntó, deseando que ella fuese más expresiva.

—Eso es todo lo que vas a conseguir —gruñó.

—No se imagina cuánto me agrada su personalidad, señorita FitzRoy —dijo, mirándola a y sonriendo, le parecía justo que ella lo supiera.

—Me encantaría corresponder a ese sentimiento, lord Crawley —respondió con una sonrisa.

La sonrisa de Richard se hizo más amplia, sólo su madre y sus hermanas conseguían que él se sintiera de esa manera. El hecho de que Sarah lo hiciera le producía cierta satisfacción, era como si se sintiera cómoda ejerciendo su derecho sobre él, como si fueran viejos amigos; o quizá algo más. Tenía que asegurarse de que se casara pronto, porque últimamente sentía que estaría más que feliz de tenerla para él.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, algunos de los invitados se habían reunido en un extremo del jardín para practicar tiro al blanco, uno de los deportes que los nobles más disfrutaban y se habían dividido en grupos para competir. Sarah, Hanna y Sebastian habían formado uno; por supuesto, Richard también se unió a ese grupo para estar pendiente del marqués, quería descubrir si lo que le había dicho Sarah era cierto.

—Excelente tiro —declaró Lord Alasdair con aprecio mientras Sarah aplaudía.

Hanna regresó hacia ellos, entregando el rifle a un lacayo.

—Le diste al centro —sonrió Sarah—. Nunca me dijiste que eras tan buena tiradora.

—Fue sólo suerte. —Hanna se rio con modestia.

—Oh no, mi estimada señorita. Ciertamente no ha sido suerte. Ha sido habilidad y usted es mejor tiradora que la mayoría de los hombres que conozco —elogió el marqués.

—Yo no exageraría... —Hanna comenzó a protestar.

—Tiene razón en su apreciación, Alasdair. Hanna es una oponente formidable cuando se trata de disparar —sonrió, mirándola con orgullo.

—¿Dispara usted, señorita FitzRoy? —Sebastian se volvió hacia ella.

—Me temo que no —sonrió Sarah con timidez—. Nunca tuve la oportunidad de aprender.

—No se preocupe, nunca es tarde para aprender, mi estimada señorita. —Sebastin le sonrió con emoción.

—Oh, eso sería maravilloso —exclamó Sarah.

—Estaré más que feliz de enseñarle —intervino Richard, mirando fríamente a lord Alasdair.

—De acuerdo. Mientras tanto, intentaré sonsacarle algunas indicaciones a lady Hanna —respondió con buen humor, aparentemente sin inmutarse por la ira de Richard.

Sin embargo, Sarah se sentía tan molesta y avergonzada por la actitud del duque, que sus mejillas ardían. ¿Por qué Richard tenía que comportarse de esta manera tan bárbara? Quería reñirle, pero no podía hacerlo delante del marqués, eso solo provocaría más rumores y ya bastante tenía con los que habían surgido luego de que los vieran bailando.

—Venga conmigo, Sarah. —La arrastró a un lado y le entregó un rifle, probando primero su peso—. Ensancha la postura y mantén la espalda recta —le indicó y ella obedeció, pero Richard chasqueó la lengua y se puso detrás de ella.

Le separó los pies con los suyos y le rodeó los brazos, corrigiendo su postura y el agarre del rifle, estaba tan cerca de ella que podía sentir el calor que se desprendía de su cuerpo, aun llevando varias capas de ropa. El nítido recuerdo de su encuentro junto al lago, lo hizo temblar y hasta un jadeó escapó de su garganta, en aquella ocasión él pudo disfrutar de su figura, apenas cubierta por la delgada tela de un camisón.

Las mejillas de Sarah se encendieron ante su cercanía y la manera en la que la tocaba; sabía que debía apartarse, que era lo correcto, pero no lo hizo. Podía escuchar su respiración agitada cerca de su oído mientras ella dejaba de respirar por completo; sentía que el acto de llevar aire a sus pulmones sería demasiado agotador, se sentía molesta, acalorada y también excitada por su cercanía.

—¿Richard? —susurró al sentir que él deslizaba la mano por su costado hasta apoyarla en su cintura, un gesto muy intimidado para ser dado en público.

—¿Sí? —preguntó con la voz ronca.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó alarmada, al ver que, en lugar de alejarse, él se pegaba más.

—Maldita sea si lo sé —se rio con dificultad, sí sabía a lo que ella se refería, pero no quería alejarse por nada del mundo.

—No debes decir palabrotas tan a menudo —le amonestó.

—De todas las cosas con las que deberías tener un problema, ¿lo tienes con mis insultos? —preguntó con sorna.

Richard se refería a su intenso e incontenible deseo por ella, a las ganas que tenía de volverla y atrapar su boca en un beso ardiente y voraz, uno que les dejara claro a todos los hombres allí presentes, que el único con derecho a besarla de esa manera era él. De pronto, esa imagen se mostró claramente en su cabeza y se sintió mareado, hacer algo como eso no solo sería una locura, sino que lo comprometía con ella de por vida; debía detener todo eso antes de que fuera demasiado tarde.

—Bueno, es usted bastante autocrático.

—Ser perfeccionista no debería ser considerado como un defecto, Sarah —alegó, sonriendo de alivio. Afortunadamente, ella no se había percatado de las emociones que lo azotaron hacía un momento—. Por el contrario, los hombres que somos autocríticos, tendemos a ser más responsables y exitosos —añadió con orgullo.

—Puede que tengas razón; sin embargo, existe otro aspecto, como su falta de tacto a la hora de tratar con sus invitados. Nuevamente fue grosero con lord Alasdair.

A juzgar por la expresión de su rostro, Richard adivinó que tenía algunas quejas más que ventilar; sin embargo, no estaba interesado en escucharlas. Le indicó al hombre que lanzaba los discos que soltara uno, con agilidad guio el brazo de Sarah a la altura adecuada.

—¡Dispara! —le ordenó, siguiendo el objetivo.

Ver el regocijo casi infantil en el rostro de Sarah cuando le dio al disco, le hizo sonreír, pues le agradaba hacerla feliz y complacerla. Aunque, no se sentía del todo satisfecho; ya que, habrían dado en el centro como lo había hecho Hanna, de no ser porque estaba distraído por su perfume y su cercanía. Sarah le fascinaba de una manera que no podía expresar con palabras, pero que podía hacer perfectamente con las manos y los labios.

Aprendía constantemente cosas nuevas sobre ella, pues tenía tantas facetas que lo tenían cautivado; había momentos en los que era altanera y caprichosa, pero en otros era tan bondadosa y dócil. Sarah era una mujer amable como tantas otras mujeres, pero lo que más le gustaba era que también era muy asertiva y esa no era una cualidad que poseyeran muchas; además, estaba ese otro lado en ella que disfrutaba de sus besos y que no se cohibía en corresponderle.

Lo que le enloquecía era, que después de los besos que habían compartido, todo en ella empezó a parecerle tan seductor y enigmático: su cabello oscuro como una noche sin luna, los suaves hoyuelos que se formaban en sus mejillas cuando sonreía, el brillo que se desprendía de su mirada cuando se molestaba. Aunque su suntuosa belleza era sólo una de sus cualidades, pues también le atraía su personalidad.

—¿Habéis terminado con vuestro pequeño reto de miradas? Porque acaba de sonar la campana para ir a tomar el almuerzo —dijo Hanna, apareciendo de repente a su lado.

Sarah se sobresaltó y un rubor tiñó sus mejillas, al tiempo que desviaba su mirada. Richard se sintió como si hubiera sido sacado de una burbuja; se volvió para ver a su hermana, cuyos ojos estaban extrañamente brillantes.

—Enseguida vamos —respondió él con seriedad.

—Oh, ve tú, Sarah, yo iré con mi hermano.

Richard siguió a Sarah con la mirada, mientras dentro de su pecho despertaba la necesidad de estar junto a ella; en ese momento, vio al cretino de Langdon unírsele mientras subía la colina. Parecían muy animados, hablando y sonriendo como si fuesen grandes amigos. Richard no apartó la mirada de ella hasta que desaparecieron de su vista.



Lord Langdon era un gran conversador, pero ni siquiera eso pudo evitar que su mente se desviara hacia el duque; apenas había pronunciado algunas palabras para no ser descortés. No sabía qué la había impulsado a preguntarle a Richard sobre lo que ocurría entre ellos.

Tal vez era su necesidad de aclarar sus sentimientos, pues estaba muy confundida; además, no podía hablar de eso con otra persona. Sin embargo, el hecho de que él tampoco lo supiera, la sorprendió aún más; eso no tenía ninguna lógica, pues sabía que no era la primera mujer en su vida y eso no le importaba. Lo que realmente interesaba era saber si ella significaba algo más para él. ¿Si su amistad poco convencional tenía algún valor? Necesitaba que el duque les diera respuestas a sus preguntas; de lo contrario, enloquecería.

Ya bastante tenía con lidiar con la emoción por sus recién descubiertos sentimientos por Richard, las dudas sobre qué tan recíprocos era el afecto que él sentía por ella, así como su ansiedad de apegarse demasiado al duque. No podía permitirse el lujo de enamorarse, no cuando su prioridad era volver a la India y estar junto a sus padres.

Tal vez fuer toda esa confusión lo que la llevó a confiar en Lord Alasdair cuando le preguntó qué le pasaba.

Capítulo 23

Sarah subió corriendo las escaleras de la finca de su abuelo, mientras el corazón le palpitaba desbocado y las lágrimas estaban a punto de desbordarla. Abrió la puerta de su alcoba de un empujón y encontró a su dama de compañía, sentada junto a la ventana, bordando un pañuelo.

—Padma, haz las maletas. Nos vamos —mencionó Sarah, apenas recuperando el aliento, mientras apretaba el papel arrugado que traía en la mano.

—¡Sarah Didi! ¿Qué ocurre? —preguntó, obviamente confundida por la repentina demanda de su ama.

—Nos vamos a casa. A Bombay —repitió Sarah, dejándose caer al borde de su cama, con el rostro tenso.

—¿Ya lo sabe tu abuelo? —preguntó, angustiada.

—No, no lo sabe. Tenemos que irnos antes de que se entere; de lo contrario, no nos dejará ir. —Sarah miró fijamente a su criada, suplicándole que lo entendiera.

—¿Qué hay en ese papel? —susurró Padma, mirando la hoja que su ama apretaba en sus manos.

—Prendieron fuego a nuestra casa —murmuró Sarah, intentando con todas sus fuerzas reprimir el creciente terror que pretendía dominarla, no podía entrar en pánico.

—Sus padres...

—Están todos vivos e ilesos, gracias a Dios —le aseguró—. Pero necesito volver. Necesito estar allí para ellos.

—Lo entiendo, no tienes que explicarme nada. —Padma le sonrió con ternura para calmarla y puso sus manos sobre las de Sarah—. ¿Quién te escribió sobre esto?

—Anoche vi al abuelo caminando en su estudio, lucía preocupado y había estado releendo esta misma carta. Cuando le pregunté si algo andaba mal, se inventó una tontería sobre uno de sus inquilinos, pero eso no me convenció; así que, después de que se fue a la casa del duque esta mañana, me colé en su estudio y encontré esto. Mamá se lo escribió y también le advirtió que yo no debía enterarme... que no podía volver a la India, pero tengo que ir... —Sarah se interrumpió con un sollozo que casi le desgarró la garganta.

Padma le frotó la espalda para darle consuelo, aunque ella misma se sentía muy triste por lo que les había ocurrido a sus amos. Sarah la miró agradeciéndole por comprenderla y notó que sus ojos eran demasiado comprensivos y maduros para una chica de diecisiete años.

—Haré lo que quieras de mí Sarah didi. Pero ¿cómo vamos a salir? —preguntó, estrujándose las manos.

—Primero debemos llegar a Londres... Luego compraremos los pasajes en el primer barco que se dirija a la India —dijo Sarah, sabía que su plan no era del todo perfecto, pero no tenía tiempo para hacer algo más organizado.

Sólo quería estar con su familia, verlos y asegurarse de que estaban bien, que su madre no había mentado para no angustiar a su abuelo.

—Necesitaremos la ayuda de alguien —dijo Padma, con una expresión de horror al pensar en el plan de Sarah.

—No se lo diré a Hanna. —Sarah negó con la cabeza.

—¿Pero por qué no? Es tu mejor amiga.

—Por eso mismo no puedo decírselo. Se preocuparía más por mi bienestar y se lo diría a su hermana, pensando que me ayudaría —refunfuñó Sarah, negando una vez más.

—¿No lo haría? —preguntó, extrañada, pues le parecía que el hombre en verdad se preocupada por su ama.

—No de la manera que quiero. La primera persona a la que acudiría sería mi abuelo.

—Tienes razón. —Padma se mordió el labio.

—Estamos solas —dijo Sarah, encogiéndose de hombros con pesar; aunque eso no la haría desistir.

—¡Sarah didi! —A Padma se iluminaron—. ¡Lord Alasdair! —chilló emocionada.

Sarah comenzó a sacudir la cabeza en un gesto de negación, pero luego se detuvo mientras lo analizaba mejor y concluyó que lord Alasdair era la solución perfecta. No tenía escrúpulos y ella confiaba en él.

—Oh, Padma, podría besarte ahora mismo —gritó Sarah,

Luego salió corriendo de la alcoba y bajó las escaleras casi corriendo, debido a eso tropezó con un lacayo, pero de inmediato se recompuso y le pidió que preparara un carruaje, un par de minutos después, salió hacia la finca de Kent.

Al llegar, a la primera persona con la que se encontró fue a Richard, como era de esperarse, ese encuentro empeoró los nervios que ya sentía, pero intentó disimularlo lo mejor que pudo mientras le hacía una reverencia.

—Buenas tardes, Su Gracia. —Sus mejillas se calentaron bajo la fuerza de su mirada.

—Buenas tardes, Sarah... ¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó mientras la miraba con detenimiento.

—Necesito hablar con Hanna —mintió, sin mirarlo.

—¿Va todo bien? —preguntó, con su bello rostro marcado por la preocupación.

—Oh, sí, por supuesto —mintió de nuevo, pero esta vez lo vio a los ojos para ser más convincente.

Richard se veía especialmente deslumbrante es mañana, su pelo revuelto y su atuendo informal le hacían casi insoportable no tocarlo o besarlo. Sarah se dio cuenta, con una punzada, de que iba a tener que olvidarse de él y de lo que fuera que había empezado a florecer entre ellos.

—Está en los jardines. La mayoría de los invitados también lo están —le informó él sin dejar de mirarla.

—Gracias —se obligó a sonreír y se dispuso a moverse, pero él la detuvo con un ligero toque en el codo.

Ese simple roce de sus dedos la hizo temblar y despertó en ella una emoción que no debía permitirse, por más que la hiciera sentirse vida. Definitivamente, debía acabar con todo eso que estaba sintiendo por él; sobre todo ahora, cuando su prioridad era regresar a la India con sus padres.

—Si algo te preocupa, puedes decírmelo. Lo sabes, ¿no? —le pidió mirándola a los ojos, deseaba que confiara en él.

En ese momento, Sarah quiso contarle todo, desahogar sus penas con él mientras sentía sus fuertes brazos estrechándola y dándole consuelo. No obstante, no podía hacer algo como eso porque sabía lo que Richard haría, seguramente le pediría esperar a que las cosas se calmaran, quizá le diría que no era necesario volver y que sus padres sabrían cómo cuidarle.

Tal vez todo eso era lo correcto y lo que debía hacer, pero en ese momento no podía pensar con lógica sino con el corazón, y este le gritaba que no debía perder el tiempo y que debía acudir al encuentro con sus padres, porque si algo les sucedía estando ella en Londres, no se lo

perdonaría nunca.

—Lo sé... Richard. —Ella asintió y sonrió una vez más, aunque podía jurar que sus ojos estaban repletos de llanto.

—Bien, nos vemos después. —Le devolvió la sonrisa y la dejó marchar.

Sarah corrió hacia los jardines, casi segura de que encontraría a lord Alasdair dondequiera que estuviera Hanna, pues la atracción del marqués por su mejor amiga no le había pasado desapercibida. En ese momento cayó en cuenta de que a ella también la dejaría atrás, por lo que su tristeza se hizo aun mayor, pero retomó su determinación y caminó más rápido.

Tal como había pensado, lord Alasdair también estaba allí, de pie justo en la periferia, con una copa en su mano. Pero sus ojos estaban puestos en Hanna, que revoloteaba de un invitado a otro. Sarah casi sonrió al ver el semblante enamorado del caballero, que veía a su amiga como si fuese un ángel.

Se dirigió hacia él y sonrió cuando él se volvió y su mirada se fijó en ella; estaba segura de haber visto cómo se enrojecían sus mejillas al ser sorprendido. Richard podía creer que las mujeres no podían descifrar los sentimientos de los hombres, pero se equivoca en eso, pues ellos eran demasiado evidentes cuando una joven les atraía.

—¡Que bueno verte, Sarah! —dijo con una sonrisa para disimular su vergüenza al verse descubierto.

—Hola, Sebastian, también me alegra verte.

Desde el día anterior había quedado de tutearse; pues él era más relajado en cuanto a todo el protocolo de títulos nobiliarios. Sarah le mostró una sonrisa sincera, luego lo tomó del brazo para alejarse un poco de los otros invitados, nadie podía escuchar lo que planeaba.

—Necesito tu ayuda —dijo sin ningún preámbulo.

—¿Qué te sucede? —preguntó con preocupación.

Sarah le relató en voz baja el contenido de la carta, así como su preocupación por lo que su madre pudo haberle ocultado a su abuelo para no preocuparlo.

—¿Lo ves? Necesito volver —dijo, apremiante—. Y si siento que no hay esperanza de que sigamos viviendo allí en paz, me gustaría traer a mi familia conmigo a Inglaterra.

—Deberás perdonarme, Sarah, pero considero que es una auténtica idiotez que vayas a la India en las condiciones actuales —le amonestó y cuando vio que Sarah se disponía a protestar, él levantó la mano—. Pero si yo fuera tú, también querría estar con mi familia.

—Gracias —susurró, limpiando una lágrima del rabllo del ojo—. De verdad te agradezco que me comprendas.

—Esto no significa que apruebe tu plan, Sarah —dijo Sebastián con severidad—. Pero sé que, si no te ayudo, te encontrarás en un problema aún mayor —admitió.

—Lo único que te pido es que me ayudes. No necesito la aprobación de nadie —dijo con determinación.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —preguntó resignado.

—Bueno, tenía pensado viajar a Londres y de allí tomar el primer barco que zarpe hacia la India.

—En ese caso, tienes que irte antes de que termine la fiesta de la caza. Que es mañana —comentó pensativo.

—Sí, debería aprovechar. —Sarah asintió de inmediato.

—Te conseguiré un pasaje para el barco.

—Pero ¿cómo voy a llegar allí? —cuestionó con angustia—. No puedo pedirle al cochero del abuelo que me lleve, antes le informarían a él —explicó, mirándolo.

—Yo te llevaré a Londres... Les haremos creer a todo el mundo que nos hemos fugado —dijo despreocupado.

—Oh, pero no podríamos hacer eso. —Sarah comenzó a negar, pues la idea la escandalizaba.

—Será lo mejor —dijo en voz baja, sus ojos se desviaron hacia donde estaba Hanna antes de posarse de nuevo en ella.

—¿Qué pasaría con Hanna? —preguntó Sarah.

—¿Qué hay con ella? —preguntó a la defensiva.

—No podemos dejar que piense que somos algo más que amigos —susurró Sarah, buscando la mirada de Sebastian.

—¿Por qué no? —cuestionó, encogiéndose de hombros.

—Porque se que te sientes atraído por ella y podría...

—¿Ella te ha dicho algo? ¿Acaso no le soy indiferente? —interrumpió, con el rostro esperanzado.

—No directamente, pero sé que...

—Tranquila, no es necesario que mientas... Mejor prepárese para un largo viaje, señorita FitzRoy —dijo y se alejó con andar decidido.

Sarah pudo ver que le había desilusionado que Hanna no correspondiente a su interés, pero como todos los hombres, se excusaba detrás de su tonto orgullo.

Capítulo 24

Hanna caminaba de prisa por el pasillo que llevaba a las habitaciones, mientras su corazón latía desbocado y el cuerpo le temblaba. Se detuvo frente a la recámara de su hermano y llamó a su puerta, mientras rogaba a que Richard estuviese despierto; debía que hablar con él lo antes posible, suspiró con alivio cuando la puerta se abrió para mostrarlo.

—¿Qué ocurre, Hanna? ¿Qué haces despierta a estas horas? —preguntó, con la preocupación marcando su rostro.

—Necesito hablar contigo de algo urgente y muy delicado —murmuró con la voz estrangulada.

Richard se apartó para que su hermana pudiera pasar, luego cerró la puerta tras ella y se volvió para mirarla. De pronto, sintió cómo su estómago se tensaba por el miedo; sobre todo, al ver que Hanna estaba pálida y tensa como un arco.

—Dime, maldita sea. Se trata de Sarah, ¿no es así? —exigió, mirándola a los ojos.

—Sí, se trata de ella —murmuró Hanna y cerró los ojos mientras se armaba de valor—. Sarah se ha fugado con lord Alasdair —dijo al borde del llanto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó apenas con aire, pues sentía que su pecho estaba siendo presionado.

—Encontré esto en mi habitación —respondió y le extendió la nota que su amiga le había dejado.

—¿Y vienes hasta ahora? —Richard explotó.

Era casi medianoche, hacía rato que todos se habían retirado a sus habitaciones y era extraño que solo hasta ese momento, su hermana se hubiese dignado a informarle sobre esto. ¡Todo parecía una maldita locura! Sarah no podía ser capaz de algo tan estúpido. ¿Y con Langdon? ¿Cómo demonios había ocurrido eso? Quería aullar su frustración.

—Lo siento, pero en cuanto subí me preparé para dormir y me puse a leer un libro... Solo cuando fui a acostarme la vi sobre la mesa junto a mi cama... Y vine tan pronto como descubrí su contenido... Sarah escribió que estaba de camino a Gretna green y que estaba dispuesta a casarse con lord Alasdair. También me pidió que no te lo dijera hasta que hubiera dejado Kent —explicó de manera algo atropellada por los nervios, mientras se estrujaba las manos.

—Tenemos que detenerlos —dijo con determinación y caminó a su armario para vestirse.

—Pero Richard, ella fue por voluntad propia. Quieren casarse —dijo Hanna, dejando ver algo de tristeza en su voz.

—No lo harán. No mientras ella sea mi responsabilidad —le aseguró, tomando lo primero que encontró y fue hasta el baño para cambiarse.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Hanna y la preocupación le hizo vibrar la voz.

—Impedir esta locura, llegaré antes de que se casen, primero golpearé a ese bastardo y luego veré qué se puede hacer para salvar la situación —dijo saliendo del baño ya vestido—. Tengo que irme ahora, Hanna. Diles a todos que tuve que irme para atender unos negocios que no podían esperar, pero que volveré en cuestión de días. Asegúrate de que nadie escuche una palabra sobre la fuga.

Hanna asintió, aún más pálida que antes.

—Si Matthew no lo sabe ya, le informaré de camino... Y por favor, si te preguntan por

Sarah, inventa alguna historia, diles que está enferma.

—¿Y si me preguntan por lord Alasdair? —preguntó Hanna, diciendo su nombre con dificultad.

—Puedes decirle a todo el mundo que lo encontraron muerto en el fondo de un pozo —gruñó Richard, saliendo furioso.

Hanna se llevó las manos al pecho y jadeó ante la amenaza de su hermano, solo esperaba que la hubiese hecho en el calor del momento y que no fuese a cometer una locura.



Sarah sentía una mezcla de emociones contradictorias, sabía que lo estaba haciendo era una locura, pero no le había quedado otra salida.

—Todavía no puedo creer que me vaya a casar —dijo Sarah riendo a causa de los nervios.

—Sí... y probablemente luego de eso, yo me encuentre con nuestro creador —murmuró que no compartía su mismo entusiasmo; por el contrario, sabía que se estaba condenando con esa decisión.

Sarah le dedicó una sonrisa de agradecimiento, pero no pensó mucho en las consecuencias que todo eso tendría, solo se enfocaba en ser optimista. Sí, sabía que estaba desafiando a su abuelo con su decisión, también que estaba dejando atrás a muchas de las personas que había llegado a querer.

Por supuesto, eso incluía a Richard, pensó mientras su corazón se apretaba dolorosamente y las lágrimas acudieron a sus ojos, pero luchó contra ellas. También era consciente que estaba metiendo a Sebastian en un gran problema, pero tenía el consuelo que estaba a punto de reunirse con su familia; además, si Dios quería, les traería a Inglaterra.

—Sabes que hay una posibilidad bastante grande de que no puedas volver a Bombay, ¿no? —dijo Sebastian de repente.

—¿Qué quieres decir? Salimos con mucha antelación. No hay manera de que pierda el barco a la India —dijo ella, parpadeando, nerviosa.

—No me refería a eso —Negó con la cabeza.

—¿Entonces? ¿Por qué lo dices? —cuestionó con impaciencia, mientras lo miraba—. ¿Qué me impedirá tomar ese barco? —exigió, mirándolo a los ojos.

—¡Lord Crawley! ¿Acaso creíste que él no nos seguiría en cuanto se enterara? —medio rio.

—Le pedí específicamente a Hanna, en la carta, que no le informase en cuanto la leyera, que nos diera tiempo para poder salir del ducado —dijo Sarah.

Sebastián puso los ojos en blanco como si dijera «por favor, ¿lo dices en serio?» Luego la miró con seriedad. Definitivamente, Sarah podía llegar a ser tan inocente en algunas ocasiones.

—Ella es leal. No iría en contra de mis deseos —le aseguró, aunque su estómago se encogió y sus nervios empeoraron ante la posibilidad de ser traicionada por su mejor amiga.

—No me cabe duda de que lady Hanna es una muy leal y de seguro tendrá muchas otras virtudes —dijo suavemente, algo en su voz casi mostraba arrepentimiento—. Pero también es sensata, y le debe parte de su lealtad a su hermano; así que, no debes reprocharle que le informe en cuanto lea la carta.

—¿Eso crees? —preguntó parpadeando y su boca se secó. Sebastian asintió lentamente, empeorando su angustia—. ¿Crees que esto afectará a tu noviazgo con ella? —Sarah se mordió el labio, el sentimiento de culpa la torturaba por segunda vez.

—¿Qué? ¿Que me fugue contigo? En absoluto —rio cáusticamente. Sarah se encogió de vergüenza. Y él se arrepintió de hacerla sentir mal—. Perdóname, Sarah... Estoy siendo un idiota, no te mereces nada de esto; sólo estoy algo inquieto. Pero tú no te preocupas innecesariamente. Para empezar, nunca existió un cortejo entre lady Hanna y yo —aseguró, mirándola.

Sarah no le creyó, pero no dijo nada porque sabía que ese era un tema sensible para él, ya se lo había dejado ver durante su conversación en los jardines de la mansión de Kent. Además, era evidente que el orgullo de Sebastian jamás le dejaría admitir que sí había deseado que su amiga le devolviera el afecto.

—Sebastian... ¿Te preocupa que lord Crawley intente hacerte daño? —Sarah cambió a otro tema que también le preocupaba.

—Estoy seguro de que me va a matar a golpes —sonrió Sebastián y se encogió de hombros—. O lo intentaría con todas sus fuerzas. Ciertamente, yo lo haría si los papeles se invirtieran.

—Espero que no tengas que sufrir consecuencias graves por mi culpa... Aunque reconozco que es muy probable que lo que dices suceda, él es bastante protector, lo he visto con Hanna —dijo bajando la mirada, no debió involucrarlo.

—Te aseguro, Sarah, que no es lo mismo —se carcajeó, mirándola fijamente.

—¿No? —Sarah frunció el ceño.

—En lo absoluto. —Sacudió la cabeza—. El duque no siente nada ni remotamente fraternal hacia ti —dijo con una gran sonrisa.

Sarah se sonrojó furiosamente al recordar los apasionados besos y las intensas caricias que Richard le había entregado.

De repente, su carruaje se tambaleó, Sarah gritó y se aferró al asiento, pensando que se volcarían, pero el movimiento solo duró unos segundos y se detuvo de manera tan abrupta, que casi fue a parar encima de Sebastian; por suerte, pudo mantener el equilibrio.

—Mierda —murmuró Sebastian—. ¿Qué sucede? —gritó, asomándose por la ventanilla.

—Una rueda se ha atascado en una zanja, mi señor —gritó el cochero.

Sebastián murmuró un par de improperios, luego bajó para verificar qué tan grave había sido el daño. Intentaron sacarlo de la zanja, pero está era bastante profunda y el carruaje muy pesado. Finalmente, no les quedó más remedio que ir en busca de ayuda.

Sebastian le había dejado instrucciones explícitas de no salir y ni siquiera asomarse. Después de una hora, comenzó a impacientarse, pero mantuvo su promesa de no salir; ni siquiera lo hizo cuando Sarah escuchó los sonidos golpes secos, gritos y los quejidos de dolor de dos hombres.

Aunque estaba aterrorizada no se asomó, solo comenzó a rezar para que no fuesen bandidos que venían a asaltarlos. De repente, la puerta del carruaje se abrió y ella gritó lo suficientemente fuerte para dejar sordo al asaltante. Que resultó ser nada más y nada menos, que el duque de Kent.

Capítulo 25

Sarah se emocionó mucho de verlo y respiró aliviada al saber que no era ningún malhechor, pero en cuanto descubrió la ira en su mirada, se llenó de miedo y se replegó en el asiento. Sabía porque estaba en ese lugar, había llegado para impedirle que llevara a cabo sus planes; de inmediato comenzó a negar.

—¡Maldita sea, Sarah, vas a volverme loco! —gritó furioso y se acercó a ella para sacarla de allí.

—Yo... Yo... —Ella no lograba hilar una sola oración, su voz temblaba como todo su cuerpo.

Richard no tenía paciencia para escuchar sus tontas explicaciones, sin mediar palabra, la agarró por la cintura para sacarla de allí, aunque ella se resistió, no tenía ninguna ventaja contra su fuerza y su furia. Una vez que la sacó del carruaje se la lanzó sobre el hombro como si fuese un saco de papas y comenzó a alejarse con paso firme.

—¡Bájame, Richard! No puedes tratarme de esta manera —se quejó mientras le golpeaba la espalda con los puños, en respuesta, recibió un azote en el trasero, que la hizo sobresaltarse y jadear con fuerza—. ¿Cómo se atreve? —demandó indignada.

—Si no dejas de comportarte como una niña malcriada, te daré otro —la amenazó sin dejar de avanzar hacia la posada donde había dejado su carruaje; luego de toparse con Langdon.

Sarah estaba por protestar cuando su mirada se desvió hacia Sebastian, sus ojos se llenaron de lágrimas al verlo tendido en el camino. Tal y como había predicho, Richard le había dado una paliza, su rostro se notaba bastante maltratado, su cabello desordenado y su ropa toda llena de polvo.

Sebastian se defendió intentando parar los golpes, pero no levantó ni una sola vez las manos en contra del duque. Le había quitado la diversión, se había quejado Richard, una vez que su contrincante cayó al suelo y se negó a ponerse de pie.

Sarah le dedicó una mirada cargada de remordimiento, pero en lugar de mostrarse molesto con ella, Sebastian le dio una sonrisa tranquilizadora. Ella rogó para que la golpiza, no le dejara con alguna cicatriz, pues tenía un rostro muy atractivo.

Richard sabía que no era adecuado tratarla de esa manera, pero estaba tan furioso que no sabía cómo actuar. Temía que fuese a salir corriendo y escapara una vez más; sin embargo, se obligó a confiar en ella y con cuidado la puso de pie, pero sin soltarla.

—Créeme, odio esto tanto como tú... Estoy harto de sacarte de situaciones complicadas a cada momento —le recriminó Richard.

—No te pedí que me rescataras. ¿Por qué no me dejas en paz? —Luchó contra él, pero sus brazos sólo la rodearon con más fuerza.

—Porque... —Richard no sabía cómo responder.

—¿Porque qué? Dime —exigió ella.

Él sólo la miró con furia mientras se debatía entre seguir callando lo que sentía y darle la libertad a su corazón para que se expresara. De pronto, el poderoso estruendo de un trueno hizo estremecer la tierra; segundos después, el cielo se abrió para dejar caer un diluvio sobre ellos.

Se miraron de manera retadora mientras la lluvia los empapaba y el aire entre los dos vibraba como si estuviese cargado de la misma energía, que poseían los relámpagos que a

momentos cruzaban las nubes y hacían temblar el suelo bajo sus pies.

Richard separó sus labios para darle una respuesta, quería declararle la intensidad de sus sentimientos, demostrárselo en un beso apasionado. Necesitaba sentirla suya, saber que no la había perdido en brazos de otro hombre; esa idea lo torturó desde que supo de su fuga con Langdon.

Sarah estaba cansada de que la trataran así. Primero sus padres no le dieron ninguna opción en cuanto a las decisiones de su vida, solo la hicieron subir a un barco y la enviaron lejos. Y ahora venía este hombre a querer imponérsele, como si tuviera algún derecho sobre ella, como si pudiera determinar lo que era bueno o malo para su vida.

No iba a tolerar que Richard Crawley la controlara y le dictara lo que debía hacer, esa era su decisión; así que, si quería irse, lo haría. Se liberó de sus brazos con fuerza y luego giró, tratando de distinguir dónde se encontraban; en medio del aire nebuloso, vio la forma de un edificio.

—¿Dónde estamos? —preguntó más para ella.

—Cerca de algún lugar donde podamos secarnos, con suerte —contestó él con sorna.

Ella le miró a la cara con recelo, pero él no la veía, solo caminó con paso firme hacia la construcción; ella no quería seguirlo, pero sabía que, si se quedaba allí bajo esa lluvia torrencial, acabaría enfermándose; suspiró con resignación y fue detrás de él.

—Espere. —Cuando llegaron a la posada, Sarah decidió que había tenido suficiente—. ¿No pretenderá que entremos en ese lugar?

—¿Por qué no? —cuestionó de mal humor.

—Será muy impropio, no tengo una chaperona conmigo, no puedo entrar a una posada sola junto a un caballero —siseó, pues era más que evidente.

—Y huir a Gretna Green era muy apropiado, ¿no? —le reprochó, mirándola fijamente.

—Pero... —Ella no estaba huyendo a Gretna Green, no realmente. Así que fue injusto que le lanzara eso—. Usted no sabe nada.

—Y tampoco me interesa, así que no diga ni una palabra —le advirtió, luego la tomó de la mano.

Sarah decidió callarse, no tenía sentido tratar de explicarle; además, entre menos supiera él, sería mejor, así tendría la oportunidad de escapar más tarde. Una vez que él la dejara en su habitación, esperaría un rato prudente a que él se durmiera y luego huiría.

—Quisiera una habitación para mi mujer y para mí, por favor —dijo Richard al posadero.

Sarah casi gritó de asombro y parpadeó con nerviosismo. ¿Cómo iba a escapar si se quedaban en la misma habitación?... Y, ¿él la había llamado esposa? Eso hizo que su corazón se agitara de felicidad, aun contra su voluntad.

—Por supuesto, mi señor. Tenemos la mejor habitación libre —contestó, tomando con avidez sus húmedas pero finas capas.

—Perfecto. —Richard asintió y le dio unas monedas—. Traiganos también un baño caliente... Y si tiene algo de ropa seca para mi mujer.

—Enseguida, mi señor. —El posadero asintió con una gran sonrisa al ver la cantidad que le había pagado—. Señora Gale, llévelos a la recámara nupcial, por favor —le ordenó a su ayudante y después salió a cumplir con las otras exigencias.

—¿Acaso te has vuelto loco? No podemos quedarnos en la misma habitación —susurró mientras subían por las escaleras, siguiendo a la mujer.

—Podemos y lo haremos —sentenció él, reforzando el agarré sobre su muñeca.

—Podemos permitirnos otra cámara... yo tengo.

—¿Crees que es por cuestión de dinero? No podrías estar más equivocada, cariño —sonrió

sarcásticamente—. Es que no puedo perderte de vista.

Sarah quiso protestar, pero la mirada seria de Richard le advirtió que era mejor que no se le ocurriera, así que solo puso los ojos en blanco y guardó silencio. Llegaron a su habitación, el lecho parecía bastante cómodo, aunque dudaba que alguno de los dos fuese a dormir allí.

La señora Gale los dejó solo y Richard por fin soltó la mano de Sarah, luego cerró la puerta y se quedó muy cerca; en caso de que a ella se le ocurriese escapar, no demoraría en atraparla.

—Tengo tantas preguntas que no sé ni por dónde empezar —dijo Sarah con una rabia apenas contenida, cruzando los brazos bajo su pecho.

Richard siguió el movimiento que juntó sus senos y los elevó ligeramente por encima de su corpiño mojado. Inspiró con fuerza, pidiéndole al cielo se apiadase de él, pues esa visión hizo que se imaginara atrapándolos en sus manos y llevándoselos a la boca.

Sarah vio la reacción de Richard, y frunció el ceño porque no sabía a qué se debía; sin embargo, en cuanto vio donde estaba posada su mirada, bajó inmediatamente los brazos a los lados y sus mejillas se pusieron rojas de vergüenza.

—Empieza por donde quieras. Tenemos toda la noche —dijo con tono despreocupado.

—¿Por qué nos quedamos en una habitación?

—Porque no confío en ti lo suficiente como para darte una habitación propia. Es evidente que intentarás fugarte una vez más.

—Eso es ridículo —resopló Sarah.

—¿Pero es verdad? —Richard sonrió.

—¡Sí, maldita sea! —gritó exasperada.

—Ya lo sabía. ¿Siguiente pregunta? —le animó, mostrando una sonrisa de triunfo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —La realidad la había golpeado y empezaba a preocuparse.

—Sinceramente, no lo sé —suspiró cansado.

Sarah sintió ese familiar sentimiento de culpa torturándola una vez más. Le estaba haciendo pasar por esto a pesar de que no le había pedido que la salvara. Eso le recordó algo pendiente.

—No respondiste a mi pregunta antes. ¿Por qué sigues salvándome? —preguntó, mirándolo a los ojos para que esta vez no le rehuyera.

Richard se detuvo en el acto de quitarse el abrigo, al tiempo que su corazón se desbocaba, había temido mucho llegar a ese momento, pero sabía que no podía seguir retrasándolo. Se quitó la prenda lentamente y se volvió hacia ella, con una mirada seria.

—Porque vale la pena salvarte, Sarah. Apenas he hecho nada bien en mi vida, pero quiero cambiar eso haciendo lo correcto por ti. Incluso si eso significa que constantemente tengo que salvarte de ti misma. Y más que nada, mereces ser salvada —dijo sinceramente.

Sarah se quedó quieta durante un instante, pero luego corrió hacia él y enterró la cara en su pecho, rodeando su torso con los brazos y dejó correr en medio de un llanto amargo, todo el dolor que había estado conteniendo. Richard sintió que el pecho se le oprimía al escucharla llorar de esa manera; así que, la abrazó muy fuerte contra él, mientras le acariciaba la espalda y le besaba el cabello.

—Está bien, cariño. Has pasado por mucho. Lloro si quieres, pero por el amor de Dios, deja de intentar arruinarte —murmuró con ternura.

—¿Y si no me detengo? —preguntó suavemente, mirándole con los ojos llenos de lágrimas.

—Seguiré intentando salvarte todas las veces que sean necesarias —sonrió con pesar.

Sarah le cogió la cara entre sus manos, se puso de puntillas para apretar sus labios contra los de él, rozándolo también con la punta de su lengua. Richard gimió de placer, pero se quedó inmóvil, intentando aferrarse a su fuerza de voluntad; sin embargo, la pasión lo desbordó y

terminó cerrándole la cintura con las manos para pegarla a su cuerpo y besarla.

Sarah casi se desmaya de alivio y placer cuando sintió que él le correspondía; el júbilo estalló en su pecho y sus labios se movieron con mayor intensidad para seguirle el ritmo a Richard. De pronto, sintió cómo si dentro de su cuerpo se encendía una hoguera, calentando rincones que se contrajeron cuando él deslizó la lengua en su interior.

Sentía un delicioso hormigueo por todo su cuerpo, mientras una emoción poderosa crecía en su interior, llenándola de expectativas e impidiéndole que se alejara de Richard. Sin embargo, su mente le gritó que debía ir despacio, aún quedaban cosas por decir, ella no podía solo cegarse ante la pasión y el deseo, lentamente se separó de él.

—Gracias —susurró ella, mientras acariciaba el suave pelo de su nuca y lo miraba a los ojos.

Richard no respondió con palabras, en lugar de eso, la besó de nuevo y siguió deambulando con su lengua dentro de la boca de Sarah, hasta que sus piernas eran más dos extremidades temblorosas. Ella había entregado todo su peso a él, y él estaba haciendo un buen trabajo de mantenerla erguida mientras la besaba con intensidad.

—Richard. —Sarah gimió, incapaz de soportarlo.

—Esto no está bien —dijo él, apartándola.

—¿Entonces qué es lo que desea? Dígame, Su Gracia, porque ya no lo sé —susurró Sarah, con el corazón golpeando salvajemente contra su pecho.

—¡Maldita sea si lo sé! —se quejó, sintiéndose más confundido que nunca.

—Te necesito —confesó ella con la voz ronca.

—No sabes lo que dices. —Él negó con la cabeza.

—Lo sé perfectamente. No soy una niña y te agradecería que no me trataras como tal —respondió ella con decisión—. ¿Me deseas tanto como yo a ti, Richard? —preguntó con el corazón en la garganta.

Richard permaneció en silencio durante un rato, con las palmas de las manos apretando y soltando varias veces, como si se impidiera a sí mismo llegar hasta ella. Sin embargo, se llenó de valor y le dio la libertad a su corazón para responder a su pregunta, no podía verla así de atormentada, ni que imaginara que no la deseaba; a decir verdad, nunca había deseado a otra mujer como la deseaba a ella.

—Más de lo que puedas imaginar —gruñó antes de volver a estrecharla entre sus brazos y besarla con ardor, pero el beso fue breve—. Yo también tengo algunas preguntas que hacerte —se apartó y levantó una ceja arrogante.

—Está bien, pero antes debes hacer algo —sonrió Sarah y subió la cabeza para darle otro beso.

Al parecer, él no tenía problemas con esperar para obtener sus respuestas, siempre y cuando, ella lo estuviese besando.

Capítulo 26

De repente, un par de golpes en la puerta lo hizo sobresaltarse y se separaron como si les hubiesen lanzado un balde de agua fría. Richard que tenía más dominio de sus emociones, fue el primero en reaccionar, se acercó para abrir y vio al posadero llevando un par de cubetas de agua caliente, detrás de él venía la mujer con dos más.

—Su baño, mi señor —dijo con una sonrisa servicial, esperando no haber interrumpido nada.

—Por supuesto, pase por favor —le ordenó, haciéndose a un lado.

El hombre vertió el agua en la tina que estaba en un rincón de la habitación, luego sacó de uno de sus bolsillos algunas flores de lavanda y las puso en el agua caliente. De inmediato el rico aroma de las flores comenzó a llenar el lugar, sonrió satisfecho con su labor, esperando que eso complaciera a su huésped.

—Muchas gracias —dijo Richard, dándole un par de monedas por el servicio.

—Siempre a su orden, con su permiso, que descansen —dijo haciendo una reverencia y luego salió llevándose a la mujer con él.

—¿En qué estábamos? —preguntó Richard, acercándose a ella y rodeándole la cintura.

Sarah lo miró a los ojos, mostrando una sonrisa traviesa. Richard intentó besarla de nuevo, pero ella negó y alejó su cabeza para evitar que él lo hiciera.

—Quítate la ropa —le ordenó Sarah con la respiración entrecortada.

—¿Cómo? —Richard se sorprendió ante esa petición tan directa, ninguna mujer se la había hecho.

—No querrás ganar una neumonía, ¿verdad? —cuestionó Sarah y lo empujó hacia la chimenea.

—Oh, por eso —resopló, decepcionado.

—Por supuesto, ¿acaso pensabas que te lo pediría por algo más? —preguntó, arqueando una ceja.

—Tal vez por el hecho de que me estuvieras besando como si tu vida dependiera de ello hace unos momentos —alegó, entrecerrando los ojos.

—Sí, sí, sé que te he besado. ¿Ahora harás o no harás lo que te digo? —cuestionó, mirándolo.

—Si me quito la ropa, tú también deberás hacerlo. —Richard sonrió—. ¿O eres inmune al frío?

—No me voy a desvestir en tu presencia. Si muero de neumonía, que así sea. Pero no quiero que te enfermes por mi culpa; debes quitarte la ropa y tomar un baño de agua caliente. Prometo que no miraré, estaré junto a la ventana y ni siquiera sabrás que estoy allí —anunció Sarah y corrió hacia la ventana, sin dar a Richard la oportunidad de hablar.

Él sonrió y se dispuso a cumplir sus órdenes, decidido a que Sarah también se secara; por mucho que le gustara bromear con ello, no iba a dejar que se pusiera enferma. Además, les esperaba un largo viaje, pues la llevaría a donde ella quería ir; sólo que no se casaría con ese cretino de Langdon sino con él.

Había decidido casarse con Sarah, aunque sólo fuera para salvarla de sí misma; pues a esas alturas su reputación debía de estar hecha añicos. Lo más conveniente era que ella aceptara, ya que, si se negaba, podía ser por dos razones, o no se daba cuenta de la magnitud del daño que sus

acciones provocarían, o no le importaba, pero conociéndola, sospechaba que era un poco de ambas cosas.

Sin embargo, tenía que admitir que eso no era lo único que le impulsaba a tomar esa decisión; hacía tiempo que se sentía atraído por esa maravillosa y complicada mujer; además, sabía que la misma pasión ardía en ella, acababa de hacérsela sentir con sus besos y sus caricias. Y la manera en que lo había besado, le confirmó sus sospechas de que ella no poseía sentimientos reales por Langdon. Pero ¿qué la había impulsado a actuar como lo hizo? ¿Por qué quería casarse con él si no lo amaba?

—¿Has terminado? —preguntó Sarah.

—Sí —dijo, lanzando su pantalón en una silla.

—¡Oh, por Dios! —chilló, dándose la vuelta de nuevo—. ¡No llevas ropa! —se atragantó.

—Señorita FitzRoy, debo decir que... es usted una mujer muy difícil de complacer —dijo Richard, disfrutando de su vergüenza—. ¿No acaba de pedirme que me desnude?

—¡Sí, pero no pedí verte desnudo!

—¡Desnudo! Llevo mi ropa interior... Supongo que no te has fijado bien. Si te dieras la vuelta...

—No haré tal cosa —interrumpió ella.

Richard sabía que la estaba torturando, pero no recordaba la última vez que se había divertido tanto. Se apiadó de ella y se ató una sábana a la cintura.

—Ahora puedes mirar.

Sarah se giró lentamente, con uno de sus ojos aún cerrado mientras se cubría parcialmente la vista con su mano. Él sonrió al ver esa imagen, definitivamente, no sabía qué se había hecho la mujer osada que le había dado tantos dolores de cabeza.

—Bueno, todavía no estás decente, pero supongo que poco más puedo esperar de ti —resopló.

Evitó mirarle fijamente, pero Richard se dio cuenta de que le veía con disimulo. Le gustaba el rubor que manchaba sus mejillas. Sarah se dirigió en silencio hacia la chimenea, alejándose de donde él estaba de pie cerca de la cama.

—Ahora le toca a usted, señorita FitzRoy —dijo Richard, notando que ella había empezado a temblar.

—¿Yo? —Sarah se dio la vuelta y se quedó mirando, horrorizada por la mera sugerencia.

—Tranquila... No miraré, estaré junto a la ventana, ni siquiera sabrás que estoy allí... Además, el agua se enfriará rápido, es mejor que la aproveches —sonrió para convencerla.

—Así estoy bien, gracias —respondió con la voz temblorosa por el frío.

Le dio la espalda para calentarse con el fuego; sin embargo, no funcionaba, había demasiadas capas de ropa húmeda pegadas a su cuerpo. Ciertamente, anhelaba sumergirse en el agua caliente, pero no lo haría delante de Richard, ni siquiera tenían una mampara que le diera algo de privacidad para bañarse.

—Sarah, o te quitas la ropa o lo haré yo por ti.

—¡No te atreverías! —dijo en voz baja, con los ojos muy abiertos.

—Oh, pero lo haría.

Dio un par de pasos para acercarse, pero se detuvo cuando Sarah levantó una mano para detenerlo.

—Espera... Está bien, lo haré... Pero tienes que salir de la habitación —exigió, mirándolo.

—Estoy vestido con una sábana y la única ropa que tengo está empapada. Soy un duque; la señorita FitzRoy y yo tenemos una reputación que mantener. No puedo ir desfilando así por los

pasillos de la posada —replicó Richard.

—Bien... Espera junto a la ventana.

Richard asintió y comenzó a caminar, pero Sarah se aclaró suavemente la garganta.

—¿Sí? —preguntó, volviéndose para mirarla.

—Necesitaré ayuda con los botones de atrás —dijo, con la cara enrojecida.

Ella era un enigma definitivamente; en momento lo besaba como una cortesana experimentada y al siguiente volvía a ser la tímida señorita virginal. Richard asintió y se puso detrás de ella; de pronto, su corazón comenzó a latir más rápido y su respiración se volvió más pesada.

Lentamente fue soltado uno a uno los botones, dejando al descubierto su cremoso cuello, las luces de la chimenea le daban a su piel un hermoso resplandor. De pronto, notó que sus manos estaban temblando y se sintió molesto con su falta de compostura en ese momento; debía actuar como un caballero.

Mientras se recriminaba, también se dio cuenta de que Sarah respiraba con dificultad, su cuerpo temblaba ligeramente y su piel desprendía una calidez más intensa de lo habitual. Eso le provocó cierta satisfacción y sonrió; al menos, no estaba bailando solo este vals, ni era el único que luchaba contra las sensaciones, ella también estaba excitada.

Le arrastró el dedo por la nuca, disfrutando de la suavidad de su cabello, justo allí donde hacía, luego inspiró para embriagarse con su exquisito olor a flores y eso aumentó su deseo por ella.

—Richard... —susurró, el sonido una pregunta y una confesión en uno.

—¿Sí? —preguntó en un susurro ronco.

Agachó la cabeza y presionó un beso en la parte expuesta de su nuca, arrancándole un jadeo de mezcla de sorpresa y placer. Mientras él gemía, encantado con la suavidad de esa piel que deseaba recorrer con sus labios desde ese día y para siempre.

Sarah no dijo nada mientras Richard le bajaba el vestido por el cuerpo, dejándola sólo con su delgada camisola, casi transparente por la lluvia. Ella sintió la pesada tela caer a sus pies y se sintió completamente expuesta, su respiración se agitó mucho más y su cuerpo se volvió más tembloroso.

—Deseo verte, Sarah —pidió Richard con la voz rasposa por la excitación que lo dominaba.

Ella se volvió lentamente para quedar de frente, mientras en su interior giraba un remolino de emociones que le nublaban la razón. Quizá por eso, fue que no pensó lo que estaba haciendo y solo se dejó llevar por su deseo.

Richard dio un paso atrás y la miró con embeleso y ansias. Dudaba que tuviese la voluntad para apartar su mirada del fascinante espectáculo que tenía ante sí. Sarah tenía la mirada baja, las mejillas sonrosadas y los brazos rígidos a ambos lados de su cuerpo, se veía tan hermosa, que él dejó de respirar por completo.

Capítulo 27

Sarah se quedó quieta, aunque sus senos se movían al compás de su respiración agitada y todo el cuerpo le temblaba, pero no era frío lo que sentía; por el contrario, su cuerpo parecía llevar una fogata por dentro. Levantó la mirada para verlo, al tiempo que rogaba para no estar cometiendo el mayor error de su vida; aunque, su corazón le gritaba que entregarse a Richard no estaba mal.

Nunca hubiera imaginado que sería capaz de hacer algo así, ni que lo desearía con esa intensidad y que se sentiría tan tranquila y confiada; como si estuviera haciendo lo más natural del mundo. Como si las jóvenes como ella pudieran mostrarse casi desnudas ante un hombre que no fuera su marido.

Sarah suspiró y sonrió al ver la manera en cómo Richard la estaba mirando en ese momento, podía ver la admiración y el deseo destellar en sus ojos. Nunca había pensado mucho en su figura, aunque era consciente que tenía ciertos atributos que encantaban a los hombres, pero la manera en que él la miraba la hacía sentir exquisita y la hacía sonrojar.

Finalmente, Richard se movió y extendiendo su mano hacia ella mientras le sonría para hacerla sentir confiada. Sarah no dudó en aceptarla y suspiró cuando los dedos de Richard rozaron sus nudillos con una tierna caricia, luego la atrajo hacia él, rodeándole la cintura y pegándola contra su pecho cálido y fuerte.

—Esto es indescriptible —murmuró en una respiración estremecedora.

—Sí... lo es. —Sarah estuvo de acuerdo.

—¿Así que eres tímida? —Richard sonrió, mientras buscaba su mirada.

—No me encuentro en situaciones como estas muy a menudo. —Sarah lo miró acusadoramente.

—Pero te esforzaste en dar a todo Londres la impresión exactamente contraria. Así que asumí que eras; en efecto, una mujer experimentada.

Sarah lo fulminó con la mirada por burlarse de ella, aunque pensándolo bien, ese debió ser el plan más descabellado de la historia de Inglaterra. Por otra parte, poco más podía esperar de Hanna, pensó sonriendo por dentro.

—Eso fue un acto, ¿no? —preguntó, mirándola.

—¿Qué te parece? —desafió ella.

—Creo —empezó él y se inclinó más cerca para susurrarle al oído—, que no eres muy buena actriz.

—¡Tonto! —Sarah jadeó y le dio un manotazo.

—¿Me acabas de pegar? —preguntó, con cara de no saber si debía reírse o no.

—Lo hice porque acabas de burlarte de mis habilidades de actuación —dijo con indignación.

—Sarah, yo soy un duque. No puedes golpearme.

—Claro que sí, porque tú me quieres —dijo con una sonrisa pícara antes de darse cuenta.

Sin embargo, al ser consciente de sus palabras, se sintió mortificada y se mordió el labio mientras lo miraba a los ojos, tratando de medir su reacción. Definitivamente, era una idiota, él no la quería, no sabía por qué había dicho algo así; cerró los ojos para huir de su vergüenza.

Richard se quedó perplejo ante esa declaración tan poderosa, su corazón se desbocó

mientras su mirada recorría el hermoso rostro de la mujer entre sus brazos; entonces, la verdad lo golpeó como si fuese un rayo y se dio cuenta de que la quería.

Había oído a sus padres hablar de ese sentimiento toda su vida, lo había visto en ellos durante los años que estuvieron juntos, incluso después de la muerte de su padre, podía ver que su madre aún miraba sus retratos con embeleso, como si el sentimiento no se hubiese ido con él.

En ese instante pasaron por su cabeza varios recuerdos junto a Sarah, desde el día en que la conoció hasta ese momento. No tuvo la menor duda de que la amaba; sin embargo, no se atrevió a decirlo, solo se limitó a besar su frente, esperando que sus acciones pudieran transmitir lo que no tenía el valor de decir.

Ella suspiró, pero se mantuvo quieta y con mirada gacha, mientras se mordisqueaba el labio inferior, se veía tan frágil y hermosa al mismo tiempo. Él le pudo un dedo debajo del mentón y le animó para mirarlo a los ojos. Sarah parpadeó nerviosa y él sonrió para alejar las dudas que veía en su mirada; deseaba confesar que tenía razón, que la quería y que ya no se imaginaba una vida sin ella.

Sin embargo, el miedo de no ser correspondido le impidió abrirle su corazón y decir aquello en voz alta; así que, dejó que fuesen sus besos y sus caricias los que se expresaran por él. Deslizó su pulgar por el labio que ella torturaba y lo liberó para aliviarlo con suaves roces de su lengua, mientras le bajaba el camisón y la dejó completamente desnuda ante su mirada.

—Sabes hacia dónde se dirige esto, ¿no?

—Sí, lo sé... —Sarah se estremeció ligeramente al sentirse desnuda—. Yo... leí algunas páginas del Kama-Sutra —susurró con el rostro sonrojado.

—¿Leíste ese libro? —Richard se sorprendió, no había esperado que tuviese ese conocimiento, pero se alegró de todos modos, pues eso le daba la libertad para ser más osado.

—Una amiga... en la India consiguió las copias de algunas páginas y llegué a ver las ilustraciones; por supuesto, todo esto escondidas de nuestros padres. En India, la sexualidad no es un tema tan tabú como en Inglaterra —explicó con voz temblorosa.

—Sí... tengo conocimiento de ello —murmuró, esperaba que sus hermanas jamás hicieran algo así.

—¿Eso te molesta? —preguntó al ver que él tenía el ceño fruncido.

—¡No! Es decir... es algo que no esperaba, pero tampoco lo considero un pecado, también he visto algunas imágenes —dijo recordando lo explícitas que eran y de solo imaginarse recreando alguna con Sarah, su excitación se disparó por las nubes.

—Son algo... atrevidas, ¿no te parece? —preguntó, parpadeando con nerviosismo.

—Sí..., pero también pueden ser muy placenteras —respondió con una sonrisa seductora.

Sarah se sonrojó ferozmente y una vez más se mordió el labio, mientras le dedicaba una mirada mezcla de timidez y curiosidad. Richard acercó lentamente su mano para acariciar uno de sus pezones, ella jadeó y se estremeció, pero se mantuvo quieta, solo mirándolo expectante; él abarcó por completo el voluptuoso seno y compartieron un gemido, vio a Sarah dejar caer sus párpados.

—Richard —su voz salió como una súplica.

—Eres muy hermosa Sarah... y tu cuerpo es tan sensual —la alabó al tiempo que tomaba su otro seno.

—Creo que... voy a desmayarme... si me sigues tocando así —confesó, gimiendo y temblando.

—Vamos a la bañera... estaremos más cómodos.

—¿Juntos? —preguntó, alarmada.

—Sí... juntos —susurró él y la tomó en brazos.

Sarah soltó un gritito, pero la sonrisa que Richard le dedicó, la hizo sonreír también y relajarse, mientras caminaban hacia la bañera, él le dio un par de besos en los labios, tan suaves como los primeros rayos del amanecer. La bajó con cuidado dejándola sentada dentro del agua que conservaba su temperatura, luego se quitó la sábana que tenía enrollada en su cintura y también llevó las manos hasta su ropa interior; ella desvió la mirada porque no estaba lista para verlo completamente desnudo.

—¿No deseas verme? —preguntó, sonriendo.

—Me da algo de vergüenza hacerlo.

—Mi querida señorita FitzRoy es tan atrevida y pudorosa al mismo tiempo —dijo, despojándose de la prenda y quedó como había llegado al mundo.

—Ya te dije que había sido una actuación...

Él quiso preguntarle porque lo había hecho, pero sabía que eso los llevaría a una conversación que retrasaría lo que verdaderamente deseaba. Pensó que ya tendría tiempo para averiguarlo cuando estuviesen casados; así que, le dejó ver sus intenciones de meterse en la tina y ella rodó para hacerle espacio, recogió sus rodillas y las envolvió con los brazos.

Richard sonrió ante esa imagen que le provocó mucha ternura, se sentó sin dejarla y una vez que estuvo cubierto por el agua, le extendió la mano.

—Ven aquí, Sarah —pidió con una sonrisa.

Los nervios se dispararon en ella al ser consciente de lo que sucedería entre los dos, inspiró hondo y lo miró a los ojos antes de apoyar su mano en la de él, su solo tacto hizo que todo el miedo que sentía se disipara y se acercó. Richard le rodeó la cintura con las manos y la atrajo para sentarla sobre sus piernas; sus rostros quedaron tan cerca que no pudieron resistir la tentación de besarse.

Richard ahogó con su lengua el jadeo que Sarah liberó al sentir la rigidez de su miembro, cuando él se movió para acercar sus caderas; pudo percibir como su cuerpo se tensaba, pero se dedicó a relajarla con besos y caricias. Llevó una de sus manos a la nuca de ella para mantenerla pegada a su boca, mientras la otra se dedicaba a masajear sus perfectos pechos.

Sarah dejó que el instinto la guiara y también respondió a los besos con la misma intensidad, al tiempo que deslizaba las manos por su poderoso pecho y movía sus caderas de manera acompasada, deseando sentir ese parte de él que esa noche la conquistaría. Richard gimió de placer y eso la animó a entregarle más; así que separó sus bocas y llevó los labios hasta su cuello para besarlos como había soñado en noches pasadas.

—Te deseo tanto... te necesito, Sarah —confesó con tono apremiante, deslizando las manos a su cadera, mientras él empujaba desde abajo y podía sentir el calor que brotaba de su sexo.

—Tómame... Hazlo, Richard... Hazlo —suplicó poseía por esa fuerza primitiva y su necesidad de calmar el ardor en su interior—. Yo también te deseo y te necesito —dijo, mordiéndole el labio inferior.

Una exclamación de júbilo y triunfo brotó de los labios de Richard al escuchar aquellas palabras, rodeó a Sarah con sus brazos y luego se apoderó de su boca en un beso ardiente y demandante. Bajó las manos hasta posarlas en su trasero, masajeándolo mientras su boca también descendía para apoderarse de los suaves pezones, los lamió primero y luego los cubrió con sus labios para chuparlos con fuerza.

Sarah solo podía gemir y temblar mientras sentía como las caricias y los besos de Richard le echaban más leña a la hoguera que ardía en su interior; jamás pensó que un placer como ese fuese posible. Lo más asombroso de todo era que sus cuerpos aún no se unían como se suponía

que debían hacerlo, pero estaba desesperada por tenerlo en su interior.

—¿Estás segura de querer continuar? —preguntó Richard, como correspondía a un caballero.

—¡Sí, estoy segura! —dijo con determinación.

Él se sintió feliz al escucharla, pues, aunque a esas alturas era casi seguro lo que sucedería entre los dos; si la hubiese visto dudar, no le habría quedado más remedio que esperar a estar casados para tomar su virtud. Con suavidad le acarició la cintura y se movió desde abajo para buscarla y entrar en ella.

—¿Lo haremos aquí? —preguntó con desconcierto, siempre se había imaginado que ese acto debía llevarse a cabo en una cama.

—Sí... ¿Acaso en el Kama-Sutra no hay posiciones así? —preguntó un tanto divertido. Ella asintió, sonrojándose y eso le encantó—. Será más fácil y placentero para ti, podrás llevar el control al recibirme —susurró contra sus labios.

Sarah confiaba en él porque sabía que tenía más experiencia, así que se relajó y dejó que Richard la guiara en el camino del placer. Finalmente se unieron y él comenzó a hacer lo que había querido desde hacía mucho tiempo; se movió lento dentro de ella y sintió la barrera que traspasó con apenas resistencia, pues Sarah estaba muy relajada.

El vaivén de sus caderas fue tan excitante que los había dejado sin palabras, solo podían gemir y jadear, incluso desde su poca experiencia, Sarah le estaba dando un placer extraordinario, uno que no recordaba haber sentido. Él estaba perdido en su sensual belleza, en la profundidad ardiente de sus ojos, y en su exuberante cuerpo, que lo llevó a sucumbir, no sin antes haberla llevado a la cima del placer a ella.

Capítulo 28

Cuando Sarah se despertó, era ya hora de la tarde y vio a Richard profundamente dormido a su lado. Sonrió, reviviendo lo que había sido la mejor noche de su vida, antes de que la realidad la golpeará. Su corazón se apretó con un dolor indescriptible ante la idea de dejarlo, pero había que hacerlo.

Quería despertarlo para contarle toda la verdad y decirle que volvería, pero sabía que Richard no la dejaría irse después de lo que habían vivido. Además, con su propio futuro incierto, sería injusto pedirle que esperara; reprimiendo un sollozo, se levantó con cuidado de no despertarlo.

Se vistió tan rápido como pudo, su ropa no se había secado del todo, pero no tenía otra opción. Le dio un beso en la frente a Richard y salió rápidamente de la habitación. Abajo, se sintió aliviada al ver que los lacayos de Richard habían entregado su baúl en la posada; por suerte, nadie le hizo preguntas cuando bajó sin su «marido»

—Señora Gale, si es tan amable de conseguir un carruaje que me lleve a Londres, le estaré muy agradecida —se dirigió a la mujer del posadero.

—Pero milady, el duque no ha...

—Por favor, señora Gale. Hay un asunto de gran importancia del que debo ocuparme —dijo Sarah, agarrando la mano de la mujer. Ella pareció percibir su desesperación porque asintió lentamente.

Después de lo que pareció una eternidad, un carruaje que se dirigía a Londres se detuvo en la posada y Sarah subió sin perder tiempo.



Richard se despertó de su sueño y su mano se dirigió a la mujer que estaba a su lado; excepto que no había ninguna mujer. Abrió los ojos de golpe y vio las sábanas arrugadas; al menos, no lo había soñado todo.

—¡Sarah! —gritó, esperando que apareciera.

Sin embargo, ella no estaba allí, y Richard sintió que el dolor estallaba en su pecho; no sabía por qué, pero no le sorprendía que se hubiese marchado. Había notado una desesperación en ella en cuanto trunció sus planes, pero después se había relajado al entregarse.

Lo espantoso era que nada de eso hizo que su desaparición fuera menos dolorosa; por primera vez, se había enamorado de una mujer. Por primera vez había considerado confiar en alguien con todo lo que tenía, pero ella le correspondió de esa manera. Al menos le quedaba el consuelo de que no le había confesado sus sentimientos, eso sería humillante.

Richard se levantó de la cama con un suspiro resignado; por un instante, pensó en dar todo por perdido. Sin embargo, su corazón se negaba a hacerlo, debía encontrarla y casarse con ella, era su deber como caballero, aunque suponía que no sería el tipo de matrimonio que había pensado tener.

Pensó que lo que vivieron la noche anterior había sido transcendental, pero Sarah le estaba demostrando que no era así, que había algo mucho más importante para ella que habérselo entregado, algo que la alejaba de él; sin embargo, no importa qué secretos guardara, él cumpliría

con su deber.

Sólo que no se sentía como un deber.

Con ese pensamiento y las emociones que se desataron dentro de él, se vistió sin perder tiempo, mostrando su desagrado por tener que usar las prendas que seguían húmedas. Luego bajó al primer piso y cuando la mujer del posadero lo vio, comenzó a estrujarse las manos con nerviosismo; así que supo de inmediato que la mujer sabía algo.

Consiguió bajo amenazas que la señora Gale le informara qué ruta había tomado Sarah y se había ido con alguien, tenía la ligera sospecha de que Langdon estaba involucrado una vez más en todo eso. Richard la miró sorprendido cuando la mujer le dijo, que ella había tomado un carruaje que iba hacia Londres, que de eso solo habían pasado un par de horas y que quizás no iba muy lejos.

—¡Maldita sea! ¡Lo sabía! ¡Debió ser ese infeliz de Langdon! Esta vez sí lo mataré —amenazó iracundo, mientras golpeaba el mostrador.

Esa información confirmó su idea e hizo que la ira, fuertemente contenida dentro de él, volviera a salir a la superficie. No podía posar la idea de que Sarah estuviese con Langdon, ella era suya y no dejaría que ningún otro hombre la tocara.

—Necesito un caballo... ¡Ahora mismo! —exigió mientras salía de la posada.

La mujer fue detrás de él para cumplir con su orden, parecía asustada y recelosa cuando le indicó el camino a los establos; por lo general, no trataba a las personas de esa manera, pero en ese momento estaba demasiado furioso como para controlarse. Lo único que deseaba era encontrar a Sarah, hacerlo antes de que fuese demasiado tarde y la perdiera para siempre.

Tras casi cabalgar a toda prisa por una hora, Richard divisó un carruaje en la distancia, pensó en seguir de largo porque era de esos que servían como transporte público. Sin embargo, echó un vistazo al pasar junto al desvencijado coche y su corazón brincó como presintiendo algo; forzó al caballo a bajar su marcha y casi cae cuando el equino se puso sobre sus dos patas, pero logró controlarlo.

—Pero... ¡Qué demonios! ¿Acaso se ha vuelto loco? —lo reprendió el cochero, deteniéndose.

—¡Richard! —gritó Sarah, asomándose por la ventanilla, su corazón se agitó de felicidad al verlo y sin perder tiempo bajó del carruaje.

—¡Sarah! — Su corazón se aceleró cuando la vio, de inmediato saltó del caballo y corrió hacia ella.

—¡Señorita, no se puede ir sin pagarme! —gritó el cochero al ver que se dirigía hacia el hombre.

—No tengo dinero para pagarle ahora... —dijo ella, algo avergonzada.

—No tengo más remedio que arrastrarle al magistrado entonces —gruñó el hombre.

—¡Ni se le ocurra ponerle un dedo encima! —gritó Richard, acercándose de manera amenazante.

—Richard, sé bueno y paga a este hombre, por favor... Te lo pagaré en cuanto llegue a casa —rogó, mirándolo a los ojos.

Richard la miró con el ceño fruncido, pero optó por permanecer en silencio y lanzó unas monedas al cochero. El hombre se inclinó y se marchó. Richard se volvió entonces para mirar a Sarah.

—¿Qué ha pasado? —preguntó muy molesto.

—Me escapé... Otra vez —susurró ella, bajando la mirada por la vergüenza.

—¿Soy tan repulsivo? —preguntó él, dejándole ver su dolor y decepción.

—¡Richard, no! Por supuesto que no... Yo solo...

—¿Tú qué, Sarah? —cuestionó con un grito y ella tembló; así que respiró para calmarse.

Cerró los ojos mientras tranquilizaba el torbellino en su mente y la furia en su pecho; luego abrió los ojos y posó su mirada más calmada en ella, mientras guardaba silencio, esperando a que continuara. En realidad, estaba muy confundido, también enfadado, pero debía darle la oportunidad para explicarse.

—Lamento mucho haberme marchado como lo hice —dijo ella, tragando saliva.

—¿Por qué huiste, maldita sea? —gritó y comenzó a pasearse por el estrecho camino.

—Estaba desesperada —confesó, dejando ver ese sentimiento en su voz—. Sé que tienes muchas preguntas, Richard. Y voy a responder a todas ellas.

—Antes eras muy reservada. ¿Qué ha cambiado? —preguntó con dureza. No sabía si podía confiar en lo que decía; tal vez, buscaba manipularlo de nuevo.

—Porque te quiero y me di cuenta de que en verdad puedo confiar en ti —dijo con la esperanza de que las cosas entre ellos no estuviesen arruinadas del todo. Richard se giró para mirarla—. Es verdad... te quiero, aunque me ha estropeado los planes —añadió con una pequeña sonrisa, provocada por los nervios.

Richard parpadeó mientras las palabras de Sarah se colaban en su mente, su corazón se agitó con más fuerza y tuvo que recurrir a todo su control para no correr hasta ella y abrazarla. Antes debía asegurarse de que había entendido bien, que eso no era otra treta de su parte; caminó hasta ella y la miró fijamente.

—¿Estás segura? ¿No se trata de otro de tus juegos? —le preguntó, acercándola a él.

—Claro que estoy segura —asintió varias veces, sonriendo ampliamente—. Nunca he estado tan segura de algo, te quiero, Richard Crawley, te quiero con todo mi corazón —dijo con la voz vibrándole por la emoción, le rodeó el cuello con sus brazos mientras se ponía de puntilla y le ofrecía sus labios.

—Entonces debes saber que también te quiero, Sarah FitzRoy... Aunque la mayoría del tiempo me vuelvas loco y me hagas perseguirte por media Inglaterra, a pesar de todo eso, te quiero —confesó con la misma emoción que veía en ella.

—Lo sé —rio Sarah y se alzó para besar sus labios, luego suspiró—. Fue por lo que decidí volver. Por eso decidí confiar en ti —susurró, mirándolo.

Richard quería celebrar este momento haciéndole el amor, pero estaban junto al camino; además, antes de dejarse llevar por la pasión como les sucedió la noche anterior, debía obtener algunas respuestas.

—¿Tienes algún problema, Sarah? —preguntó solemnemente, esperaba que esta vez fuera sincera.

—Yo no... pero mis padres sí —respondió ella, con los ojos entristecidos.

Richard escuchó mientras ella le explicaba todo.

Su plan para arruinarse a sí misma, solo era con la intención de que su abuelo se enfadara con ella y la enviara de nuevo a la India. Richard quiso estrangular a su hermana cuando escuchó eso, creía a Hanna más inteligente; definitivamente tendría una conversación muy seria cuando se vieran de nuevo. Seguía pensando que sus acciones habían sido imprudentes y hasta estúpidas; sin embargo, la entendía.

Era evidente que estando en territorio ajeno para ella, confiaría en la primera persona que le ofreciera una salida, por muy descabellada que fuera. También pensó que Matthew debió haber manejado esto mejor, intuir que ese era el motivo. Sin ningún esfuerzo consciente, un plan comenzó a desarrollarse en su mente incluso mientras seguía escuchando a Sarah.

—Lo siento mucho, Richard. Espero que me perdones. No sé si lo que hice estuvo bien o mal, hice lo único que una chica en mi posición podía hacer...

Asintió y la atrajo hacia él para consolarla, no podía culparla, tal vez estando en su misma situación hubiese cometido locuras al igual que ella.

—No tienes que disculparte, Sarah. ¿Lo decías en serio cuando dijiste que confiabas en mí?

—Sí, confío en ti —respondió, abrazándolo.

—Muy bien. Debemos casarnos lo antes posible para preservar tu reputación... Y luego buscaremos una solución al problema de tus padres.

Ella asintió, comprendiendo y sus ojos se iluminaron llenos de esperanza. Richard sonrió, sintiéndose en paz. Sabía que lo arreglaría todo.

Capítulo 29

En tres días, Richard y Sarah eran marido y mujer, aunque la ceremonia había sido apresurada y con un par de desconocidos como testigo, lo importante era que ya era oficial. Aunque; por supuesto, también deseaban hacer algo más formal, con sus amigos y familias como invitados, pero eso sería una vez que los padres de Sarah estuviesen a salvo en Inglaterra.

En ese momento regresaban de Escocia, apenas habían tenido tiempo para descansar, por lo que Sarah dormía con la cabeza apoyada en su hombro, Richard intentó dormir también, pero el sueño le era esquivo. Durante los dos últimos días, ella le había contado cómo había temido por la vida de sus padres, lo desesperada y lo aterrorizada que había estado.

Todo ello le rompió el corazón; sin embargo, estaba agradecido por el hecho de que después de compartir su preocupación, ella había parecido un poco más relajada. Seguía temiendo por sus padres, pero había depositado su confianza en él, y estaría condenado si la rompía; así que, haría todo para asegurar que sus suegros estuvieran a salvo.

Sólo llevaba dos días casado, pero presentía que su vida iba a estar llena de felicidad, la chica inteligente, gentil y honesta que él conoció en su primer encuentro, había regresado. A decir verdad, en algunos aspectos, incluso había mejorado; si Sarah era seductora antes, ahora sencillamente lo enloquecía de deseo, su actitud después de no tener más secretos entre ellos, le atraía aún más.

Habían pasado su primera noche de casados en una de las mejores posadas de la región; y esta vez, una amplia y elegante cama fue la testigo de su entrega, que fue más apasionada que la anterior. Sarah era una aprendiz excepcional, poseía una mezcla de curiosidad y timidez, que lo animaba a compartirle todo su conocimiento sobre los placeres carnales.

Sin embargo, no era únicamente su actitud en el plano íntimo lo que le hacía vislumbrarse una vida maravillosa junto a ella. Era también su ternura, su devoción y la manera en la que le expresaba sus sentimientos, sin cohibirse en repetirle todo el tiempo que lo quería y que era feliz de estar a su lado.

Miró su abundante y sedoso cabello negro, le encantaba; sobre todo, cuando lo llevaba suelto, dejó caer un beso e inspiró su aroma. Luego su mirada se deslizó hacia abajo, la posición de ella le ofrecía una vista generosa de su escote y se deleitó admirando ese par de exquisitos senos; después de todo, él estaba casado con ella y podía mirar.

Estar en un carruaje no era impedimento para hacerle el amor a su mujer; por el contrario, podía ponerse muy creativo y disfrutar de esa experiencia con ella. Sin embargo, Sarah esa su esposa y no una amante casual a la que pudiera tomar en ese lugar, no podía exponerla de esa manera, aunque se muriese por seducirla y poseerla, debía actuar como un caballero; para no seguir tentándose, decidió apartar la mirada con una maldición murmurada.



Sarah estiró las manos por encima de la cabeza y sus huesos crujieron, llevaban varios días viajando y ya no aguantaba más. Por suerte, vio que acababan de entrar al pueblo, suspiró con emoción, de inmediato se dijo en pensamientos que no volvería a subirse a un carruaje en mucho

tiempo. Se volvió para ver a su marido, que tenía los ojos cerrados, pensó que se había quedado dormido, pero no había pasado un minuto cuando él levantó los párpados, revelando sus hermosos ojos dorados.

—Richard —murmuró, acercándose a él.

—¿Qué? —preguntó, mirándola.

—Me duelen los músculos. ¿Serías tan amable de masajearlos? Sólo un poco —pidió con una sonrisa.

—Por supuesto. —Richard asintió con la cabeza, respondiendo al gesto de igual manera.

Sarah se apartó de él y corrió las cortinas, tratando de no sonreír al ver la mirada de sorpresa de su esposo. Luego se sentó en el lado opuesto, y empezó a subirse las faldas hasta llevarla a sus muslos.

—Sarah... —murmuró como si ella lo estuviera torturando; así era porque tuvo que cerrar los ojos para no verla y evitar la tentación.

Sin embargo, no era tan fuerte como para negarse el placer de mirar sus hermosas y torneadas piernas, ella lo estaba poniendo a prueba y él podía superarla. Tomó aire para calmar el latido acelerado de su corazón, mientras se decía que era un hombre racional y que podía controlar esa situación.

Sarah no dijo nada mientras se quitaba las zapatillas y luego hizo algo que la sorprendió incluso a ella; sus manos desaparecieron bajo la falda en busca de sus ligas. Rápidamente se las desabrochó y comenzó a desenrollar el endeble material, mientras miraba a su marido con fingida inocencia.

Richard tragó en seco mientras la contemplaba con avidez, deseando ser él quien tuviera las manos debajo de su falda y poder desenrollar lentamente cada prenda, de preferencia, hacerlo con sus dientes. La imagen se recreó en su cabeza con tal exactitud, que la sangre en sus veces se calentó en cuestión de segundos y viajó rauda hacia el sur de su anatomía, concentrándose en su miembro que de inmediato comenzó a ganar rigidez.

Sarah dejó caer las medias y luego extendió el pie hacia su marido, arrastrando los dedos desde su rodilla hasta la parte superior de su muslo. La excitaba mucho que él tuviera músculos fuertes y bien definidos, verlo desnudo era como contemplar a las hermosas esculturas griegas y romanas que adornaban los museos, solo que había una parte de Richard que se diferenciaba mucho de las esculturas.

Y justo estaba por rozarla con sus dedos, pero antes de conseguirlo, sintió que él le aprisionaba el tobillo con fuerza, no al grado de lastimarla sino para hacerle sentir él tenía el poder de someterla, como ya lo había hecho la noche anterior, cuando le hizo el amor con mayor intensidad que la primera vez.

Dejó escapar un jadeo involuntario y se estremeció, mientras su mirada oscura por el deseo, casi se fundía en la de su esposo. En ese momento quiso saltar sobre su regazo y besarlo hasta quedar sin aliento, pero Richard tenía otros planes.

—Querías un masaje, ¿no es así? —le preguntó roncamente, mientras acariciaba su tobillo.

Ella tragó de manera convulsiva y asintió; de pronto, la actitud de su marido la había intimidado, aunque no solo eso la había dejado sin habla. Él no llevaba guantes, así que sensación de sus cálidas manos sobre su piel desnuda le provocaban sensaciones excitantes que se concentraban en su vientre y un poco más abajo.

Richard le levantó el pie y le pasó el pulgar por el arco del pie; ella se estremeció y soltó un gemido bajo, al tiempo que dejaba caer sus párpados. Él sonrió y puso el pie sobre su pecho, luego dejó que sus manos exploraran el contorno de su pierna, subiendo lentamente por la

pantorrilla, ejerciendo la presión perfecta para arrancarle un par de gemidos.

—Qué piernas tan bonitas, qué piel tan suave —dijo sedosamente, subiendo un poco más.

Sarah se mordió el labio, luchando contra el impulso de gemir, pues sabía a lo que él estaba jugando, aunque ella había iniciado la partida, ahora su esposo tenía la ventaja. Las manos de Richard subieron cada vez más, deteniéndose para hacerle cosquillas en la parte posterior de las rodillas, y luego le pellizcó ligeramente los muslos.

—Separa las piernas, cariño —su voz había bajado casi hasta ser un ronroneo excitante.

Ella hizo lo que él le pidió sin pensarlo, estaba demasiado excitada como para escandalizarse, como quizás hubiese hecho semanas atrás. No podía ver sus manos bajo las capas de la falda; pero, por alguna extraña razón, eso hacía que todo fuese aún más erótico. Los dedos de Richard se colaron por debajo de su ropa interior y encontraron su centro, que palpitó ante el primer roce y gimió con fuerza.

—¡Richard! —exclamó cuando él deslizó un dedo en su interior, dejó caer la cabeza y tembló.

—También eres suave aquí —susurró, dándole mayor intensidad a sus caricias, que ahora se movían en círculos—. ¿Estás disfrutando de este masaje, querida? —preguntó con una sonrisa seductora.

Sarah asintió con la cabeza un par de veces, luego cerró los ojos al tiempo que liberaba un gemido ronco que salía del fondo de su garganta. Su respiración era agitada y su corazón latía tan rápido, que no le sorprendería si terminaba saltando de su pecho.

Todo su cuerpo se arqueaba, siendo azotado por el placer que le daba Richard; era tan poderoso que tuvo que aferrar sus manos al borden del sillón, pues sentía que acabaría derretida en el suelo. Deseaba a ese hombre con una necesidad que la dejaba sin aliento, que la enloquecía al punto que no le importaba si él la poseía en ese momento, aunque fueran en un carruaje.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, deslizando su dedo por el sexo húmedo y tibio de su esposa.

Le estaba poniendo la prueba más grande a su voluntad en ese momento, pero que lo condenaran si se negaba al placer de seguir tocando a su mujer de esa manera. Ella era tan perfecta, le encantaba lo sensible que era y el sonido de sus gemidos, cómo temblaba, cómo se humedecía y lo miraba con deseo.

—Tengo demasiado calor... Necesito quitarme toda la ropa —jadeó casi con desesperación, sentía que estaba ardiendo.

—Ya te la quitaré yo cuando lleguemos —le prometió, mirándola con deseo.

—Richard —lo llamó, esperando que él atendiera a su súplica; sin embargo, su marido no hizo ningún movimiento para darle lo que realmente quería.

—¿Sí, Sarah? —Su semblante estaba enrojecido

—Por favor —susurró ella y se lamió los labios.

Richard no dijo nada, pero su mano se movió exactamente donde sabía que ella la quería, presionando ese pequeño brote que volvía loca a las mujeres. Ella dejó escapar otro gemido y comenzó a mover sus caderas, buscando su propia liberación, se venía tan hermosa y sensual, con el placer tiñendo de carmín sus mejillas, con sus labios ligeramente separados, el cabello desordenado y los senos a punto de escapar del ajustado corpiño.

Sarah abrió los ojos y se encontró con que su esposo la miraba con una intensidad que le hizo pensar que perecería de tanto placer. Sin embargo, le hacía falta algo para alcanzar la cima, necesitaba otra parte de él, deslizándose en su interior; sus dedos le daban mucho placer, pero no era suficiente.

No entendía a qué esperaba, por qué no la tomaba en ese momento; podía ver en sus ojos que él estaba tan excitado como ella. Para comprobarlo, bajó la mirada y vio el bulto en sus pantalones; se movió para alcanzarlo y darle alivio, pero se alejó con un gruñido.

—Casi estamos en casa... yo puedo esperar a que estemos en nuestra habitación...

—Richard, pero yo... te necesito —confesó sin ningún pudor, moría si él se detenía en ese momento.

—Lo sé, mi amor... no te dejaré así... relájate y déjame llenarte de placer —pidió, rozándole los labios con delicadeza y retomó los movimientos de su mano.

Sarah asintió, sonriendo con alivio y se relajó contra el asiento, mantuvo las piernas apoyadas descaradamente en el regazo de su marido. En poco tiempo, él la llevó a la cima y Sarah saltó con gusto, apretando los labios para contener sus gritos.

Después de recuperar el aliento y la cordura, le dedicó una hermosa sonrisa a su esposo y lo besó con intensidad para agradecerle por todo eso que le daba; ahora estaba en deuda con él. Por suerte, el carruaje empezó a reducir la velocidad, anunciándoles que había llegado, ella se agachó para recoger las medias.

—No te molestes —murmuró Richard, y le bajó las faldas para cubrirle las piernas.

Se cerró el abrigo para ocultar su estado de urgencia y, en cuanto el carruaje se detuvo, bajó de un salto y levantó a Sarah en brazos. Pasaron por delante de todos los que esperaban en la puerta y Richard solo dijo «Nos veremos y hablaremos después».

Sarah enterró la cabeza en su pecho, con una vergüenza que le quemaba las mejillas. Sin embargo, cuando llegaron a su habitación y él comenzó a desvestirla, ella olvidó todas sus quejas.

Capítulo 30

Desde que entraron a su habitación, no habían dejado de amarse, Richard le había hecho el amor en la cama, en un sillón; incluso, sobre la alfombra. Su esposo le demostró que era un hombre insaciable y ella descubrió que también era una mujer fogosa, pues no dejaba de desearlo un solo instante.

Se bañaron juntos y esta vez fue el turno de Sarah para recompensarlo por lo generoso que había sido en el carruaje y lo llevó a la cima con solo el toque de sus manos. Se alimentaron uno al otro, cuando les llevaron la cena, que la duquesa viuda les envió, con el mensaje de que, seguramente no había probado bocado, y que necesitarían fuerzas para continuar con la labor de darle un nieto pronto.

Despertaron a media mañana con las ansias renovadas y una vez más sucumbieron a la tentación, hicieron el amor con la misma calma con que la suave y cálida brisa de verano acariciaba sus pieles. Convencer a su esposo de dejar la cama fue un reto para ella; tuvo que hacer todo tipo de promesas, y sólo pensar en ellas la hacía sonrojarse. Aunque; a decir verdad, se había mostrado igualmente reacia.

El placer podía esperar, se dijo a sí misma para reforzar su postura; era momento de enfrentarse a sus familiares, quienes seguramente estaban sorprendidos por su repentino matrimonio. Richard les había enviado un telegrama avisándoles de su decisión, lo más probable es que ellos quisieran una explicación detallada de por qué habían decidido casarse.

—Bien, ha llegado el momento. —Su mano se estrechó con la de Richard antes de bajar las escaleras.

—Todo estará bien, mi amor —murmuró él para llenarla de confianza—. Sólo tenemos que ser sinceros, estoy seguro de que lo entenderán.

Sarah asintió y enderezó la espalda, suponía que él tenía razón; después de todo, sus familias eran amigas y su abuelo confiaba tanto en Richard, que la puso en sus manos en cuanto llegó a Londres. Cuando entraron en el salón principal, la duquesa viuda, Hanna y su abuelo charlaban animadamente; en cuanto los vieron, les dedicaron sonrisas y miradas complacidas, lo que sin dudas les provocó un enorme alivio.

—¡Estoy tan feliz por ustedes! —expresó Hanna, poniéndose de pie para abrazarlos.

—Muchas gracias, hermana —respondió Richard.

—Gracias por compartir nuestra felicidad, Hanna.

—¿Y cómo no hacerlo? Ahora no solo seremos amigas, sino también cuñadas —dijo, sonriendo.

Sarah también sonrió, aunque percibió una sombra de tristeza en Hanna, sus labios podían mentir, pero su mirada no. Pensó en que tal vez se debía a Sebastian.

—¡Oh, queridos! Qué maravilloso tenerlos en casa de nuevo —les saludó la duquesa, poniéndose de pie para abrazarlos—. Pero les diré algo, me pareció muy desconsiderado de su parte, haberse casado de esa manera tan precipitada; así que, para compensarme, deberán dejar que les organizarles una boda como se debe, con invitados y una gran fiesta.

—Madre... —Richard quiso controlar un poco su entusiasmo, aunque él también quería eso, primero debía poner a sus suegros a salvo en Inglaterra.

—No aceptaré una negativa, Richard Edward; además, es lo que nuestra querida Sarah, se

merece —dijo, mirándola para obtener su apoyo.

—Yo estoy de acuerdo —intervino Matthew, deseaba ver a su hermosa nieta vestida de blanco y dando el sí en la catedral, en presencia de su hija y su yerno—. Mereces tener una boda como la que tuvo tu madre —dijo para reforzar su postura.

—Bueno, ya has escuchado al abuelo de la novia —dijo la duquesa con un tono decidido.

—No he dicho que no la haremos, Sarah merece tener la boda de una reina, con el perdón de su majestad —acotó Richard, sonriéndole mientras le tomaba la mano—. Sin embargo, hay un asunto que es de mayor prioridad en este momento —mencionó para que su esposa supiera que no había olvidado la promesa que le hizo.

—Sí, antes de hacer cualquier plan, deseo poner a mis padres a salvo —confirmó ella, mirándolos.

—En eso estoy de acuerdo, créeme, ya estoy haciendo mis gestiones para conseguirlo —le dijo Matthew y se acercó para abrazarla.

Sentir ese gesto de abuelo le recordó la magnitud de lo que había hecho. Se había casado sin que nadie de su familia fuera testigo de sus nupcias, había puesto en peligro su reputación y el buen nombre de los suyos. Definitivamente había sido una tonta, al comprenderlo se le escapó un sollozo.

—Oh, mi querida niña —Matthew la abrazó más fuerte, al tiempo que le acariciaba la espalda.

—Lo siento tanto, abuelo —se atragantó por las lágrimas que inundaron su garganta, necesitaba pedirles perdón; así que, se alejó un poco del abrazo para mirar a lady Crawley, con una expresión de vergüenza—. Lo siento mucho, mi señora. Me habéis tratado tan bien y os he pagado así. Debe saber que Richard no tuvo la culpa de nada, se casó conmigo principalmente para salvar mi reputación.

—Mi querida Sarah. —lady Crawley le sonrió con ternura—. Tu abuelo y yo hemos deseado esta unión desde el principio —reveló, ensanchando su sonrisa.

—¿Cómo? —preguntaron Sarah y Richard, parpadeando y se quedaron con la boca abierta.

—¡Sólo pensamos que su matrimonio sería perfecto! —dijo lady Crawley en su defensa—. Y en cuanto a que Richard se casó contigo sólo para salvar tu reputación... Eso no puede ser cierto. Todos vimos la forma en que te llevó ayer cuando llegaron.

Sarah se sonrojó ferozmente ante ese comentario, pero no tenía nada que alegar para contradecir a su suegra. Richard también se sonrojó como si fuese un chiquillo, muy a su pesar tenía que darle la razón a su madre, él se había casado con Sarah porque la amaba y también la deseaba intensamente.

—Madre, te agradecería que te abstuvieras de avergonzar a mi novia —pidió, mirándola.

—Os fugasteis y os casasteis —respondió su madre, haciendo un mohín—. No puedes negarlo.

—Ciertamente lo hicimos, pero antes queremos contarles cómo fue que sucedió todo esto —dijo ella.

Richard y Sarah se sentaron en un sillón frente a su familia, se tomaron de las manos y ella respiró profundo para armarse de valor. Luego comenzó a relatar los acontecimientos de las últimas semanas, omitiendo los detalles de su creciente atracción, así como lo que sucedió en la posada antes de que se casara, era un detalle que solo les pertenecía a ellos.

Su marido también participó de la conversación y les dijo que había tomado la decisión de casarse con ella incluso antes de que huyera. Sarah vio cómo el ceño de Hanna se arrugaba cuando mencionó que lord Langdon sólo le había brindado su ayuda.

—Sólo iba a llevarme a Londres —dijo Sarah para justificarlo—. Y nunca habría accedido a casarse conmigo, aunque se lo hubiera pedido. Fue muy explícito en cuanto a que sus afectos ya estaban comprometidos —dijo, mirando a su amiga.

Hanna apartó la mirada, pero un rubor manchó sus mejillas y su mirada desprendió un brillo especial. Sarah esperaba que enterarse de eso alejara las dudas que seguramente torturaban a su amiga.

—Pero le rompí la nariz de todos modos —dijo Richard con demasiada calma para el gusto de Sarah.

—¡Oh, Dios! —Hanna jadeó y se llevó la mano a la boca, mientras miraba con asombro a su hermano.

—Está bien. —Sarah se apresuró a tranquilizarla.

—Estoy segura de que se lo merecía —murmuró Hanna, frunciendo el ceño, seguía molesta con él.

Richard y Matthew se excusaron, debía atender sin más demora el traslado de los padres de Sarah desde India. Esperaba que la noticia de su próxima boda terminara de convencerlos para dejar de una vez ese país, y viajar a Inglaterra para estar junto a su hija, en uno de los días más importantes de su vida.

—Hubiera preferido que su boda se llevara a cabo de forma más convencional, pero eso tiene remedio. Nadie sabe que estáis casados... Y lo bueno de estar en el campo, es que podemos mantenerlo en secreto durante más tiempo. Sólo tengo que pedir a los sirvientes que sean discretos —murmuró Lady Kent.

—¿Qué quiere decir, mi señora? —preguntó Sarah, la expresión de su suegra la asustó un poco.

—Quiero decir que ustedes dos se casarán en Londres, en la iglesia. Con la asistencia de todos los miembros de la sociedad y de sus familiares —dijo juntando las manos con regocijo.

Sarah tragó saliva, no estaba segura de querer toda esa fanfarria; sin embargo, no quiso empezar esa relación contradiciendo a su suegra. Además, en el fondo de su corazón siempre soñó con un hermoso vestido de novia y verse caminando por el pasillo de una catedral, en compañía de sus padres y sus amigos, dando el sí frente a un altar repleto de flores.

—Está bien, lady Crawley nos casaremos como dicta la tradición —dijo Sarah con una gran sonrisa.

—¡Maravilloso! Y desde hoy deberás llamarme Anne; después de todo, ya somos familia.

—Por supuesto —respondió Sarah, feliz.

Lady Crawley se puso de pie con entusiasmo y se despidió de su hija y su nuera; comenzaría enseguida con los preparativos para llevar a cabo la boda lo antes posible. Ya que, si su hijo y su nuera seguían con la misma faena de la noche anterior, no tardarían en encargar a un bebé.

—¿Estás bien? —preguntó Hanna una vez que quedaron solas. La miraba con curiosidad.

—Sí... —Sarah se dio cuenta de que su amiga tenía muchas preguntas—. Estoy bien; en realidad, estoy de maravilla —confesó con una sonrisa, pero luego se puso seria y apretó la mano de Hanna—. Y no es lo que piensas, con Lord Langdon.

—No he pensado en él, Sarah. Sólo me preocupaba tu seguridad. Incluso, debo reprocharle porque lo que hiciste fue increíblemente tonto —dijo, mirándola con seriedad.

—Ahora lo veo... Pero de alguna manera parece que ha funcionado —murmuró Sarah, sonrojándose al recordar la noche en la posada.

—Supongo que sí. —El rostro de Hanna se dividió en una sonrisa reticente—. Nunca

imaginé que tú y mi arrogante hermano terminarían casados, pero nada podría haberme hecho más feliz —dijo y le dejó caer un rápido beso en la mejilla.

—La verdad, es que ni siquiera sé en qué momento me enamoré de Richard, pero lo cierto es que lo amo y que ya no podría imaginar una vida sin tenerlo a mi lado —expresó con la mirada brillante por la emoción. Luego tomó las manos de su amiga y buscó su mirada—. Sin embargo, debo decirte lo que pasó... ¡No puedes malinterpretar las intenciones de Sebastian, en verdad te quiere, Hanna! —no pudo continuar porque Hanna se puso de pie y se alejó.

—Todo lo que sé es que coqueteó conmigo durante días, y luego se fue a Greta Green con mi mejor amiga —murmuró Hanna con rabia.

Sarah vio el dolor y la decepción en ella, eso le apretó el corazón y la hizo sentir sumamente culpable. Pensar que su desconsideración había provocado que su amiga se sintiera así, la frustraba de sobremanera; debía hacer algo para que Sebastian y Hanna hablaran y aclararan las cosas.

Capítulo 31

Sarah estaba ante el espejo de la antigua habitación de su madre, llevaba un hermoso y elegante vestido de novia, que la modista había confeccionado a toda prisa para su boda. Detrás estaba su madre con los ojos llorosos mientras la admiraba con orgullo; Sarah sintió que sus ojos también se humedecían y se volvió para abrazarla muy fuerte.

Hacía tres días que sus padres habían llegado de la India; gracias al cielo, habían salido ilesos del ataque a su casa. Se habían refugiado en la de sus amigos hindúes, quienes los defendieron con fiereza; recordándoles a los rebeldes, todo el bien que el matrimonio británico había hecho por Bombay.

Richard le había prometido que sus padres estarían con ella el día que se casaran de nuevo y lo había cumplido. Dos meses después de que se prometieron estar juntos en Gretna Green; por fin, llegaba ese dónde se entregarían sus votos matrimoniales, teniendo a sus familias y amigos como testigos. Una nueva tanda de lágrimas cayó de sus ojos y la emoción le obstruyó la garganta. Ese era el día más feliz de su vida.

—Debemos dejar de llorar, Sarah. Si no, se nos hincharán los ojos, y eso no puede ser —dijo su madre con severidad, secándose las lágrimas.

—Tienes razón, madre. —Sarah se rio y los labios de su madre también esbozaron una sonrisa.

—Te ves tan hermosa —dijo con nostalgia.

—El abuelo dijo que me parecía a ti.

—Supongo que es cierto —admitió Melania y acarició el velo con delicadeza.

—Princesa... —dijo lord William entra a la habitación, pero se quedó mudo al ver a su hija.

Nunca había sentido tanto miedo en su vida, como el que tuvo al imaginar que nunca la vería vestida así; sin embargo, Dios había sido benevolente con él y le había dado la oportunidad de salir con vida de la peligrosa situación en la que estuvo con su esposa.

Su temor por perder la mitad de su fortuna en las inversiones que había hecho en la India, lo llevó a arriesgarse más de lo que debió. Pero había aprendido la lección, nunca volvería a anteponer los bienes materiales, a la vida de Melania y la suya.

—Ya estoy lista —dijo Sarah con una sonrisa.

—Eso veo y debo decir que hoy más que nunca, te ves como una princesa... Estoy tan feliz de estar aquí para llevarte al altar —expresó con la mirada brillante de felicidad y por las lágrimas.

—Papá, yo también estoy feliz de que estés aquí. —Sarah caminó hasta él y le dio un fuerte abrazo, mientras las lágrimas la desbordaban de nuevo.

Después de unos minutos, lograron controlar sus emociones y salieron rumbo a la catedral de San Jorge, donde se llevaría a cabo la ceremonia. Las notas de la marcha nupcial llenaron la nave y todos los invitados se volvieron para ver a la novia que entraba del brazo de su padre.

Sarah avanzaba por el pasillo que había sido decorado con cientos de flores blancas, entrelazadas con bellas cintas de raso del mismo color. Aunque ellas apenas si era consciente de la decoración o de los invitados, pues toda su atención estaba puesta en el apuesto y elegante hombre parado junto al altar, que la admiraba con una gran sonrisa.

De pronto, la figura de alguien entre los invitados atrajo su atención, era Sebastian; su

presencia allí solo significaba que había llegado con la disposición de recuperar a Hanna. No había sido fácil convencer a Richard de que le diera una oportunidad; sin embargo, Sarah había hablado tanto en favor de lord Alasdair, que su esposo terminó cediendo, pero le dejó claro que la última palabra la tendría su hermana.

Sarah sonrió, suponiendo que el cuento de hadas de Hanna no estaba muy lejos de hacerse realidad, pero eso sería algo por lo que Sebastian y ella debían luchar. De momento, ella seguiría viviendo en su cuento de hadas con su Richard.

—Te quiero —dijo él, mirándola con amor.

—Te quiero más —respondió ella, sus ojos brillaban con el mismo sentimiento.

El sacerdote se aclaró la garganta para atraer su atención; ya que, ellos habían quedado embelesados, mirándose como si no existiera nadie más en ese lugar. Sarah y Richard sonrieron y murmuraron una disculpa para el párroco. Luego se volvieron hacia el altar, manteniendo el agarre de sus manos; de esa manera, dio inicio la ceremonia que los uniría oficialmente como marido y mujer.



El corazón de Hanna se emocionó al escuchar los hermosos votos que Sarah y Richard pronunciaban; sin duda, ese matrimonio estaba fundamentado en un amor sincero, profundo, fiel y apasionado. Suspiró con nostalgia, anhelando encontrar a un hombre que le entregara a ella esa misma devoción que mostraba su hermano cuando veía y le hablaba a su cuñada.

Su corazón se agitó emocionado, recordándole que, en ese lugar, estaba el hombre que tal vez era capaz de darle eso que ella deseaba, pero que también la había hecho sufrir; Sebastian necesitaría hacer muchos méritos si quería recuperar su confianza.

A pesar de tener su mirada puesta en la pareja de contrayentes, podía sentir la de Sebastian sobre ella; lo sabía porque había tenido esa sensación desde la primera vez que se vieron. Tal vez fue por eso por lo que se ilusionó, porque siempre que sus miradas se cruzaban, lo descubría viéndola con anhelo.

No podía seguir soportando esa situación, ¿sería muy malo si echaba un pequeño vistazo? No era prudente, pero en verdad quería hacerlo. Apenas le dedicó una rápida mirada cuando entró, lo vio sentado a la derecha junto a la familia de Sarah, lucía tan especialmente guapo, con un elegante traje color granate y el cabello peinado hacia atrás, aunque estaba enfadada con él, debía admitir eso.

Hanna se giró para ojear con disimulo a la multitud, tratando de que no fuese muy evidente a quien buscaba. Sin embargo, cuando su mirada se encontró con la de Sebastian, sus labios se estiraron en una pequeña y tímida sonrisa, como si estuvieran compartiendo algún tipo de secreto. Ella se sonrojó furiosamente y por mucho que intentó mirar a otra parte, no podía desprender su mirada de él.

El sonoro aplauso que llenó el recinto, cuando Sarah y Richard fueron declarados marido y mujer, la hizo sobresaltarse y consiguió liberarla del hechizo, regresándola a la realidad. Rápidamente se volvió para mirar hacia el altar y se unió al aplauso mientras veía a su hermano besando con ternura a Sarah.

Una vez terminada la ceremonia, los invitados se reunieron para compartir con los recién casados, un almuerzo de celebración, que su madre había organizado en su casa de Mayfair. Hanna se propuso actuar de manera casual, repartiendo sonrisas entre todos, no podía dejar que

su familia notara cuánto la afectaba la presencia de lord Alasdair.

Comenzó a pasearse entre los invitados para saludarlos, esa era forma efectiva para distraerse y olvidar la presencia de Sebastian. Tan solo habían pasado unos minutos, cuando sintió que la sujetaban suavemente por el codo; su cuerpo se estremeció, reconociendo a la persona que tenía la osadía de tocarla así. Ella respiró profundo y se giró lentamente, queriendo ganar algo de tiempo para recomponerse.

—Lord Alasdair, me sorprende verlo aquí —dijo con sarcasmo e hizo una reverencia.

—¿Lo está? —preguntó algo desconcertado.

Esperaba que Sarah le hubiese transmitido a Hanna su deseo verla, aunque suponía que los preparativos de la boda la tuvieron ocupada; además, le había sido de mucha ayuda para aclarar las cosas con lord Crawley. Gracias a ella, el hombre que esperaba fuese su cuñado, había accedido a darle una oportunidad para demostrarle que sus intenciones con Hanna eran concretas y honorables; la quería como su esposa.

—Más bien pensé que me estaría esperando —dijo él, haciéndole un audaz guiño.

Hanna no podía admitir tanto descaro de su parte, se soltó con brusquedad del agarre y salió del salón, ignorándolo a él y a su madre que también la llamaba. Entró en la biblioteca y comenzó a caminar de un lado a otro, sin saber qué hacer. Tenía ganas de llorar, de gritar, de tirar cosas contra las paredes; lo que sea que le ayudara a sacar la rabia que había estado dentro de ella por más de dos meses.

Sebastian entró a la biblioteca y cerró la puerta tras de sí, Hanna lo miró con asombro, pues ese acto los ponía en una situación muy comprometedor. Sin embargo, la rabia que sentía era mucho mayor que su preocupación por el decoro; sin decir una palabra se abalanzó contra él y lo golpeó en el pecho mientras las lágrimas la desbordaban.

—¿Cómo te atreves? —preguntó ella temblando de rabia y dolor—. ¿Crees que puedes coquetear conmigo, para luego escaparte con mi mejor amiga y volver aquí como si nada?!

—Hanna... por favor, déjame explicarte —pidió, sujetándole las manos para calmarla.

—¡No! ¡No quiero escucharte! —dijo, intentando soltarse, pero era inútil luchar contra la fuerza que él poseía, y eso la frustró aún más—. ¡Suéltame y vete que aquí! ¡Déjame sola! —exigió, mirándolo.

—No haré nada de eso hasta que no me escuches, si después sigues deseando que me vaya, entonces lo haré —prometió, mirándola a los ojos.

—Ojalá que lo que vayas a decir, sea suficiente para darte mi absolución, Sebastian Alasdair —dijo con la dignidad de una reina.

—Dios, cómo te he echado de menos, Hanna Crawley —dijo con una emoción difícil de contener.

Él la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho. Hanna se sintió perdida nada más con estar entre sus fuertes brazos, con cara apretada contra su cuello, que olía muy bien y ella gimió de gusto.

Permanecieron así durante unos minutos, en ese abrazo que no solo fundía sus cuerpos sino también sus corazones. Alejando el miedo de él al pensar que podía perderla; así como, las dudas de ella, al creer que él solo quería jugar con sus sentimientos.

Hanna sintió que su ira se disolvía como un terrón de azúcar en su lengua, eso era algo que no podía permitirse. Así que le hizo ver su deseo de alejarse, apoyando las manos en su pecho, Sebastian la soltó, aunque ella pudo percibir su reticencia.

—Lo siento, no debería haber actuado así, pero me moría por estrecharte entre mis brazos —admitió, mirándola a los ojos. Ella permaneció en silencio y él supo que debía continuar—.

Lamento mucho lo que sucedió, sé que debes sentirte defraudada y es comprensible que pienses que las intenciones que mostré cuando te conocí no eran sinceras, pero lo cierto es que, cada palabra que dije y acción que hice para atraer tu atención fueron las más genuinas muestras de mi interés por ti —expuso sin ningún reparo sus sentimientos por ella.

—¿Por qué lo hiciste, entonces? ¿Por qué te fugaste con Sarah a Gretna Green? —preguntó ella.

—Tenía que ayudar a Sarah —alegó, suponiendo que ella lo entendería, pues también había intentado ayudar a su amiga, aunque con un plan, que fue tal vez tan tonto como el suyo y también menos efectivo.

—Pero ni siquiera te molestaste en despedirte de mí —le reprochó al borde de las lágrimas.

—No pensé que quisieras que lo hiciera, Hanna... Nunca me mostraste tan siquiera un poco de interés; por el contrario, me rehuías todo el tiempo —dijo con un suspiro frustrado.

—¡Porque soy tímida en ese aspecto! —se defendió, aunque era algo que le avergonzaba admitir.

—Pues vaya que lo disimulas muy bien, siempre pareces tan segura de ti misma... Y yo, a pesar de toda mi confianza, no sabía si realmente significaba algo para ti. Tenía mis razones para pensar que solo me considerabas un inofensivo rastrillo.

—Apenas inofensivo —dijo con arrogancia.

—¡Ves! Tu actitud se la pasa dándole golpes a mi ego. —Sebastián rio y luego se acercó para abrazarla, pero ella retrocedió un paso—. Lo siento, Hanna, lo digo de corazón, nunca quise lastimarte.

—Está bien, te creo —asintió ella.

—¿Significa eso que puedo besarte ahora? Porque te juro que he soñado con ello por semanas.

—Lo siento mucho, pero no, primero deberás cortejarme y demostrarme que lo que sientes por mí es honesto y verdadero —dijo con severidad.

Sebastián soltó un quejido y se llevó las manos al pecho, como si ella lo hubiese herido, pero aceptó el trato porque lo único que quería era conquistarla. Le ofreció su mano para sellar su acuerdo, ella lo miró con algo de recelo, así que le sonrió para que confiara.

—Aceptaré hacer todo como usted lo desee, lady Crawley —dijo y le dio un suave beso en la mano.

Hanna casi se arrepiente de haberse negado a dejar que la besara, pues sus labios eran suaves, cálidos y estaba segura de que sus besos serían maravillosos. Sin embargo, no podía dejar que sus emociones la dominaran, debía actuar con prudencia porque lo que estaba en juego era su corazón, y se había prometido que nunca caería en las tretas de un mujeriego.

Después de eso, regresaron a la celebración; al parecer, nadie había notado su ausencia, lo que provocó un gran alivio en Hanna, pues odiaría verse envuelta en habladurías. Una vez más se mezclaron con los invitados y actuaron como si el episodio anterior no hubiese sucedido.

Lo que no sabían, era que la duquesa viuda, sí estaba al tanto de todo; puesto que, había seguido a lord Alasdair hasta la biblioteca y había alcanzado a escuchar la conversación entre ellos. Una sonrisa se dibujó en sus labios al verlos pasearse del brazo, mientras pensaba que; dentro de poco, tendría que organizar otra boda, esta vez, la de su querida hija.

~~~*El final*~~~

## Glosario

\*Bhai: un hermano. Una forma amistosa de dirigirse a un hombre. Se añade a los nombres propios para formar una forma cariñosa de dirigirse a una persona mayor.

\*Bhabhi: la esposa del hermano.

\*Ganesha (/gəɪʃə/; sánscrito: गणेश, Gaṇeśa), también conocido como Ganapati, Vinayaka y Pillaiyar, es una de las deidades más conocidas y veneradas del panteón hindú. Aunque se le conoce por muchos atributos, la cabeza de elefante de Ganesha lo hace fácil de identificar.

\*Deepavali/Diwali: Fiesta hindú de las luces que se celebra entre octubre y noviembre. Se asocia especialmente con Lakshmi, la diosa de la prosperidad, y marca el inicio del año fiscal en la India.

\*Didi: hermana o prima mayores femenina (a menudo como nombre propio o forma de dirigirse).

Una forma respetuosa de dirigirse a cualquier mujer mayor conocida por el hablante.